

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
MÁSTER DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA UNICAN

**HISTORIOGRAFÍA Y DECADENCIA
EN OSWALD SPENGLER Y ERNST JÜNGER**

**HISTORIOGRAPHY AND DECLINE
IN OSWALD SPENGLER AND ERNST JÜNGER**

ADRIANO PÉREZ FUENTEVILLA

TRABAJO FIN DE MÁSTER
DIRECTORA: DRA. M^a JESÚS GONZÁLEZ HERNÁNDEZ
CURSO: 2018/2019

RESUMEN: Se analizan las ideas acerca de la historia en Oswald Spengler y Ernst Junger, explorando las afinidades entre ambos autores y las filiaciones de su pensamiento.

ABSTRACT: Ideas about history in Oswald Spengler and Ernst Junger are analyzed, exploring the affinities between both authors and the filiations of their thought.

PALABRAS CLAVE: Oswald Spengler, Ernst Junger, Historiografía, Decadencia, Occidente, Culturas.

KEYWORDS: Oswald Spengler, Ernst Junger, Historiography, Decline, The West, Cultures.

S U M A R I O

Abreviaturas 05

INTRODUCCIÓN 07

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN 12

2. METODOLOGÍA 14

3. FUENTES 15

3.1.1. Oswald Spengler: Fuentes primarias 16

3.1.2. Oswald Spengler: Fuentes secundarias 17

3.2.1. Ernst Jünger: Fuentes primarias 19

3.2.2. Ernst Jünger: Fuentes secundarias 21

**4.- BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA
ALEMANA 22**

5.- HISTORIOGRAFÍA Y DECADENCIA

5.1. Oswald Spengler: Historiografía 24

5.2. Oswald Spengler: Decadencia 51

5.3. Ernst Jünger: Historiografía 59

5.4. Ernst Jünger: Decadencia 90

6.-CONCLUSIONES 99

BIBLIOGRAFÍA 102

Abreviaturas

ADM: *Sobre los acantilados de mármol* (Ernst Jünger)
ALA: *El problema de Aladino* (Ernst Jünger)
DD: *Días decisivos* (Oswald Spengler)
DDO: *Decadencia de Occidente*, T. 1 (Oswald Spengler)
DDO(2): *Decadencia de Occidente*, T. 2 (Oswald Spengler)
ECYSS: *El caminante y su sombra* (Friedrich Nietzsche)
EDT: *Escritos de Turín* (Friedrich Nietzsche)
ERDA: *El reloj de arena* (Ernst Jünger)
ET: *El trabajador* (Ernst Jünger)
EU: *Eumeswill* (Ernst Jünger)
H: *Heliópolis* (Ernst Jünger)
HHL: *La historia como hazaña de la libertad* (Benedetto Croce)
IH: *Idea de la historia* (Robin G. Collingwood)
LE: *La emboscadura* (Ernst Jünger)
LT: *La tijera* (Ernst Jünger)
LTV: *Los titanes venideros* (Ernst Jünger)
NG: *La Paz*, seguido de *El nudo gordiano*, *El estado mundial* y *Alocución en Verdún* (Ernst Jünger)
TF: *Tipos y figuras en Ernst Jünger. El soldado, el trabajador, el rebelde, el anarca* (Alain de Benoist)

Nota.- En el texto, el número de página donde se encuentra la cita va a continuación de la abreviatura.

“La divinidad es activa en lo viviente, no en lo muerto; está en lo que deviene y se transforma, no en lo ya producido y petrificado. Por eso la razón, en su tendencia a lo divino, se aplica a lo que vive; el entendimiento se aplica a lo producido, petrificado, para utilizarlo”.

Johann W. Goethe

INTRODUCCIÓN

Se dice que la caridad bien entendida comienza por uno mismo, luego tomando dicho aserto a título de premisa, con este trabajo que ahora cumple sus primeras líneas, el autor ha pretendido, antes que ilustrar a otros, obtener él mismo algún esclarecimiento en lo que atañe a las cuitas de la vida, pues entiende que este debiera ser el propósito fundamental de la historia, a saber, poner algo de luz en la existencia de cada cual y alumbrar lo que Theodor Litt llamase constitución histórico concreta del hombre, o dicho de otro modo, tomar a cuenta las improntas que el tiempo deja sobre la arcilla siempre dúctil, y a menudo dócil, del yo, entendido el pronombre no en un sentido solipsista, tampoco trascendental, sino histórico, con el hilo bien metido dentro de la trama.

Qué menos pues que recabar, uno para sí, alguna fruición del mucho tiempo entregado a las lecturas que suministran el fundamento a esta brega, y así concluir mi periplo por las aulas agarrado a las plumas de Eros, poniendo el necesario punto de madurez sobre algunas cosas que andaban en agraz, salir de los jardines de Academo con mejores hechuras de las que trajimos, dueños de un peldaño más en la escalera del conocimiento, escalera que cada cual habrá de subir a sus expensas, esto o descrismarse, es decir, vivir en esa ignorancia que, según apuntaba Honorio de Autun, era el exilio del hombre.

Sin más demora, procedemos a la enumeración y comentario de los motivos que nos llevaron a la elección de este tema que tienen ustedes entre sus manos.

En primer lugar, entiendo que un trabajo fin de máster es en esencia una labor de síntesis, no propiamente un quehacer investigador, para cuyo adecuado desarrollo se precisarían otros ritmos y otros tiempos, muy distintos de los que se imponen en un curso de estas características. No se trata pues de hurgar con premura en lo inédito, sino de proporcionar al lector una composición de lugar sobre el tema objeto de desarrollo, un desarrollo que por fuerza no irá mucho más allá de un esbozo, cuyo pulimento, de ser, llegará en otras circunstancias y tal vez mediando otras manos. En sintonía con lo dicho, aquí se mostrarán, en el sentido que daba a tal expresión el historiador tudesco Justo Moser, “impresiones totales”, es decir, claras en un sentido general, pero confusas en sus partes constitutivas.

En segundo lugar, ha de decirse que este trabajo se ha realizado desde la admiración, o dicho de otro modo, desde las afinidades electivas que ligan sobre una misma urdimbre a almas separadas por grandes lapsos de tiempo, entre las cuales se establece una simpatía, un reconocimiento, y por ende una conexión a un nivel muy profundo. Nótese aquí que el amor, tanto para Platón como para Ortega, era el fundamento de la filosofía, del reunir en una comunión del sentido cosas dispersas.

Apurando el carrete del párrafo anterior, manifestamos con este trabajo un propósito reivindicativo sobre autores que, a causa de sus posturas heterodoxas respecto a las corrientes ideológicas dominantes, gastan un capirote con borlas y sufren la conjura del silencio. Entendemos que desde el otro lado de la línea roja de la corrección política y del pensamiento único, más allá del agujero negro de los lugares comunes, se puede aportar, y mucho, a los estudios humanísticos (nos repugna esa cartela de ciencias sociales que parece haber cambiado la tabula ansata por el chafarrinón de poliuretano), estudios que andan de capa caída, como las sombras del Hades. Hay dentro de la disciplina mucho ídolo con los pies de barro que no aguantaría el rasguño de un meñique sin venirse al suelo, y también mucho desconocido que guarda pepitas de oro en el macuto y al que se le intuyen trazas de coloso. Aquí, como en todo, las pesas están trucadas en pro del que vende y el fiel anda sacado de quicio, y lo que uno vale o deja de valer, lo determinan los aires turbios del momento.

Hemos de apuntar que, aunque el vacío académico afecta con toda su potencia a quienes no comulgan con las ruedas del molino progresista y sus corolarios, se constata una general erosión de los grandes autores, que no es más que un reflejo de la general subversión de lo bajo contra lo alto, sean estos del signo que fueren, y todo en loor de enjambraciones que producen toneladas de papel en un estilo burocrático y pro pane lucrando, y que andan inmersos en el vasto piélago de las citas, un juego de tahúres que se parece peligrosamente al de las cotizaciones bursátiles.

Uno podría dejarse, ya no una, sino catorce vidas entre tanto acopio de celulosa entintada, cosechando en el tránsito, y ello con suerte, dos o tres ideas interesantes, pero la vida, digo yo, está para algo más que para romperse uno los ojos y masticar papel, y una relación inversamente proporcional de tamaño calibre no habría de consentirse. Digámoslo claro, los grandes autores nunca quedan obsoletos, por eso son grandes, porque definen con sus cumbres un horizonte contra el cual se proyectan las figuras de menor tamaño, y es absurdo pensar, por poner un ejemplo, que un escrutinio de las cerámicas del monte Testaccio puedan refutar a Gibbon. Esto es malcomprender la historia.

Reivindicamos pues la grandeza, es decir, lo específico y distintivo, la excelencia, y junto a ella la heterodoxia, lo intempestivo, el ir por el lado de las costuras y a contrapelo, navegando a la bolina. Añádase a lo dicho que estos autores, y nos referimos aquí a Spengler y a Jünger, han sido muy poco estudiados en España. Se impone pues una revisitación que será como aquel encuentro frente a la puerta dorada de Jerusalén, y, quién sabe si, cogiendo por los talones el fantasma de

Michelet, una resurrección.

El pensamiento de las derechas, de los hombres y mujeres que repudiaron los valores de la Revolución de 1789, tomándolos por el lado oscuro de la moneda, las ideas de los reaccionarios, de los vitalistas de la Tercera Posición, de los que fueron cautivados por los aspectos orgánicos de lo social, de los enemigos de la idea de Progreso, de los que esquivaron con un rizo de asco en las comisuras la férula constrictora del materialismo, este espectro ideológico, creemos, ha de tener también su espacio y su tornavoz dentro de las aulas, porque de otra manera la silla se nos queda renca y la historia corre el peligro de perderse el respeto a sí misma y convertirse en un vulgar panegírico de lo imperante, es decir, en lo acrítico por antonomasia. De hecho, es desde esta perspectiva de palmero con plumas que se la tolera, al efecto de que cante las bondades de la democracia, de la igualdad, de los nuevos megaproyectos de ingeniería social, para que ponga su granito de arena en la construcción del mundo de los sinarcas, fijar la memoria, etcétera. Una historia que camina al ritmo de los telediarios, de las ocurrencias de la ultimísima hora, una historia de arenque en salazón ¿Qué historia es esa? La historia es por esencia polifonía y casi que podría aplicársele aquella definición que diera Pascal del Universo (una definición profundamente fáustica) como una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

En tercer lugar, ni Spengler ni Jünger son propiamente historiadores, el uno es un diletante que viene de las ciencias duras, el otro un literato que llevaba el Orlando Furioso en la mochila como contrapunto a las tempestades de acero. Aquí hemos de señalar que nuestra comprensión de eso que antaño se llamase estudios humanísticos, o ciencias morales, o ciencias del espíritu, es análoga a la que tenía Clemenceau sobre la Revolución Francesa, considerándola, contra la obsesión fragmentaria, como un bloque.

Luego... si alguien tiene algo que aportar a la historia, no seremos nosotros quienes le pidamos la cartilla de pedigrí. Aquí, y con el propósito de disipar la calígene, lo mismo caben filósofos que literatos, sociólogos que artistas plásticos, amén que diletantes de toda laya, siempre que contribuyan a engrosar, y dignificar, todo sea dicho, los miembros de la ecuación. La historia trata sobre la vida y la vida es un enorme cúmulo de intersecciones. A quien aporte alguna verdad no habrá de respondersele con la pedantería de criticarle cuestiones de método. Como decía el ínclito Paul Feyerabend, cualquier cosa puede funcionar, luego no es de recibo aplicar el lecho de Procusto en base a títulos.

En cuarto lugar, y tirando del hilo asomado en los párrafos anteriores, estimamos que la conexión entre la literatura y la historia ha de ser más estrecha de lo que luce en la actualidad. En esta interacción, la historia solo puede, a nuestro entender, cosechar réditos. Ciertamente es que cada vez más profesores de historia captan la necesidad de ampliar su espacio hacia la literatura, pero siguen siendo una minoría, puesto que existe dentro del gremio una desconfianza bien incrustada respecto a la escritura llamada de ficción, como si esta fuera un termes que pudiera introducirse en el

bastidor de la historia y echarlo abajo, sembrando el descrédito en la disciplina. Este temor es, en nuestra opinión, infundado. Un historiador de primera clase debería tener un conocimiento profundo de la literatura y, muy especialmente, de la literatura de la época que estudia, pues dicho conocimiento solo podrá sumar monedas a su fajín y aumentar la ley de las que ya tiene.

En resumen, que los dos criterios de este trabajo, en orden a la elección del tema, son, por un lado la belleza, es decir, el tema nos seduce, nos sugiere, apreciamos en él un valor estético y moral, y por el otro la relevancia, pues relevante es que la historia abandone los caminos aporéticos de la militancia ideológica y sepa mirarse en el espejo, y relevante es también el análisis de la idea de decadencia en un tiempo, el nuestro, donde esta se manifiesta como un putrilago generalizado. Ambos asuntos, pero sobre todo el último, tienen una punzante vigencia en el día actual, este día que se parece a Jano, puesto que nos aborda con una faz bifronte. En efecto, por un lado, se nos muestra como el otoño tardío de una era que se precipita hacia su ocaso (la última fase de un eón), por el otro como el umbral que inaugura un paradigma de la existencia radicalmente nuevo, un salto en el abismo.

Creo pues, que es de justicia brindar un resquicio en la roca para que las aguas subterráneas del pensamiento embozado puedan emerger una vez más, yo al menos ando con el barreno en la mano. El historiador, y el hombre que hay dentro y fuera del historiador, ese que reflexiona sobre el sentido de las cosas que le circundan, sobre la textura gaseosa, onírica, del tiempo, sobre lo que pueda ser o no ser esto que nos pasa, la vida, más allá de un manojo de ilusiones que trenzamos como buenamente podemos, y al final el cesto se nos desfonda y las manzanas ruedan por el suelo a la buena de dios, solo puede ganar con ello. Rompo una lanza por recuperar la voz de aquellos que están del otro lado del muro. Ellos también tienen algo que decirnos. Pongamos la oreja sobre el riel.

La coyunda que establecemos entre ambos autores, y respecto a la cual creemos abrir surco en tierra virgen, tiene su razón de ser, pues Spengler y Jünger comparten una idea de la historia muy semejante, y ello tanto en la forma como en el fondo. Jünger, en cuya obra abundan las referencias a Spengler, unas explícitas y otras tácitas, consideraba la idea de la historia que desarrolla este autor, y así lo manifiesta en varias entrevistas, como la más lograda de cuantas conocía, y ambos tienen como referencia axial, ad origine, a Goethe. ¿Dije Goethe? Sí, pero también habría que mencionar, junto al Olímpico, a Friedrich Nietzsche (Cabeza de pólvora, como lo llama Jünger), al gran factótum del pesimismo, Arthur Schopenhauer “Arthur Schopenhauer se cuenta entre los espíritus a través de cuya obra yo he aprendido a pensar.” diría Jünger, a Fritz Mauthner (precursor de la filosofía del lenguaje común), a Jules Michelet, a Giambattista Vico, “A mí me ayuda más un capítulo de Plutarco o de Vico que todas sus artes de medir (la de los sociólogos)”, otra vez Jünger, a Herder (precursor de una historia cultural demonológica), a Hamann, el mago del norte, a Justo

Moser, a Eduard von Hartmann (deudor del espíritu absoluto de Hegel y de la Voluntad de Schopenhauer), a Theodor Fechner (monista, por lo tanto anticartesiano, un espíritu similar al de Pascal, propugnador del pampsiquismo y la visión diurna, es decir, una visión no acogotada por el positivismo, autor conocido sobre todo por la llamada ley de Weber-Fechner, en la que se relacionan matemáticamente los estímulos con las sensaciones), a Ludwig Kagles (conocido sobre todo por su obra “Eros cosmológico” y por los estudios de caracteriología grafológica, es decir, por una fisiognómica de la escritura), al Leibniz de la monadología, y, yendo más allá, a Heráclito, a los gnósticos, a los zervanitas, y parémonos aquí, que no queremos cargar las tintas.

Ambos autores abandonan la historia secuencial, diacrónica, lineal, que suele ser una historia propedéutica y superacionista, en su fondo una historia providencial que viste el traje del siglo, es decir, una teodicea encubierta, sazónada de quiliasmos, deudora de la apocatástasis de Orígenes y con un esjatón en lontananza (un esjatón técnico). Spengler y Jünger optan por otro sendero, más boscoso, el de una historia cíclica o epicicloide, en cuyo fondo late una lucha elemental, eterna, entre las almas, y de estas con sus medios de expresión. Hay aquí algo muy parecido a las leyes del ajustamiento y el contrapunto de Hermann von Keyserling, a la ley de la compensación de Herder, también a la noción de *sensus inditus* y *additus* del utopista barroco Tomasso Campanella.

Esta concepción de la historia les situaría en el estrado desde el cual peroran autores como Berdiaev, Ballanche con su palenginesia, Nikolai Danilevsky, Pitirim Sorokin, Lotze (quien concebía la historia como el Reino de la libertad) o Arnold Toynbee, junto al anteriormente mencionado Vico, y, en cierto modo, dentro de las secuencias orgánicas, vitalistas, de Lessing o Goethe, pero tomadas estas en un sentido cultural no universalista, es decir, el desarrollo orgánico sería inherente a cada cultura, no un proceso de convergencia *urbi et orbi*. También, y desde el punto de vista de un neoplatonismo teñido de filosofía idealista, las concepciones de Spengler y Jünger guardan similitud con las de Elliot, cuya tesis doctoral sobre Bradley fue dirigida por el conocido filósofo idealista Josiah Royce, y, sobre todo, con las de Herman Hesse¹.

Entendemos que el estudio de la concepción de la historia que muestran Spengler y Jünger, ayudará, especialmente para quien sea receptivo a la misma, a clarificar, gnoseológicamente hablando, lo que debe ser el estudio histórico, o cuanto menos lo que no debe ser. En cualquier caso, la controversia, que bien planteada, es decir, planteada de un modo honesto, suele dispensar buenos frutos, está servida y a la espera de quien quiera entrar al trapo, recoger el guante, batirse el cobre en el albero de las ideas.

¹ Los dos autores señeros para Hesse eran Goethe y Nietzsche, los mismos que para Spengler. Hesse consideraba al siglo XVIII como la última época de gran cultura en Occidente, un siglo que se abría con el Robinson de Defoe y concluía con el Wilhelm Meister, dos figuras paradigmáticas. En esta última novela Hesse encontraba una enorme riqueza fisiognómica, riqueza que era fruto de un desarrollo orgánico, y una redondita, divina armonía.

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Un tratamiento de la cuestión en los términos que planteamos nos resulta desconocido, luego partimos de la presunción que no ha sido llevada a cabo, y por lo tanto, en cierta medida hoyamos terreno impoluto, luego habrá que retirar algunos tocones.

Escritos sobre Spengler y Jünger, como es natural, abundan mayormente en la literatura anglosajona y germánica. Dentro del ámbito español, y más allá del interés que suscitó en su momento en los ambientes cercanos a Ortega y Gasset, quien prologó la *Decadencia de Occidente* y asomó la intención de realizar un comentario más profundo de la obra, intención que quedo ad calendas graecas, Spengler ha sido estudiado, sobre todo, y desde un estado rayano en la veneración, por Carlos Javier Blanco Martín, hombre que viene de la filosofía, no de la historia, aunque esto ni quita ni pone un ápice a lo fecundo de su labor. Carlos Javier, que también ha escrito sobre Jünger, aunque en menor cuantía, considera a Spengler, nada menos, como el más grande filósofo del siglo XX, lo cual colige con las posiciones de Hegel, o Croce, o Vico, en el sentido de que la auténtica filosofía es siempre una filosofía de la historia.

En lo que afecta a Ernst Jünger, su figura ha concitado la atención señera de Antonio Escohotado y Enrique Ocaña, el primero desde las ciencias políticas y el segundo, de quien puede casi decirse que es el comentador oficial de Jünger en España, nuevamente desde la filosofía, girando como una peonza en torno al nihilismo y el problema del dolor, aunque tocando también, aunque de refilón, la parte historiográfica.

En el extranjero, es de suyo natural, ambos autores han recibido más atención, aunque desde luego no la que por su categoría merecen. La crítica, no obstante, ha sido más benévola con Jünger que con Spengler, tal vez debido al hecho de que una vida que cuenta en su haber más de cien años, ¡y qué siglo!, da para hilvanar componendas, inducir ambigüedades y ejercitar momentos icónicos de redención. En cambio, Spengler falleció a una edad relativamente temprana, antes de que la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial se tragase a Alemania y a tantas otras cosas por el sumidero, luego no tuvo la oportunidad de suavizar el acero de su prosa y avenirse a una atmósfera de medias tintas. A pesar de esto, Spengler siempre ha suscitado interés en el mundo anglosajón, sobre todo por sus comentarios acerca de la decadencia, a la que percibe como un acontecimiento inexorable. Esta decadencia ha sido interpretada desde el otro lado del Atlántico básicamente de dos maneras que poco o nada tienen que ver con Spengler, la primera como una degradación del liberalismo, la segunda como una pérdida de la posición hegemónica imperial del país de las barras y las estrellas, (más de lo primero que de lo segundo). Ejemplo de lo dicho son Jonah Goldberg,

James Burnham, o Samuel Huntington². Se ha llegado a considerar a Huntington, con su teoría de la colisión de civilizaciones, como el Spengler americano, aunque en verdad no exista ninguna conexión sustancial entre ambos autores. Dicha idea, la de la decadencia en Spengler, ha sido atacada desde casi todas las posiciones del espectro ideológico, ha sido también defendida con una gran diversidad de argumentos, y ha sido compartida y comprendida por muy pocos, y ello precisamente porque su noción de la historia y su noción de la decadencia son fuerzas que actúan de consuno y por lo tanto se explican mutuamente, luego no hay la una sin la otra.

Aunque tanto Spengler como Jünger rehusaron las sinecuras que les ofreció el nacionalsocialismo, y tampoco llegaron a militar en el partido, la fuerza que atesoraron sus ideas durante las dos décadas que precedieron a la gran debacle de la nación alemana, hizo que cobraran un aura de malditismo, difícil a la postre de disipar. Jünger, lo mismo que Heidegger, gozó de un intercesor cualificado, Hanna Arendt. Esta, que había sido alumna y amante del primero, quien a su vez había sido discípulo de un conocido profesor judío, el precursor de la fenomenología moderna, Edmund Husserl, rehabilitó a ambos. Spengler, por su parte, se quedó en el limbo.

Oswald Spengler ha sido emparejado con autores de muy diferente pelaje, bien al efecto de establecer concomitancias, bien para explicar al uno a la luz del otro. William Butler Yeats, D.H. Lawrence, Thomas Mann (admirador de su obra), Dante Alighieri, Aldous Huxley, Robert Musil (El hombre sin atributos) o Jack Kerouac, han sido, entre otros, sus compañeros de baile. En lo que concierne a Jünger, este, por lo que yo sé, solo figura al lado de Spengler cuando ambos son contemplados dentro del más amplio elenco de los autores vinculados a la Revolución Conservadora Alemana, o, formando binomio, cuando se indaga acerca del problema de la técnica (aquí Spengler figura a veces junto al Ortega de “Meditaciones sobre la técnica”).

En una orientación afín a la que nosotros buscamos, se apuntan los trabajos de Paul Joe Kroll, Kirk Wetters y J. Edward Hundert. Con un título casi idéntico al nuestro, pero sin traer a colación a Jünger, es decir, centrándose solo en la figura de Spengler, tenemos a Tomislav Sunic, un autor que ha estudiado con una notable profundidad a la Nueva Derecha Europea, y, también, el teórico del pensamiento de la cuarta posición, amén que de la idea euroasiática, deudor de Moeller van der Bruck o Jean Thiriart, Alexander Dugin. Por su parte, Eric Michaux, convida a ambos vires sobre las mismas líneas al efecto de establecer una comparativa entre las figuras seminales, prometeicas, del hombre fáustico y del trabajador, aludiendo aquí a la obra de Jünger *El trabajador* (comentada, entre otros, por Heidegger, por Karl Radek y por Julius Evola. Moeller van der Bruck, en la misma línea, hablaría de hombre fáustico y hombre plástico), caracterizándolas, no es menester entrar aquí sobre lo acertado o erróneo de la suposición, como prototipos del

² Burnham, conocido fundamentalmente por *The managerial revolution*, escribió allá por el año 1964, una obra titulada *Suicide of the West*, mismo título que ha utilizado Golberg cinco décadas después. Un artículo de Carlos Martínez Cava, en la revista Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea, número 80, pp 75-79, se titula muy significativamente *Samuel Huntington ¿el Spengler americano?* Su respuesta (y la mía) a tal pregunta es: No.

nacionalsocialismo. Hans Kellner³, por su parte, tocando un asunto que reputamos del máximo interés, analiza la relación entre Goethe y Spengler. Kellner mediatiza dicha relación a través de la figura de Fausto. Nosotros, sin desmentir este vínculo, creemos que las relaciones entre el pensamiento de Goethe y el de Spengler son de una amplitud y complejidad mayores.

¿Sobre qué se apoya, pues, nuestra pretensión de originalidad? Fundamentalmente en la índole de la conexión que establecemos entre ambos autores, sobre todo en lo que afecta a su idea de la historia, mas también en el análisis del pensamiento sobre la misma presente en la obra de Jünger, ya que los análisis de Enrique Ocaña resultan, desde esta perspectiva, en todo punto insuficientes. Aquí aprovechamos para decir que un libro sobre el pensamiento histórico en la obra de Jünger es necesario. Hay material de sobra para llevarlo a puerto, luego ha de hacerse, el problema son las manos.

2. METODOLOGÍA

La metodología no será para nosotros una férula que nos deje los miembros insensibles y tumefactos, tomaremos pues lo que nos sirva allá donde lo hallemos, orillando, no la congruencia, pero si la pretensión de sistema, y en esto no hacemos otra cosa que seguir el ejemplo de los autores que lucen en el frontispicio de este trabajo. A semejante proceder, Paul Feyerabend, según mi gusto el más grande filósofo de la ciencia (Sí, por Dios, mucho mejor que Popper) lo llamó anarquismo epistemológico, el principio de que todo funciona, o mejor dicho, de que todo, llegado el caso, puede funcionar, en la lengua de Albión, “everything works”. Séanos dado pues un campo amplio, sin vallas ni burladeros, y un horizonte pulcro, distante, de atardecer castellano. Sumando a lo anterior, la aproximación al tema será interdisciplinar y oportunista, rigurosa donde el rigor prometa el máximo beneficio, intuitiva allá donde la intuición se muestre como el camino más adecuado, e inevitablemente comparativa. Es el objeto de estudio lo que origina el método, y no al revés. Queden pues para otros las camisas de fuerza y los presupuesto a priori. Hamann, al que Jünger menciona en varias ocasiones, decía lo siguiente: “Todo sistema es en sí un obstáculo para la verdad.” y el gran Pico della Mirandola: “Es señal de excesiva estrechez de espíritu, el encerrarse en un Pórtico o en una Academia”. Por añadidura, las ideas más interesantes suelen aparecer allá donde las hormas son más laxas, y por lo tanto el hombre puede pensar, crear, amar y soñar, sin el concurso de directrices de miniaturista y aparatos de ortopedia.

El complejo positivista, ese buscar con ojos de alucinado la aprobación de aquellos epistemólogos que queman incienso a los modos y métodos de las ciencias duras, solo para sentirse uno cada vez más pequeño, porque bajo tales estándares nunca se da la talla, todo eso, no tiene nada

³ Kellner, en el sendero de Hayden White, frente al cual discrepa en numerosos puntos, atribuye a Spengler el construir su obra en base a un tropo literario, en este caso la sinécdoque (el tomar a la parte por el todo), la cual se explica fundamentalmente a través de las relaciones entre microcosmos y macrocosmos. Hundert, siguiendo una orientación afín, considera que la historiografía de Spengler tiene una esencia metafórica.

que ver con nosotros, es buscar en las antípodas. Las humanidades son una respuesta contra la especialización, un perpetuo alegato contra el hombre fraccionario, numerificable, reificado, racionalizado al estilo de Cartesio, un feudo contra el imperio de lo mecánico y las interpretaciones causales, contra la sustitución del hombre por las cosas, en sus grados más elevados una especie de sacerdocio, y por lo tanto algo que bebe de las grandes metáforas, de los símbolos, y que camina a paso de minué, sorbiendo el tiempo, sin dejarse desnortar por la perlesía de las urgencias. Las humanidades viven de la aproximación, no de la exactitud, de la plasticidad, no de la rigidez, de contemplar la vida con una perspectiva de conjunto, no de verla sometida a intereses especiales. En el fondo, la historia es el santuario, muy malbaratado, todo sea dicho, del hombre universal, ese que, según Delio Cantimori, se inició con Petrarca subiendo al Mont Ventoux y desapareció junto al óbito de Goethe.

3. FUENTES

Con el objeto de dar forma a este trabajo, se han peinado concienzudamente las fuentes primarias, es decir, la obra de los dos protagonistas, con parsimonia reflexiva y buscando el cuajo. Solo con este punto cumplido hemos pasado al escalón donde moran las huestes de comentadores y escoliastas, aquellos que trabajan libando, con mejor o peor fortuna, sobre el pensamiento ajeno, dicho esto sin afán de desmerecer. A renglón seguido se procedió a escrutar la obra de quienes realizan una labor interpretativa de su pensamiento, situándolo dentro de una línea tipológica que nos resulta especialmente interesante, por ejemplo, dentro de la “historia romántica”, o del “pensamiento daimónico” (cuño inspirado claramente por Nietzsche). A continuación, y a guisa de remate, se analizó la obra de aquellos que han ubicado a alguno de los dos autores dentro de una proyección en la que caben otro tipo de intelectuales, con los cuales se establecen correspondencias, hilos comunes, familiaridades, encrucijadas, intersecciones, nodos, etcétera.

Apuntar en primer lugar que las fuentes aquí mencionadas no tienen una pretensión de exhaustividad, pues tal pretensión la entendemos de todo punto inapropiada respecto a la labor que nos traemos entre manos, que ha de ser por su naturaleza concisa y breve, y además, no somos amigos de confundir la cantidad con la calidad, mucho menos de multiplicar las referencias al infinito. Todo esto no es más que una forma posmoderna del viejo vicio escolástico, una obsesión por la higiene mnemotécnica, una bulimia de las letras. Ha de existir pues una congruencia entre los medios y los fines, y el fin que nos proponemos implica un sentido neto del límite y por ende una elección somera de fuentes, sobre todo secundarias.

3.1. Fuentes primarias

Las fuentes primarias vienen ineludiblemente constituidas por la obra de ambos autores. Este es el manantial del que beberemos con preferencia, pues al hombre lo mejor es tenerlo en sus propias palabras, verle, al menos en un inicio, de modo directo, que no mediato, aunque lo uno, se entiende, no quita lo otro.

3.1.1. Oswald Spengler: Fuentes primarias.

La obra capital, controversial, rompedora de Spengler, es *La Decadencia de Occidente*. Sobre ella orbitaremos como los planetas en torno al sol, sin perderla nunca de vista. En sus más de mil quinientas páginas, prologadas por Ortega y traducidas por Manuel García Morente, recolectamos las ideas señeras del autor, primero aquellas que atañen a su concepción, muy peculiar, aunque con una filiación antecedente que se explicitará a lo largo del trabajo, de la historia, y a renglón seguido, aquellas que versan sobre la decadencia de esa gran unidad cultural que se ha convenido en denominar Occidente, y cuya germen, el *genius loci*, ha sido la vieja Europa. Ha de mentarse que los capítulos que forman la obertura de la primera parte de la Decadencia de Occidente son en esencia una reflexión historiográfica, a mi entender del máximo nivel. Aunque todo el pensamiento de Spengler está de una u otra forma en *La decadencia de Occidente*, no obstante, y para completar el cuadro, acudiremos a sus obras menores.

La primera de ellas *Heráclito*, su tesis doctoral, en la que ya se muestran las afinidades intelectuales, ese saludarse de los autores vivos con los muertos a lo largo de los siglos, tirando de los hilos que constituirán la urdimbre de su pensamiento. Recordemos aquí, pues no es un asunto menor, que Heráclito era el filósofo seminal para Nietzsche, quien es a su vez uno de los pilares sobre los que se edifica la obra de Spengler, y que este consideraba su noción del mundo, la de Heráclito, muy similar a la de Goethe. Ambos eran pensadores plásticos.

En *Años decisivos* y *Prusianismo y socialismo*, vemos el pensamiento de Spengler aplicado a la circunstancia de la Alemania de la época. Son éstos unos libros apasionados, tachonados de ideas geniales, más concretos que *La Decadencia de Occidente* por mor de su finalidad polémica frente a la situación del momento.

El último libro que utilizaremos de Spengler será *El hombre y la técnica*, grupo de ensayos que inciden en un problema histórico esencial, común a Jünger, el de la técnica, o, dicho de otro modo, el de la tecnociencia como punta de lanza del desarrollo histórico (no la política, que en puridad hace mucho que murió), con toda su retahíla de consecuencias, algunas positivas, y otras, no tanto. Este problema es ubicuo en la obra de ambos autores, problema cuyo acometimiento comparten con una buena fracción de los intelectuales contemporáneos, tanto desde la izquierda,

como desde la derecha.

3.1.2. Oswald Spengler: Fuentes secundarias.

En cuanto a las fuentes secundarias, mentar en primer lugar a un autor con el cual hemos tenido la oportunidad de conversar a través de la mensajería virtual, nos referimos a Carlos Javier Blanco Martín, admirador en grado superlativo de la obra de Spengler (*admirari est philosophari*), a quien considera con buenos argumentos, ya lo dijimos, el más grande pensador del siglo XX. Sobre Spengler, Carlos Javier tiene un libro titulado *Oswald Spengler y la Europa fáustica*, amén que varios artículos, mayores, aparecidos en diversas revistas, y menores o extractados, de los cuales hemos podido tomar debida cuenta en el blog “decadenciadeEuropa”, en el que también se pueden captar buenas ideas sobre Jünger, y, en general, sobre un amplio repertorio de autores de la nueva derecha, del conservadurismo y el pensamiento identitario.

Carlos Javier Blanco Martín conoce perfectamente la obra de Spengler y el libro anteriormente mencionado es, en mi opinión, la mejor vía para introducirse en el pensamiento de dicho autor. Carlos Javier toma la noción de voluntad en Schopenhauer como subyacente al concepto histórico de Spengler, lo cual es, a nuestro entender, una intuición muy aguda y muy certera. Analiza, también, y con el mismo sentido conectivo, el concepto de arquetipo en Carl Gustav Jung, y más allá de esto, comenta las nociones de entropía y metátesis, la judaización universal (ya profetizada por Marx), las características de la comunidad mágica, la emersión de la sociedad del ruido y los líderes oclocráticos, el clericalismo laico neokantiano (sustituto del clericalismo clásico), el nihilismo como pura acción, la acción por la acción como el arte por el arte, la universalización de la condición de extranjero tras el biombo de la religión de los derechos humanos y el concepto de ciudadanía global, el espectáculo de las masas fluctuantes e inorgánicas en las que pulula un individuo laminado, la diferencia entre Idea e Ideal, distinción crucial en la obra de Spengler, la filosofía de funcionarios (la antítesis del hombre erótico de Sombart, es decir la psicociología farisaica del así llamado pequeño burgués, desde luego más pequeño que burgués) la irresistible pulsión de muerte en las sociedades occidentales (He aquí al Tánatos freudiano), la dialéctica entre el campo y la urbe (en un sentido parejo al de Tönnies), etcétera.

Hemos trabajado, aunque no con gusto, sobre varios artículos en inglés. Mentemos el de David Roberts y el de Kirk Wetters. En el de David Roberts se trata a Spengler y Jünger dentro de un cuarteto que incluye también a Heidegger⁴ (que fue pendant de Jünger en la reflexión sobre el nihilismo) y Cassirer (autor de obras con títulos harto significativos, tales como *Filosofía de las formas simbólicas* e *Idea y forma*, comentarista de Goethe, Schiller, Hölderlin o Kleist, también de

⁴ La relación entre Spengler y Heidegger pivota sobre dos nociones, la muy clásica (y abstrusa) de Dasein, y, sobre todo, la de cuidado, en el sentido de “cuidar, ocuparse de”.

los platónicos de Cambridge. Cassirer veía en el hombre como su cualidad más específica la capacidad de simbolización). Esto, naturalmente, ayuda al establecimiento de conexiones, influencias, analogías y contrapuntos entre los autores. Jünger menciona, por ejemplo, alguna idea de Heidegger en sus obras (singularmente las relaciones entre ser y existencia), y la filosofía simbólica y pregnante de Cassirer guarda un aire de familia con muchos aspectos del pensamiento tanto de Spengler como de Jünger.

Sobre las relaciones entre el pensamiento de Cassirer y el de Spengler se apoya el artículo de Dina Gisejnova que se apunta en el listado final de fuentes, ahondando en la comprensión de la realidad como símbolo, idea crucial en la obra de Spengler. En cuanto a Kirk Wetters y su historia demoníaca, encontramos del máximo interés que tome como su raíz a la figura de Goethe, autor que está profundamente incrustado en el pensamiento de los dos autores, y que aparece como venero capital del historicismo en la famosa obra de Friedrich Meinecke, la cual nos ha sido de utilidad para tomar un poco más de ilustración sobre este punto. En cuanto al trabajo de Joe Paul Kroll, resulta interesante en cuanto aborda directamente el método historiográfico de Spengler, encabezado por la bella expresión, “una biografía del alma”, etiqueta que, aunque pueda parecer que peca de mística, o romántica (como los paisajes del alma de Caspar David Friedrich, o, en versión escrita, los de Unamuno o Azorín), resulta de todo punto pertinente, puesto que Spengler consideraba que cada gran cultura tenía un alma propia. Damos remate a este párrafo con el artículo de Morgan Swer consignado en la bibliografía, en el cual se analizan las dos etiquetas básicas que la crítica ha colocado a la historiografía de Spengler, la primera, el positivismo, la segunda, el relativismo. Swer desgana sus puntos de apoyo, sus inconsistencias y las posibilidades de que ambas puedan ser vertidas en el mismo crisol. Estas dos etiquetas son, a nuestro entender, como esos mamarrachos que a uno le cuelgan de la trasera del gabán para irrisión de los circunstantes. La filosofía de la historia de Spengler no es ni relativista ni positivista, sino puramente histórica.

Spengler también tiene dedicados dos números monográficos en la revista Elementos de metapolítica para una civilización europea, concretamente el diez y el sesenta y dos. Allí encontramos artículos de Sebastien Lorenz, de José Javier Esparza, de Antonio Martín Puerta, de Dagoberto Godoy, de Rodrigo Agulló, etcétera.

Al efecto de construir una propedéutica sobre el tema de la decadencia, ilustrado mediante una visión panorámica y por ende impresionista, hemos consultado el libro de Arthur Herman *La idea de decadencia en la historia occidental*. Este libro nos presenta a través de un gran número de autores, en modo musivario, las diferentes corrientes interpretativas del fenómeno.

Dado que el pensamiento de Goethe tuvo una enorme influencia en ambos autores, hemos estimado pertinente consultar su obra *Poesía y verdad*, una especie de testamento para el olímpico de Weimar, y junto a esta las *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, a lo largo de cuyas páginas se muestran y comentan ideas que más tarde veremos florecer en nuestros primeros

espadas.

Asimismo, hemos leído con gusto la obra de Friedrich Meinecke *El historicismo y su génesis*, y muy señaladamente los capítulos dedicados a Goethe, Shaftesbury, Leibniz, Burke y Justo Moser. Cabe apuntar que la monadología de Leibniz tuvo mucha influencia tanto en Spengler como en Jünger, este último utiliza con notable recurrencia la palabra “mónada” y menciona al autor en numerosas ocasiones a lo largo de su obra. Añadir que dicha filosofía, la de Leibniz, apoyada en el ocasionalismo de Malebranche, tenía por objeto salvaguardar, en un intento ya desesperado, la posibilidad de la libertad en un mundo dominado por el mecanicismo de Cartesio y Newton.

3.2.1 Ernst Jünger: Fuentes primarias.

Apuntar que en la obra de Jünger soslayaremos el que tal vez sea su libro más conocido, *Tempestades de acero*, y que tampoco pondremos el acento en su obra biográfica, o mejor dicho, memorialista, del tipo diarios, por ejemplo *Radiaciones* o *Pasados los setenta*, pero sí, en cambio, nos detendremos en sus libros de ideas, fragmentarios, aforísticos al estilo de Lichtenberg o Nietzsche, de los moralistas franceses, de Cioran o Pessoa, compuestos buena parte de ellos en la senectud tardía, y en los que se recapitula toda una existencia, nada menos que centenaria, y todo un pensamiento humanista, sin duda del mejor cuño.

Usaremos con largueza de una trilogía sui generis, la cual entendemos que tiene un carácter axial en lo que nos compete, formada por los siguientes títulos: *Sobre los acantilados de mármol*, *Heliópolis* y *Eumeswil*. En estas obras se muestra, con una belleza y una profundidad que por momentos rayan en lo sublime, la lucha entre el mundo de la tradición y el mundo de la modernidad, entre lo mecánico y lo orgánico, entre lo histórico y lo racional, entre el mundo de los Dioses y el mundo de los Titanes, entre el mundo de los padres y el mundo de los hijos, entre la esperanza y la distopía, entre el nihilismo y la voluntad de forma (hermoso viene de formosus). Cabe apuntar que Manuel Venator, el protagonista de Eumeswil, “el anarca”, es un historiador, luego vamos a cosechar aquí, pero no solo aquí, magníficas reflexiones en torno a la historia, lo cual necesariamente implica reflexiones de la misma categoría acerca del tiempo, de la relación entre lo móvil y lo inmóvil, y, en resumen, sobre la vida pasada, presente y futura. En verdad todas las nociones capitales de Jünger están en estas tres obras, las demás completan o amplían, obiter dicta, lo dicho en ellas. Podemos decir que los cuatro temas fundamentales de Jünger, los que componen el basso continuo de su melodía son: el dolor, el tiempo, la técnica y el sentido simbólico de las formas.

En relación con las tres obras señaladas en el párrafo anterior, tenemos *Abejas de cristal*, un libro que abunda en las relaciones del futuro con el mesianismo, el plutonismo y la utopía, en el

problema de la técnica fáustica, en el desfase entre la vida subjetiva, eminente, representacional, y el mundo objetivo desarrollado por una civilización que tiende hacia la desmesura, hacia la erosión de todas las formas, hacia lo ilimitado, hacia la convergencia funcional de átomos isovalentes. Siguiendo en esta misma línea nos hemos sumergido en su obra *Sobre el dolor*, en la cual vierte una serie de ideas que lo relacionan, anímicamente, con el furibundo apologista católico León Bloy, el peregrino de lo absoluto, un cristiano roto al estilo de Pascal o Tolstoi, al cual no por casualidad menciona en varios de sus libros, con aprobación. Lo que a Jünger interesa de Bloy es la algodicea, dicho en román paladino, el pensamiento de que los dolores tremendos que aquejan al mundo tienen un sentido ulterior, que nos es hurtado y que los justifica, de ahí la fe.

Un peldaño por debajo en la jerarquía, no literaria, se entiende, sino en cuanto utilidad para lo que nos atañe, tenemos *La emboscadura* y *El Trabajador*. En estas obras se desarrollan dos figuras clave en la obra de Jünger, el emboscado, que tiene cierta afinidad con el anarca, y el trabajador, figura prometeica que no ha de confundirse con el proletario. *El trabajador* es el libro más programático de Jünger, hay en él una atmósfera imperativa, de manifiesto, de ventarrón solano en la cara al doblar una calle. Es este un libro militante, que habla a voces y suscitó una enorme polémica en su momento. En cuanto a *La emboscadura*, tiene un aire que parece sacado del Walden de Thoreau. El bosque simboliza aquí tanto un repliegue táctico, que nos recuerda a *Cabargar al Tigre*, de Julius Evola, como un retorno al origen para tomar contacto de nuevo con las energías fundantes. Ambas figuras, el emboscado y el trabajador, cada una a su manera, son renuentes a los carriles de la modernidad, el uno se retracta de la misma, el otro pretende encarnarla, pero con una impronta nueva. Ambas obras, sobre todo *El trabajador*, son una almáciga de ideas.

En *El libro del reloj de arena*, más allá de la historia de los relojes, se espigan espléndidas reflexiones sobre los diferentes modos de sentir, vivir, conceptuar y experimentar el tiempo, amén del contraste entre el tiempo como medida y como símbolo (una temática central en Spengler), las relaciones entre la historia y el mito, y todo ello mediante la contraposición entre los relojes denominados elementales (de arena, de agua), y los relojes mecánicos o de ruedas, pues para Jünger, este último es la primera máquina de Occidente, y por cierto, una máquina más significativa que la de vapor, en lo cual estamos de acuerdo. Señalar que el reloj mecánico aparece, por un fenómeno de correspondencia, luego con pleno valor expresivo, con el primer apogeo de lo que Spengler llamase Cultura fáustica, en tiempos del gótico, La edad de las catedrales.

A mayor abundamiento, nos hemos chapuzado en las obras creadas durante las horas más tardías de la vida de Jünger, concretamente en *La tijera* y *El problema de Aladino*. En esta última nos topamos con un bonito repertorio de ideas acerca de un ingrediente consustancial a la modernidad líquida, el nihilismo, es decir, el problema de la alienación o extrañamiento (el mundo se torna incomprensible), el de la falta de forma, referencias, asideros, la ausencia de cualquier sentido vertebrador en lo que acontece, el problema de quedarse el hombre a la intemperie por la

ruptura de todas las grandes bóvedas metafísicas (tema tratado recientemente por Peter Sloterdijk en su célebre trilogía *Esferas*). Y como antídoto de esta vorágine se nos ofrece por un lado el arte, y por el otro la recomposición de los usos funerarios, de modo que estos puedan retomar las raíces de lo sagrado y constituirse en un nuevo centro, inmóvil, frente a un mundo hipercinético, premuroso, en perpetuo movimiento. Estos libros son interesantes para comprobar en qué sentido se han mantenido los puntos eminentes del pensamiento del autor, o, en caso contrario, han sido, bien sobreseídos, bien modificados por el transcurso del tiempo y sus diversas vicisitudes.

En última instancia, y tomado como elemento clarificador del conjunto de su obra, nos apoyaremos en *Los titanes venideros: Ideario último*. Este libro consta de una serie de entrevistas donde se tocan todos los temas fundamentales, a la par que los hitos biográficos que jalonan la larga vida de Jünger. Aquí podemos encontrar, en un lenguaje prosaico, aclaraciones sobre ideas que, en su obra, vienen a menudo vertidas en un lenguaje simbólico, metafórico, imaginista.

El resto de los libros que componen la obra de Jünger sirven como complemento y puntal de los arriba mencionados, no los tenemos por adiaphora, pero no suman a lo esencial, sino a lo más en lo concreto, en el detalle, en la anécdota, en esa tremenda iconodulia que Jünger, amigo de Hoffman, profundizaba durante sus viajes por medio del ácido lisérgico. Aquí incluimos a obras como *Viaje a Gondelholm* o *Esgrafiados*.

3.2.2. Ernst Jünger: Fuentes secundarias

En cuanto a las fuentes secundarias, y para comenzar, tenemos la monografía del muy conocido pensador de la Nueva Derecha, Alain de Benoist, en la cual se analizan las figuras arquetípicas, ciertos tipos ideales de hombre, fuerzas históricas motrices que pueblan la obra de Jünger. En un primer momento, Benoist se interesó por el tipo del trabajador, para más tarde, y junto a este, colocar al soldado del frente, al emboscado y al anarca. Recordemos que la concepción de la historia por parte de Jünger es, como la de Spengler, una búsqueda fisiognómica, pues se trata de captar un repertorio de formas a través de las cuales se expresan los símbolos esenciales de un alma, es decir, de una cultura.

Los ensayos de Enrique Ocaña *Más allá del nihilismo. Una meditación sobre Ernst Jünger* y sobre todo, *Duelo e historia. Un ensayo sobre Ernst Jünger*, resultan de interés en cuanto ilustran la interacción entre el pensamiento de Jünger y el de otras luminarias de la época, por ejemplo, Gottfried Benn, Walter Benjamin (admirador de Klages), Max Weber, Walter Schubart, Charles Baudelaire, Friedrich Nietzsche, Max Scheler, Fiódor Dostoievski, Clive S. Lewis o Martin Heidegger, autores todos ellos que reflexionaron desde diferentes puntos de vista y con medios expresivos diversos sobre la intrínseca problematicidad de la vida moderna. En *Duelo e Historia* aparecen también Goethe y Lavater, hombres que tienen su importancia tanto para Jünger como

para Spengler, en el sentido de su orientación hacia una comprensión fisiognómica, del mundo en el primer caso, y del hombre en el segundo. Spengler y Jünger llevarían esta fisiognómica a la historia, martilleándola sobre el yunque de los símbolos y los arquetipos, o, como diría Goethe, en las protoformas. Estas obras, realizadas por el autor a una edad relativamente temprana, tienen un sesgo poetizante y un punto reiterativo, a la par que una textura atmosférica, como calina estival difuminando el perfil del horizonte. Su utilidad, por lo tanto, en lo que a nosotros interesa, es secundaria. No obstante, el nihilismo, tornillo sin fin de estos ensayos, fenómeno que ha concitado un buen cupo de la atención filosófica de un tiempo a esta parte, es, sin duda, un problema histórico del primer nivel, consustancial a esa modernidad que asesinó a los dioses.

Digno de mención es el trabajo del historiador chileno Joaquín Fernandois, *Ernst Jünger. Escritura en tiempos de catástrofe*. Fernandois, después de plantear una introducción bien sentada a la obra de Jünger, realiza una selección temática de citas que guarda cierta similitud con la que nosotros hemos llevado a término en este trabajo, aunque sin el sesgo dialógico que imprimen a la estructura los comentarios que a modo de glosa hemos incorporado a cada cita. Pertinente apuntar que la estructura del trabajo estaba dispuesta antes de tomar contacto con Fernandois, luego este, cuya labor apreciamos, no nos inspiró.

Nos ha parecido de provecho indagar en los dos números monográficos que la revista Elementos de metapolítica para una Civilización Europea dedicó a la figura de Jünger. Se trata de los números seis y setenta y ocho. Allí la figura de Jünger es abordada desde numerosos puntos de vista por autores de muy variado pelaje, entre otros Julius Evola (traductor de Spengler al italiano), Félix de Azúa, José Luís Ontiveros, Antonio Escohotado o Alexander Dugin. De la misma revista hemos consultado los números treinta y cuatro y treinta y cinco, que versan sobre el problema de la técnica en los autores de la Revolución Conservadora Alemana. Aquí nos hemos detenido con especial cuidado en el artículo de José Luís Villacañas Berlanga “La edad de la técnica, reflexiones sobre Heidegger, Jünger y Schmitt”, en “Jünger, antropología de la técnica”, por Patricia Bernal Maz, en “La perfección de la técnica, de Georg Friedrich Jünger”, por Robert Steuckers, y, por último, en “La técnica devoradora de hombres”, de Ernst Niekisch, quien otrora fuera amigo personal de Jünger.

4.- BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA ALEMANA

Sully Prudhom decía que, en historia, lo primero era conocer al historiador, para ver, por decirlo de algún modo, de qué pie cojeaba. Vamos pues a dedicar unas líneas a comentar, por dotar de una atmósfera mínima a los autores, lo que fue la Revolución Conservadora en Alemania, movimiento de contradicción cultural y política dentro del cual se sitúa a nuestros protagonistas.

Bajo el aparente oxímoron Revolución Conservadora, expresión utilizada por primera vez en

el año 1851 por Theobald Buddeus, se agrupan una serie de autores que, con notorias diferencias entre sí, tienen en común la postura beligerante frente a la República de Weimar, el repudio de la socialdemocracia y el liberalismo, y una simpatía hacia los cuerpos francos que derrotaron a la insurrección espartaquista. Entre los miembros de la Revolución Conservadora se cuentan Oswald Spengler, los hermanos Jünger (Ernst y Georg Friedrich), Ernst von Salomon (involucrado en el asesinato del ministro judío Walther Rathenau), Moeller van der Bruck, Armin Mohler (secretario de Ernst Jünger y autor de un libro sobre el movimiento, “La Revolución Conservadora en Alemania, 1918-1932”, propugnador de una política basada en el agon), el jurista Carl Schmitt (amigo de Jünger, postulante de la dicotomía amigo-enemigo que anticipa la polemología de Lucien Freund), Ernst Forsthoff (discípulo de Carl Schmitt y acuñador junto con este del concepto Estado Total, inspirado en la obra de Ernst Jünger *La movilización total*), Othmar Spann (economista y sociólogo antiliberal), Ludwig Klages (autor de *Eros cosmogónico* y conocido sobre todo por sus estudios de grafología), Werner Sombart, Edgard Jung (secretario de Von Papen, debelador de los valores asociados a la Reforma y a la Revolución Francesa, asqueado ante lo que consideraba el dominio de los mediocres), los hermanos Strasser (el ala radical del nacionalsocialismo, purgada durante la noche de los cuchillos largos), Thomas Mann⁵, Alfred Baumler, etcétera.

También se asocian al grupo algunos autores de estirpe judía, como Hugo von Hofmansthal, literato que gozó de cierto aprecio en los ambientes del nacionalsocialismo, quien manifestaba que habría que girar la rueda de la historia, nada menos que cuatrocientos años, para que así el mundo volviese a sus cabales, o Arnolt Bronnen, hombre que llegó a ocupar puestos de autoridad durante el Tercer Reich, protegido del relumbrante ministro de propaganda, Joseph Goebbels. Quedan así mismo incluidos dentro de la Revolución Conservadora, pero con una órbita en buena medida tangencial respecto a la misma, los poetas Gottfried Benn, un auténtico precursor de la poesía clínica, y Stefan George, personaje incalificable, miembro de la “Ronda cósmica” y eje de un cenáculo llamado “La Alemania secreta” al que pertenecía el Conde Stauffenberg.

Con relaciones dentro de la Revolución Conservadora, pero navegando en su periferia exterior, hallaríamos a hombres como Ernst Niekisch (con influencia en la Cuarta Vía de Alexander Dugin), cicerone del llamado Nacional Bolchevismo, amigo íntimo de Jünger y von Salomon, pero al que solo forzando el bastidor cabría meter en la Revolución Conservadora. Tampoco quedaría incluido, a nuestro entender, el filósofo Martin Heidegger, acuñador de ese concepto tan oscuro, el Dasein, que tanto éxito ha tenido en el foro filosófico sin que nadie llegue a entenderlo del todo, crítico acérrimo de lo que él llamaba la existencia impropia de la modernidad, caracterizada por la

⁵ Ciertas novelas de Thomas Mann, como Los Buddenbrook, La montaña mágica, La muerte en Venecia o Doctor Faustus, tienen un marcado sesgo decadentista que mama de las fuentes de Schopenhauer, al cual, el gran literato alemán admiraba. Goethe y Nietzsche también se contaban entre sus influencias determinantes. El humus es, por lo tanto, más o menos el mismo que en Spengler y en Junger.

El tema del nihilismo y la decadencia en la literatura ha tenido un formidable desarrollo, recordemos aquí, a título de muestra, a hombres como Goncharov, Turgueniev, Bieli, Musil, Conrad, Celine, Drieu la Rochelle, Huysmans, Mishima, Azorín, Baroja, a los que habría que añadir un largo etcétera.

charlatanería, la curiosidad indiscriminada y la ambivalencia, es decir, por la falta de posición. Heidegger era un hombre de talante conservador, de esto no cabe duda, pero de ninguna manera un revolucionario, por mucho que simpatizase con el nacionalsocialismo. Lo mismo se aplica al barón Herman von Keyserling, creador de una Escuela de Sabiduría de sabor esotérico, espiritualista, ubicada en el epicentro modernista de Darmstadt, en la que se mezclaban el pensamiento de Herman Hesse y las doctrinas de Rudolf Steiner, con sus leyes del contrapunto o del ajustamiento entre el fondo y la forma, en las que subyacía una filosofía de la historia que es en el fondo una filosofía de la existencia.

Este movimiento tenía sus propios espacios de socialización, sirvan como botón de muestra el Club de Junio, o su sucesor, el llamado Herrenclub (Club de los Señores) y solían manifestarse a través de publicaciones como Die Standarte, Arminius, La conciencia, La acción, etcétera.

La filosofía de Nietzsche, el superhombre entendido en sentido voluntarista, la doctrina del eterno retorno de lo mismo, el nihilismo positivo (por contraposición a un nihilismo pasivo, decadente o crepuscular), el sentido trágico de la existencia (la historia como un drama de raíces metafísicas), la noción de Interregno (compartida por miembros de la derecha de la tradición o esotérica), es decir, pensar que el mundo se halla en una fase de transición, donde como decía Jünger han muerto los viejos dioses, pero los nuevos todavía no han aparecido, un cristianismo interpretado en clave germánica, un socialismo de horma prusiana (a la manera de Moeller Van der Bruck o Spengler), la distinción, tan cara al espíritu alemán, entre cultura y civilización, con el énfasis puesta en la primera, una necesidad de monumentalidad política y autoexigencia, la concepción de la nación como un hecho sacrificial, una desconfianza respecto a la razón y a la moral utilitarias, todos estos son membretes que podemos asignar a la Revolución Conservadora Alemana.

5. HISTORIOGRAFÍA Y DECADENCIA

5.1. Oswald Spengler (1880-1936): Historiografía

En la novela de Gerhart Hauptmann *En el torbellino del destino*, la princesa Ditta manifiesta que: “la mayoría de las personas que hablan de arte, de poesía, civilización y música, no tienen ni idea de ello por más importancia que se dan”. En efecto, a menudo se pontifica sobre cuestiones que nos son en el fuero íntimo ajenas, pero este, desde luego, no es el caso de Oswald Spengler. Spengler es un historiador del máximo rango, diríase que con *La Decadencia de Occidente* ha tratado de componer, y con resultado feliz, una obra de arte total. De hecho, ahí están las cuatro luminarias que definen la creación de Richard Wagner: el sentido de la forma, la conciencia de la fuerza, el fuego frío del espíritu y el fuego magmático del corazón.

Quisiera levantar mis cartas y manifestar que las tres obras más fructíferas sobre historiografía, entendida esta como teoría y práctica de la historia, con las cuales he tomado contacto, son la segunda intempestiva de Nietzsche, *Acerca de la utilidad e inconvenientes de la historia para la vida*, los escritos historiográficos de Ortega -su ensayo *Historia como sistema*, pero también los artículos sobre Dilthey y el prólogo a las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, de Hegel- y, en último lugar, pero no desde luego en cuanto a su importancia, las consideraciones historiográficas de Spengler ínsitas en la *Decadencia de Occidente*, singularmente aquellas que tachonan los primeros capítulos de la obra, destinados a esclarecer, no diríamos su método, concepto que aquí nos resulta estrecho, sino su “visión”, su poética.

Ni que decir tiene que hemos elegido a Spengler por cuanto su posición historiográfica, su perspectiva, su modo de acometer el estudio del pasado, nos parecen, frente a otros que consideramos espurios, intrínsecamente históricos, de lo cual se infiere que, en nuestra opinión, hay un modo muy extendido de escrutar la historia con un sentido ajeno a la historia misma, con lo que se produce una discrepancia entre el objeto y el método⁶, pues el segundo viene en puridad determinado por el primero, ya que lo contrario sería incurrir en pecado de apriorismo, o en eso que los filósofos denominan petición de principio, y si este falla, el castillo se construyó en el aire, por lo que basta una ligera brisa para que se nos venga el tinglado al suelo.

Nietzsche, según Klages el más grande rompedor de cadenas de la historia del hombre, dividía a los pensadores en superficiales, profundos y fundamentales. Oswald Spengler pertenece a esta última, exigua categoría, casi un unicornio. Desde el gremio de la historia se le ha mirado con enorme circunspección, como a un intruso, se le han repartido una buena cantidad de palos y también algún que otro elogio, pero ni los unos ni los otros venían de un lugar más alto. Para quien esto escribe, La Decadencia de Occidente es el mejor libro de historia que haya leído, una experiencia ética y estética, una divisoria de aguas, una catarsis.

El axioma principal de Vico, sobre el cual se asentaba la dignidad de la Ciencia Nueva, una ciencia *in statu nascendi*, el *Verum et factum convertuntur*, nos viene como perita en dulce aplicado a Spengler. Este considera que todo planteamiento de un problema implica la solución correspondiente ya que el método de una ciencia es la ciencia misma, por lo cual se asimilan el *certum* y el *verum*, en el sentido de que se descubre precisamente aquello que se busca, y se conoce tanto mejor aquello que uno hace, es decir, nuestra propia vida en sociedad, y más allá de esta, la turbulenta historia de las generaciones (DDO664).

Pero lo que sucede habitualmente es que se pretenda construir la historia a la manera positivista, amontonando ladrillos, usando de una sistemática que colige con el mundo de la naturaleza, pero no con eso que los fenomenólogos llaman mundo de la vida o mundo eminente.

⁶ En puridad no hay objeto de la historia, sino sujeto de la historia, y aquí radica lo específico de la misma, su condición retrospectiva sobre la vida, lo que hace que los métodos científicos al uso le caigan como si fuesen empulgueras.

Este último, que es el mundo histórico dentro del cual se modula la existencia del hombre, precisa, según Spengler, de una fisiognómica⁷, de una morfología, es decir, de un estudio comparativo de las formas, en cuanto las formas manifiestan un alma de la cual son su congruente expresión, congruencia que se explicita en el hecho de que los fenómenos históricos que participan del mismo alma son correspondientes, presentan una común filiación, el mismo hueso dentro de diferentes frutas.

Aquí ha de mentarse que percibimos en Spengler una idea que aparecerá también en los escritos del Conde Hermann Graf von Keyserling, aplicada por este al individuo, no al ámbito histórico, nos referimos a la llamada ley del ajustamiento o de la necesidad interior⁸. Lo cual nos remite a algo que nunca se repetirá lo suficiente, y es que la realidad del hombre se construye de adentro hacia afuera, y no a la inversa, no por lo tanto según el mecanicismo y las concatenaciones de causas y efectos, eslabonarios que vienen de perlas a las ciencias nomotéticas, pero que cual sayo de penitente, a la historia le ocultan el apresto. Urge pues tomar a cuenta una aproximación morfológica, dejando de lado a la etiología.

De lo hasta aquí dicho se deduce que la concepción historiográfica de Spengler es radicalmente contraria al materialismo, un materialismo que se denomina a menudo dialéctico, obviando que la dialéctica nunca puede estar en la materia, sino a lo sumo en el pensamiento y en la voluntad. Esto lo entendió perfectamente Cartesio, de ahí su dualismo, pero al parecer muchos lo olvidaron. Por lo tanto, para Spengler la historia no puede resumirse en el juego que se plantea entre una serie de constructos zoológicos o económicos, tampoco sería el resultado de la hostilidad que se profesan unas clases convenientemente depuradas, literaturizadas, escuadradas more concepto para que encajen en la horma. La historia es, ya lo dijo Nietzsche, el resultado de una enorme colisión e intersección de fuerzas de muy diferente índole, una tragedia, un arte de náufragos, el tonel de las Danaides, la túnica de Penélope, un fragor heraclíteo, un drama moral, y su motor la voluntad de poder que es siempre una voluntad de verdad⁹, es decir, algo cuya trayectoria va de dentro hacia afuera, y no al revés. Traigamos una cita de Croce en apoyo de lo aquí dicho. Dice así: “Pero las cosas individuales que son instancias de los conceptos nunca se relacionan entre sí por medio de

⁷ La fisiognómica es un medio de conocimiento que parte de las formas de un ser vivo, especialmente el rostro, para inferir aspectos que no están a la vista, estableciendo una correlación entre lo externo y lo interno. Esta ciencia aparece como muy tarde con los Pitagóricos y tuvo mucha importancia en el Mundo Antiguo (repárese en que su estatuaría es en sí misma un canon de fisiognómica). La trataron, sirvan como botón de muestra, Aristóteles, Teofrasto o los neoplatónicos. Ya más tarde, en el Renacimiento, la usaron Galeno, Miguel Scoto o Giambattista della Porta, siendo este último uno de los hitos históricos de la disciplina. En el siglo XVIII, Johann Caspar Lavater, amigo de Goethe, sentaría las bases de lo que podríamos llamar fisiognómica moderna, la cual tendría un notorio desarrollo en la criminalística lombrosiana y en la taxonomía de tipos morfológicos, por ejemplo la de Krestchmer.

⁸ Véanse obras como *Renacimiento* o *La filosofía del sentido. El conocimiento creador*. Keyserling, que tuvo bastante repercusión a principios de siglo XX, es hoy en día un autor casi desconocido.

⁹ Recuérdese que, para el anarcosindicalista Sorel, “lo que se llama verdad es un instrumento para llevar a cabo una acción propuesta. Esto ocurre inclusive en la ciencia, pero se ve más claramente en la historia. Las verdades son, en el fondo, mitos”. Éste es un pensamiento que guarda relación con las Ideas Fuerza de Fouillée y con la lucha cultural gramsciana. Recuérdese así mismo que la obra capital del Cicerone del nacionalsocialismo Alfred Rosenberg se titula *El mito del siglo XX*. A su debido tiempo, teorías científicas hoy inatacables saltarán por los aires.

oposiciones, sólo por medio de distinciones, en consecuencia, las relaciones entre ellas nunca son dialécticas, y en la historia, que es la historia de acciones individuales y de personas y civilizaciones, no hay, en consecuencia, dialéctica” (HHL190).

Conviene aclarar que la voluntad de poder nietzscheana no es más que una reconfiguración, trasladándola al plano consciente, de la voluntad de Schopenhauer¹⁰, del cual Nietzsche, junto a Wagner, fue en su juventud un apóstol entusiasta, hasta que llegado un punto decidió invertir las posiciones del maestro y así enmendarle la plana, trocando el pesimismo lúcido y heroico por un optimismo de desesperados, (en el cual se puede escuchar, si uno aguza el oído, el chirriar de dientes), la noluntad por el eterno retorno de lo mismo, la renuncia por la afirmación, etcétera.

Aunque Spengler critica en varias ocasiones a Schopenhauer a lo largo de su obra cumbre (singularmente en lo que afecta al pesimismo y a los conocimientos matemáticos, crítica esta última que hace extensiva a Kant), nosotros no dejamos de ver, y esto con toda claridad, la huella del maestro de Danzig en su filosofía de la historia, concretamente su noción axial de la voluntad, y nótese aquí que Schopenhauer y Spengler comparten una común admiración por Goethe (Schopenhauer estuvo un tiempo en la Corte de las musas de Weimar, acompañando a su madre, una escritora de cierto talento, por lo que pudo conversar con el poeta, a quien admiró, aunque este sentimiento, debido el carácter tempestuoso de Schopenhauer, no fuese mutuo. Schopenhauer siempre defendió, contra Newton, su teoría de los colores. Esta teoría fue también muy apreciada por un pintor romántico de la época, Philip Otto Runge, que aparece en la obra de Jünger. Átense los cabos).

Schopenhauer, quien en su obra *El mundo como voluntad y representación* realiza una crítica acerada de la historia, situándola por debajo de la poesía y fuera del círculo de oro de las ciencias, más tarde, en sus *Parerga y Paralipomena*, obra de madurez, sorprende reclamando una historia fisiognómica; leámosle: “Así como cada hombre posee una fisonomía según la cual se le juzga provisionalmente (*Schopenhauer tiene un capítulo dedicado a la fisiognómica en sus Parerga y Paralipomena. Aquí cabe mentar que tanto él como Goethe, y también Herder, conocían a Lavater, primer adalid de la fisiognómica moderna, del cual tenían, sobre todo Goethe, una excelente impresión*) cada época tiene también una no menos característica. Pues el correspondiente espíritu de la época se asemeja a un cortante viento del este que todo lo atraviesa. Por eso su huella se encuentra en todas las acciones, pensamientos y producciones escritas, en la música y la pintura, en el florecimiento de este o aquel arte: en todas y cada una de las cosas imprime su sello (*luego deja una impronta que actúa a modo de rúbrica*), de ahí que, por ejemplo, la época de las frases sin sentido tenga que ser también la de la música sin melodía y las formas sin finalidad ni propósito (*la unidad de estilo en una cultura es crucial en Spengler y en cierto modo deudora del Zeitgeist*

¹⁰ El mejor modo de comprender la filosofía de Nietzsche es confrontarla con la filosofía de Schopenhauer. Luego, en mi opinión, lo mejor sería primero leer a éste, y ya después, sumergirse en la virulencia del genio de Rocken.

hegeliano). A lo sumo los gruesos muros de un monasterio podrán impedir la entrada de aquel viento del este siempre y cuando no los derribe, así que el espíritu de su época le otorga también su fisonomía exterior. El bajo fundamental de esta lo representa siempre el estilo arquitectónico (*dicha idea, ligeramente modificada, aparece en Spengler. La diferencia reside en que Spengler considera a aquella arquitectura que es simbólica en grado sumo, por ejemplo una catedral, como ornamento, es decir, toda ella ornamento. Esta, desde luego, es una idea sutil y fructífera, que guarda afinidad con la consideración de la arquitectura artística por parte de Hegel como esencialmente simbólica*), conforme a él se rigen ante todo los ornamentos, los recipientes, los muebles, los utensilios de todas clases, y finalmente incluso la ropa y la forma de cortarse el pelo y la barba”. Este párrafo, en el que se correlacionan elementos tan dispares, podría perfectamente haberlo escrito Spengler. Recordemos que ya Fichte decía que toda época era expresión de una sola idea o concepto axial. Lo que diferencia la posición de Fichte de la de Spengler es que este último tiene una concepción plural de la historia y no universal, por lo cual la idea encarna en culturas más que en épocas. Fichte, como Kant, estaba imbuido de un concepto abstracto del hombre, eso sí, con marchamo europeo.

Más allá de esto, la noción de voluntad en Schopenhauer y su relación preeminente y condicionante respecto al sistema de representaciones (El intelecto está sujeto a la voluntad¹¹, a la cual sirve), es una idea que se halla en el corazón de la historiografía de Spengler.

No obstante lo dicho, la fisiognómica histórica de Spengler se basa fundamentalmente en la noción de protoforma, *Urform*, de Goethe, que deriva de la noción de protofenómeno, *Urphaenomenon*¹². La protoforma es un arquetipo, una potencia, algo así como un modelo o matriz dentro del cual se desarrollan una serie de posibilidades, y estas posibilidades se traducen en manifestaciones fenoménicas que guardan un estilo común, un aire genealógico, una correspondencia. El propio Spengler confiesa: “Este método está orientado verdaderamente en el sentido de Goethe, como que se funda en la idea de protofenómeno; la morfología comparativa de los animales y las plantas lo emplea habitualmente, aunque en esferas limitadas (tanto Spengler como Jünger prefieren a Cuvier o a Linneo sobre Darwin); pero puede aplicarse también a la historia, en proporciones que nadie ha vislumbrado aún” (DDO229). A esta protoforma podemos llamarla, usando de una terminología sociológica más crasa, y con el propósito de hacernos entender, forma formante, o aún mejor, forma fundante, pues se trata de una fuerza mitoplástica que alberga una multiplicidad de expresiones (formas y tipos), que guardan entre sí un sustrato común.

Recordemos que la forma, en palabras de Goethe, expresa una fuerza que le es inherente (y no solamente una función). Nosotros añadiríamos a lo dicho que la forma participa del símbolo y

¹¹ La noción de voluntad en Schopenhauer no tiene la denotación usual, es un concepto similar a la cosa en sí kantiana, el fundamento de todo fenómeno, pues todo lo que acontece es plasmación de esta entidad primaria.

¹² Goethe introdujo este término en su *Teoría de los Colores*. La partícula Ur, denotativa del origen, ha sido utilizada por pensadores como Husserl o Scheler, este último en su protofenómeno de la expresión, con un sentido afín al de Goethe y Spengler.

conlleve, como el pavo real su cola, un repertorio semiótico, dicho de otro modo, una serie de contenidos vitales. Así que, por un lado, tendríamos en la historiografía de Spengler la forma y el símbolo, esto, permítasenos la expresión, como estática, y por el otro la voluntad de Nietzsche como dinámica, como desarrollo y floración del símbolo en la forma y de la forma en los tipos, con expresiones rítmicas, rimadas, como quien compone una estrofa o declina un verbo.

¿Qué es la forma? La forma es una expresión orgánica (relación entre el todo y las partes donde el primero es algo más que la suma de las últimas), de la misma manera que un manzano es la expresión acabada de su pepita. La forma es por lo tanto imagen y realidad singulares. Leibniz y Herder trasladaron la fuerza al mundo histórico y hay en Herder una dialéctica muy interesante entre lo modélico y lo irrepetible. Por aclarar lo dicho con un ejemplo tomado del propio Spengler, digamos que la Fronda lucha “por la forma”, el Estado absoluto lucha “en la forma” y la burguesía lucha “contra la forma”.

Cassirer, por las mismas fechas que Spengler, y partiendo del neokantismo que bebió en Marburgo, estudiaría los fundamentos de la investigación de las formas y los procesos de simbolización, para derivar de ellos una axiología, es decir, una estructura fundamentada del valor. La pregnancia simbólica de Cassirer, salvando otras diferencias, es una idea en sintonía con Spengler. Esta pregnancia no presenta, sino que representa ¿el qué? Un valor de base, un sentido, algo que está más allá de lo efímero a lo que aboca toda existencia. Por las mismas fechas aparecería la psicología de la forma de Von Ehrenfels, pero aquí la forma era estudiada desde el punto de vista de la percepción, como estructura lógica, no en lo que atañe a su contenido histórico y simbólico¹³.

Cree Spengler que, desde la historia, ha de analizarse con preferencia el producirse por contraposición a lo producido, el alma por contraposición al mundo, la posibilidad por contraposición a la realidad, la idea frente al cuerpo de la idea, y, también, la idea frente al ideal, (en la idea se vive con espontaneidad, el ideal se piensa como problema). Spengler, al igual que Goethe, que Bergson, que Theodor Fechner, que Karl Gustav Carus, que Ludwig Klages, que Gastón Bachelard, que Gilbert Durant, que Eduard von Hartmann, reclama lo saludable de la función simbólica, tratando de poner algún remedio a una sociedad que se encuentra en un estado pavoroso

¹³ Gilbert Durant, en su libro *La imaginación simbólica*, dice: “La razón y la ciencia solo vinculan a los hombres con las cosas, pero lo que une a los hombres entre sí, en el humilde nivel de las dichas y las penas cotidianas de la especie humana, es esta representación afectiva por ser vivida, que constituye el reino de las imágenes”. Apuntar que Gilbert Durant menciona a Spengler con aprobación y entiende como plausible su criterio acerca del inicio de la cultura fáustica. Para él, como para Spengler, ciencia y poesía son dos polos de la vida psíquica. La función simbólica es *conjunctio*, unión, aquello que nos mantiene al margen del nihilismo y el caos.

Ernst Cassirer y Carl Gustav Jung advirtieron que, en verdad, y en el límite, la enfermedad es pérdida de la función simbólica. Jung reclamaba una remitificación frente al expurgo numínico del mundo, lo que Weber llamase desencantamiento.

El vitalista judeo-francés, Henri Bergson, reclamaba la función fabuladora como defensa y terapia frente a la erosión del intelecto.

Mircea Eliade, conocido de Jünger, con quien colaboró en la revista *Antaios*, afirma que el símbolo siempre revela, cualquiera que sea el contexto, la unidad fundamental de varias zonas de lo real.

de licuefacción histolítica.

Spengler, por lo tanto, no somete la historia al principio causal, para él lo importante es el sino, un concepto que, como tantos otros de aquel entonces, hoy ya casi nadie puede comprender, por oscurantista, extravagante o metafísico, puesto que vivimos en una época ciega y afásica, tanto para lo elemental como en lo concerniente a la forma (la forma es distinción, contraste, polaridad, y por lo tanto tensión diferencial, flujo, conducción. Una época, por lo tanto, de profundo escepticismo fisiognómico, en consonancia con el principio de solubilidad e isovalencia generales, amén que con la ruptura de la conexión entre alma y mundo, pues todo es mundo, es decir, todo es exterioridad, objeto, material operativo, ya no tiene órganos para comprender ciertas ideas). Aquí se constata una brecha entre lo concreto y el universal, o, dicho de otro modo, entre el tipo y la figura, por lo cual aquel carece de forma y lo que abunda es la masa, la papilla, lo indiscernible, la liquidez. Conviene decir que hay algunos problemas filosóficos que no son un mero pasatiempo de la pedantería escolástica, y uno de ellos es lo que antaño se llamó Querella de los universales. Este problema está en el centro mismo, palpitante, de la época actual, aunque esta época, por supuesto, y dado que vive puramente en el objeto, no lo reconoce, puesto que carece del talento para captar los fondos, pero... *In abyssso veritas*¹⁴.

¿Qué es el sino?, el sino es una lógica de la dirección, la conjunción de lo libre y de lo necesario, no una lógica matemática, sino una lógica vivida, la lógica del tiempo que es necesidad orgánica del sino, siendo el sino a la causalidad lo que el tiempo al espacio (esta idea, aunque diluida, aparece en Ortega como proyecto, trayectoria, el afán de ganarse, de hacerse una figura). El sino no es una posición finalista, un punto de llegada, el sino es una melodía, y esta melodía tiene un valor en la medida que se acerque al símbolo. Jünger, en LT13, menciona un verso del poema de Goethe titulado “Daimon”, de la serie “Protopalabras, a la manera órfica”. Este verso reza como sigue: “Así has de ser”. He aquí, expresado con una seriedad concisa a la par que solemne, el sino de Spengler¹⁵. Por añadidura, mentar que una de las nociones aristotélicas de cambio consiste, no ya en pasar de la potencia al acto, sino en un incesante devenir hacia sí mismo.

Apuntamos aquí que la historia nunca puede ser de formato racionalista, esto es un disparate, pues la vida jamás ha sido determinada por la razón. La razón no es más que un mito, en el sentido dinámico y transitivo que le otorgaba Sorel, dígame el mito de determinada edad histórica, un instrumento para dar forma a lo social, y hasta aquí. Las posiciones vitales nunca, insisto, nunca

¹⁴ El literato italiano Eugenio Montale, en su obra *En nuestro tiempo*, dentro de la cual hay un estupendo ramillete de ideas acerca de la historia, dice lo siguiente: “Los universales no interesan ya a nadie”.

¹⁵ Esto nos recuerda al “Ess mun sein” de la cantata de Beethoven que tanta importancia tiene en *La insostenible levedad del ser*; novela de Milan Kundera que es en el fondo una obra sobre el sino, pues el extraño concierto de seis casualidades condiciona la vida de los protagonistas, pero estas casualidades no son papeles volanderos, forman un sino, y es éste el que las da un sentido, una figura, es decir, las lleva desde el ámbito de lo contingente hasta el ámbito de lo necesario. Tomamos una frase de esta misma novela que ayudará a comprender lo que se desarrolle en este trabajo: “El peso, la necesidad y el valor son tres conceptos internamente unidos: sólo aquello que es necesario, tiene peso; sólo aquello que tiene peso, vale”.

son cuestiones de razón, pues como dijo Pontalis, lo que habla es el hombre todo y no solo su cabeza, por lo cual toda esa teoría de la razón comunicativa de Habermas, de la democracia deliberativa y discursos afines, no valen un celemín, pues yerran en lo crucial. La vida es otra cosa, es voluntad de potencia (pues la voluntad de renuncia es, en términos de Schopenhauer, noluntad), es afirmación, lo fatídico, lo irreversible, la tensión del arco y la lira, la vida es el sino frente a la causalidad que es la muerte, la vida es lucha perpetua y pasión, aunque esta sea una pasión inútil, la vida es carácter, anhelo, figura, una ilusión fundamental, el *ego habeo factum*. Frente a todo esto, el culto a la razón no es más que una entelequia, una sinécdoque, el poner al carro por delante de los bueyes, el coger el rábano por las hojas, la parte por el todo. “En la naturaleza domina la necesidad matemática. En la historia, la necesidad trágica (Aquí Nietzsche. Aquí Bloy y Pascal. Aquí el sentimiento escatológico de Unamuno. Aquí, también, ese Kierkegaard que despertó la curiosidad del energúmeno bilbaíno. Aquí aquella famosa frase del Fausto de Goethe, casi sacrílega, pero que define a la perfección el alma occidental: “En el principio fue la acción” (DDO295)].

Tiene razón Spengler cuando dice que querer tratar la historia científicamente es una contradicción, pues la historia ha de ser tratada poéticamente. Una historia que es temor y amor, *Filía kai neikós*, que diría Empédocles, querencia y aversión, catálisis y coloide, lo auténtico que salva frente a lo falso que martiriza, allá donde no solo se establecen relaciones de fundamento y consecuencia sino también de potencia y rango, y en la cual al hombre se lo mira no solo por fuera, sino por dentro. Con esto se corta el nudo gordiano de la contraposición entre las ciencias ideográficas y las nomotéticas, y la pretensión de las primeras, afectadas por un grave complejo de inferioridad, casi diríamos de Edipo (el fetiche positivista que colea como un cencerro de boda), de acreditar alguna metodología que las homologue con las ciencias duras, como si no pudiera existir ningún conocimiento al margen de estas, ¡Bonita superstición!. Para Spengler, un historiador será tanto más significativo cuanto menos tenga de propiamente científico, y con esto quiere decir que tiene que ser, por un lado un artista, una persona intuitiva, con capacidad conectiva e imaginación, es decir, con visión de los nexos que forman conjunto, y por el otro lado una especie de sacerdote, pues trajina con el ser, ya que somos en puridad conciencia del tiempo. Aquí convendría aclarar que una cosa es lo cierto y otra cosa es la verdad. La verdad no participa del universo de la exactitud, una ficción puede ser verdadera, aunque no cierta en el sentido fáctico. De lo que se trata no es tanto de discernir lo exacto de lo inexacto, sino de sentir el ritmo del tiempo, esa arena menuda que se nos escurre entre el hueco de las manos, hacer profundo el punto inextenso, contemplar la vida con piedad y hondura, no con irreverencia y mezquindad. En la verdad se vive, en lo exacto, si uno se descuida, le dan garrote. Adjuntamos esta cita de Croce que, entendemos, suma a lo dicho: “Verdadero y falso, son ideas que aquí no deben ser utilizadas; rigen solamente las ideas profundo y superficial. Quien piense de otra forma, cualquier que sea, no puede pensar históricamente” (HHL107).

Goethe aludía al uso de una fantasía sensible exacta que deja intacto lo viviente. No por lo tanto a una razón que, a la manera de un taxidermista, nos pone lo muerto en el regazo bajo la apariencia de lo vivo, como esa liebre con la que hablaba Joseph Beuys. Hay algo de Michelet en Spengler, aunque Spengler no sea propiamente un romántico, me refiero a esa resurrección del devenir, del flujo del tiempo, de la secuencia proteica de formas que se siguen unas de otras, me refiero, también, a una mística de la unidad. El historiador ha de ser por lo tanto un artista, y el artista, aunque se perfeccione con los rudimentos del oficio, ha de nacer. Esto implica que hay mucha gente metiendo las manos en la historia, cuya labor resultaría mucho más benigna en otras ocupaciones, demasiados hombres y mujeres con mentalidad de hormiga escrutando en los baúles del pasado sin el más mínimo sentido histórico, como un bailarín sin ritmo que se trabuca con los pasos y a punto está de irse de bruces. En estas lindes se necesita algo más que el hábito para hacer al monje.

Spengler rehúsa el cultivo de una historia parroquial o puntiforme, lo que Dossé llamase una historia en migajas, rehúsa también la historia relato, la historia manual, la historia de tijeras y engrudo, la historia cuadro y el sistema de la cómoda al que aludiese Lucien Febvre. Lo que él pretende es hacer una historia total en el sentido de Braudel (quien tenía un buen concepto de Spengler), construir una imponente mazonería, una historia de grandes trayectorias, conexa, y lo conexo es el sentido que expresan las formas, que son a su vez la expresión de un alma, abalorios que difieren unos de otros, pero todo ellos ensartados en un mismo alambre (Plotino, autor caro tanto a Spengler como a Jünger, diría que: “El alma ha creado el mundo al entrar en el tiempo desde la eternidad.”). Al conjunto de las formas que presentan un ductus común se le llama cultura, y toda cultura es la expresión de símbolos primarios, y más allá de esto, *passio*, siempre *passio*, en los dos sentidos, el etimológico y el moderno, como dirección de la voluntad y también como sufrimiento (pues el progreso, como diría Croce, es fundamentalmente progreso en el dolor), luego aquí se trata de una historia interior y no exterior, en un sentido más profundo del que dio a esta dualidad Georg Weber.

Sí, tiempo y dirección, esto último, la dirección, es ingénita al tiempo, como la extensión lo es al espacio. Dirección impregnada de una voluntad férrea y del sentido de lo irrevocable, atónita, como Pascal, ante el pathos de la tercera dimensión, el profundo cielo estrellado, los crepúsculos rojizos, las nubes que se desgarran, el viento oceánico peinando la campiña, la aurora boreal¹⁶. El infinito hacia afuera lo mismo que hacia adentro, esto es lo que ha constituido a Occidente (lo cual puede constatarse en cualesquiera manifestaciones, lo que a su vez nos llevaría a una filosofía de las formas y a concluir que cada tipo humano tiene un ritmo y una expresión diferentes, incluso ahora,

¹⁶ Ante el memorial a Walter Scott en Edimburgo, una persona exclamó: “¡Un cohete gótico!”. Esta persona, tal vez sin saberlo, había alcanzado un simbolismo del primer rango. En efecto, el símbolo subyacente a un cohete y a una torre gótica es el mismo. Ambos son manifestaciones del alma fáustica, del alma de Occidente, por contraposición al alma apolínea o al alma mágica.

cuando la civilización todo lo iguala, aunque aquí ha de mentarse que Spengler no tiene una noción raciológica de la historia al estilo de Gobineau o Chamberlain, y en este sentido fue criticado por Alfred Rosenberg¹⁷), entendido Occidente como Cultura fáustica (Fausto, como Hamlet, como Werther, como Parsifal, como Segismundo, como Sigfrido, como Tristán, como Raskolnikoff, como Don Quijote, como el Grial, como las agujas góticas, como las elipses barrocas y los muros fluctuantes, son símbolos del ser de Occidente, y el ser de Occidente es Potencia). Por contraposición a otras culturas, la ética de Occidente es una ética de la acción o de la tensión, mientras que la ética clásica es una ética de la actitud, y la ética oriental es una ética de la renuncia, del sacrificio, de la sumisión. Por ello la persona nació en Occidente, puesto que la obediencia siempre estuvo condicionada a que el deber no mancillase el honor, luego fue siempre esta una obediencia relativa.

Oportuno mencionar sobre estas líneas, y en relación con lo ya dicho, que para Max Scheler la historia se explica en tanto conjunción de factores reales y determinaciones ideales, con lo cual esta tendría un carácter estocástico; los primeros poseerían la fuerza; las segundas imprimirían la dirección. En cuanto a Wildeband, en su opinión las ciencias nomotéticas estaban fundadas en leyes y predicciones, sin embargo, las ciencias ideográficas radicaban en la investigación de las formas en cuanto estructuras de rasgos únicos. Esta es una distinción que Spengler suscribiría, no en vano menciona en alguna ocasión a Wildeband con beneplácito. Para Wildeband, como para Lotze, la historia caería de lleno sobre la teoría de los valores.

Y aquí entramos en otro punto. Para Spengler la historia no es una secuencia meliorativa, una ringla de superaciones, una matrioska en la que cada vez que metemos la mano, albricias, nos sale una muñeca más bonita. La historia no es una teodicea secularizada, de lo que se infiere que, para Spengler (y también para Nietzsche), la historia universal es la visión histórica imperativa de Occidente (una afirmación que compartiría un nietzscheano como Foucault), pues ya Nietzsche decía “El ser que llama historia universal a su historia. !Vanidad de vanidades!” (ECYSS39). Este es el relato de una convergencia general hacia un solo punto que, bajo el atuendo secular e ilustrado, gasta los viejos hábitos del cristianismo, de ahí que Chesterton dijese que la modernidad eran un puñado de ideas cristianas (más bien judías) que se habían vuelto locas, y con toda razón.

La así llamada historia universal es en el fondo un resultado del racionalismo, y el racionalismo es para la historia como jugar con un tigre, fácilmente la devora. La historia universal es una historia que podríamos caracterizar como programática, y por lo tanto como el fruto de una ideología. Goethe, como más tarde hicieran Pessoa o Unamuno, censura el concepto de humanidad, por considerarlo bien una abstracción vacía, bien un constructo zoológico, lo cual no ha

¹⁷ Rosenberg entendía que la concepción morfológica de Spengler derivaba lógicamente en una concepción racial, pues la raza es una forma y ha de tener su correlativa y diferencial expresión. Siguiendo en esta línea, Rosenberg discrepaba también del concepto de “raza del espíritu” acuñado por Julius Evola, el cual le parecía una contradicción en los términos.

impedido que dicho término sea utilizado ad nauseam por los camanduleros de todos los pelajes. Ni siquiera Cristo habló de la humanidad, sino del hombre, y en concreto del hombre próximo. Son dos cosas que se sitúan en las antípodas.

No hay pues ninguna historia universal en el sentido omniabarcante y convergente del término. Cuando Spengler habla de historia universal se refiere a otras cosas: en primer lugar, a una historia del universo y no solo de las actividades humanas, luego habría aquí un historicismo cósmico y ontológico, y en segundo lugar a la que se libra entre los estados, con lo cual existirían pueblos sin historia, ya que una cosa es que sucedan eventos, y otra cosa, muy diferente, que haya historia. Esta implica una potencia articulada políticamente, un estilo de gran clase, una persistencia de los efectos y una conciencia de sí. Para Spengler lo que hay son historias, en plural, o mejor dicho, culturas. Él distingue básicamente tres, terna que actúa, creemos, como factor expresivo, que no exhaustivo. Estas culturas serían la occidental o fáustica (símbolo primario el espacio puro), la apolínea o clásica (símbolo primario el cuerpo exento, estereométricamente considerado), y la oriental o mágica, (símbolo primario la cueva). El alma, núcleo metafísico y generatriz de las culturas, es distinta, lo que es común a todas ellas es su singladura, en el sentido de que nacen, desarrollan su acervo de posibilidades y finalmente decaen en una fase mecanizadora, llamada, por contraposición a la cultura, de civilización. Este trayecto orgánico, compartido por todas ellas, es lo que permitiría un estudio comparativo, el establecimiento de analogías morfológicas y homologías del sentido, conexiones que a muchos les resultan extravagantes, pero no a nos. Tenemos aquí pues, una historia cantada a varias voces.

Aunque cada cultura desarrolla un alma específica, intraducible, una *haecceitas*¹⁸, y por ende serían entre sí teóricamente inconmensurables, esto no impide que el historiador pueda comprenderlas, y ello en virtud de una empatía intuitiva y artística, o congenial, que se parece mucho a aquella que mencionase Schleiermacher, aunque sin la pretensión, un tanto exagerada, de comprender al otro mejor de lo que este se comprendió a sí mismo. Esta hermenéutica guarda también cierto parecido con la de Collingwood, para quien la historia era algo interno y no algo externo, pero respecto a Spengler le separan dos cuestiones fundamentales: Collingwood habla de una reactualización mediando el pensamiento, en cambio, en Spengler lo que media es la propia existencia como entidad indisoluble, no solamente el intelecto, y, además, Spengler realiza proyecciones a futuro, cosa que según Collingwood un historiador nunca debiera osar. Apuntar que, en nuestra modesta opinión, Collingwood interpreta de un modo totalmente erróneo la historiografía de Spengler, a la cual dedica un apartado en su *Idea de la historia*. En verdad ambos autores tienen mucho, pero que mucho más en común, de lo que el inglés estaría dispuesto a reconocer.

¿Qué es la cultura? Para Spengler la cultura es lo orgánico, lo vital, el amanecer y el

¹⁸ Término empleado por Duns Scoto, aunque prefigurado en la filosofía de Aristóteles. Ha de apuntarse no obstante que la *haecceitas* de Scoto no radicaba en la forma.

mediodía de un alma, el apogeo de la necesidad interior, lo que tiene raíces profundas y sujeta a la vida como una jábega, dándole un sistema claro de referencias, un centro y una vertical. En cambio, la civilización es lo mecánico, lo puramente cerebral, lo operativo, lo utilitario, aquel espíritu que, según Klages, en el largo plazo canibalizaría al alma, es decir, a la vida, esclerotizándola, convirtiéndola en una retahíla fatua de artificios.

Esta contraposición de Klages entre alma y espíritu atraviesa toda la obra de Spengler. El alma es lo orgánico, la idea, lo mítico, lo axiológico, el sentido trágico de la vida, lo simbólico y lo distintivo, el *genius loci* y la raza, la crianza, la noción de la sangre, la moral (*mores maiorum*), lo existente aporético. El espíritu, en cambio, supone el máximo nivel de conciencia vigilante y por lo tanto de problematización, la tendencia hacia la militancia y el ideal, hacia la angustia existencial y los paraísos artificiales, hacia el cosmopolitismo que brota de esa ciudad que, según Baudelaire, atrapa al transeúnte a plena luz, una ciudad en cuyos altos hornos se fragua un tipo psicológico atrofiado que pretende tener una validez universal.

La civilización es la ironía frente a los dioses, la elevación de los modos del comercio a paradigma vital. La civilización es el intelectualismo, lo mostrenco, lo extensivo y extenuante, lo inorgánico, lo organizado e igualitario, lo ético (incluida la literatura revolucionaria y cualquier tipo de socialismo), la educación formal (formación técnica y adiestramiento conductista, la obsesión pedagógica junto a un renovado pelagianismo) lo sistemático, el exceso de abstracción que paraliza, lo diagramático, el optimismo de *prêt à porter* metido en la horma de una puericia epidémica (como dijo Nietzsche, el fetiche de la felicidad es signo de que las fuerzas capitales de la vida están derrumbadas. Nietzsche criticaba la concepción del poder como eudemonismo en Helvecio. El hombre que busca a toda costa la felicidad es el último hombre, ese que se sonríe frente al espejo con cara de idiota y dice “soy feliz...”). La civilización da alas al masoquismo, a la querencia por lo mórbido, por lo clínico, por lo teratológico y anómalo. La civilización es lo soluble y nada es más soluble que el pensamiento monetario pues todo lo reduce a números. La civilización es el estado de los pueblos *fellahs* (sin raíces) por muchos cacharros que éstos gasten (pueblos ahistóricos y a menudo antihistóricos). La civilización es la cuna de la sofística y el alejandrismo, de lo complicado y retorcido, del amaneramiento, (esta terminología está presente en la obra de Jünger). La civilización es la fase en que los principios pretenden imponerse frente a los hechos, el deber ser (por ejemplo la moral kantiana) frente a lo vivo que es. En la civilización cunde la obsesión por las reformas y por ensayar la cuadratura del círculo social, es decir, intentar que, en última instancia, en la vida no pase nada. En la cultura predominan las figuras, mientras que en la civilización se imponen los conceptos, lo que da lugar a disputas intelectuales completamente absurdas, salvo que uno comparta ese nivel de irrealidad. La cultura es el mundo del sino y del ritmo, la civilización es el mundo de las causas y las oposiciones (incluidas las oposiciones marxistas). La cultura en cuanto forma conlleva una serie de posibilidades a la vez que excluye a otras (pues si no se excluye nada,

la forma periclita y la cultura se va al garete, cosa que importa un pimiento al hombre simplemente civilizado, pues este vive como mero punto entre los ejes de Cartesio, creyendo que la porosidad entre las culturas es infinita). Esto colige con la pérdida del sentido de dirección, pues el hombre de la civilización es en su fuero interno un nómada espiritual, un hombre regresivo que, en multitud de aspectos, ha retornado a la zoología. La civilización supone la eclosión del escepticismo (todo se pone en duda y la duda corroe el bastidor de la vida de cabo a rabo), del relativismo (nada es sagrado, nada es sólido, nada es más que nada, nada merece lucha, nada merece ningún sacrificio), las ideologías sociales (el ciudadanismo, los derechos, el rollo macabeo del pluralismo y la diversidad, pues ahora estas cuestiones no surgen de modo natural, como antaño, sino que se crean por decreto ley, previa sugerencia de los sinarcas que controlan Globalistán).

La civilización es lo ortodrómico, la macrocefalia (ciudades gigantescas, centros gigantescos, mercados gigantescos, corporaciones gigantescas). Primero llega la indiferencia y a continuación la rotura consciente, violenta, como un dique que se rompe, de la tradición a manos de un radicalismo inspirado por los plutócratas que son quienes tienen cogida de firme la manquera y cosechan los mejores réditos ¿O acaso no fue el dinero quien ganó esas partidas? La civilización trae consigo la muerte demográfica, pues es una fase en la que la voluntad de vivir (que repito, es una voluntad de afirmación y verdad) está quebrantada y la vida se torna estéril. Esta es la época de los partidos políticos en cuyo seno medran los líderes oclocráticos, todos ellos al servicio del Gran Dinero, todos ellos sistémicos y corrompidos, todos ellos con una disposición cancerígena (lo invaden y pudren todo). Esta es la era del nihilismo, que es siempre una consecuencia de la pérdida de centro, y por lo tanto de la pérdida de la forma, de la figura, y por ende de lo significativo. El nihilismo se caracteriza por el odio hacia todo aquello que tiene forma, y como consecuencia de esto, el deseo histérico, enfermizo, de romperlo.

La civilización no tiene ritmo, a no ser que se considere ritmo a esa suma de tráfico y tráfigo, ruido y barullo, es decir, a la marabunta, a la vorágine, al *Maelstrom*, a la movilización de todos los factores, tangibles e intangibles, sometidos a una perpetua efervescencia. La civilización es un sistema de tensiones, una relación atomística, desquiciada, la vida considerada como un elemento asimilable a otros y por ende permutable, un elemento más dentro de una enorme función matemática. En la fase de civilización aparecen las masas, que son entidades totalmente inorgánicas (contrariamente a lo que se dice, individuo y masa surgen a la vez, son el correlato de una misma alma senescente). Llamar a estas masas clase trabajadora o proletaria es algo completamente absurdo, esas masas no constituyen ninguna clase, salvo como instrumento de agitación, o, llegado el caso, como unidad de contradicción al efecto de usarlas políticamente¹⁹, En cambio, esos

¹⁹ Pongo un ejemplo actual: cuando se mira a los miembros de un aula, resulta que todo el mundo es de clase media ¿qué sentido tiene esto? Lo que se ve allí es sencillamente un grupo de desclasados, gentes sin clase. Puede haber tipos sociológicos, aunque éstos están cada vez más reducidos, pero clases no.

campesinos de los que hacía mofa Marx en el 18 Brumario, comparándolos con sacos de patatas, esos sí constituían una clase, y una clase, además, primordial, pues las grandes clases son símbolos en carne y sangre (DDO512), como lo son por lo tanto la nobleza y el clero. En el estado feudal, el estado existe por las clases, mientras que, en el llamado estado de clases, las clases existen por el estado. Las clases auténticas son categorías y órdenes de la vida, estilos que construyen al hombre desde el calcañar a la coronilla y se transforman en una segunda naturaleza, no meras distribuciones económicas. Estas últimas son taxones para aglomerar formas desclasadas, es decir, formas que tienden hacia lo informe, hacia lo amorfo, sin un sentido propio del honor, sin una estilización del instinto de la vida, sin un prurito por lo ejemplar, sin una voluntad de perdurar, en resumen, sin un *ethos* (y ruego no se confunda el *ethos* con eso que hoy se llama ética). Ya no hay clases propiamente dichas, solo plebe arriba y plebe abajo, y sanseacabó.

La propiedad auténtica, nos dice Spengler, es un alma, no una mercancía económica, sino una esfera simbólica del individuo, o dicho de otro modo, la conexión de este con la tierra, con la sangre y con la idea. La civilización termina con todo eso, ella es un *finale* materialista, un proceso entrópico de las formas, de ahí que en esa fase, en cuyo vórtice vivimos, se caracterice por un igualitarismo feroz y por la confusión y mezcla de todo con todo, es decir, por el odio contra las cosas claras y distintas más la obsesión por abolir cualquier perfil neto. Pero claro, eso solo se consigue reduciendo el hombre al nivel de la cosa, invirtiendo los términos de la famosa frase de Protágoras.

Spengler pretende ser, frente a una historia ptolemaica, el Copérnico de la disciplina, luego nada de construcciones ternarias que huelen a escatología, al tercer reino, sino entidades culturales autocentradas a la manera de Herder, organismos vivos que nacen, expresan morfológicamente su anhelo y finalmente declinan en el ocaso de la civilización (repárese en que Spengler no trata de épocas, ese constructo que ya Droysen criticase). Hay en Spengler un historicismo decantado, muy fino, y recordamos aquí que historicismo es simplemente dar a la historia lo que es de la historia, como al César, y no otras cosas, o dicho de otro modo, contemplar a la historia en sus propios términos y no con los ajenos. La concepción del tiempo de Spengler guarda alguna afinidad con la duración (tiempo como sentimiento, tiempo existencial) de Bergson, que es un concepto, no lo olvidemos, que ya aparece en la obra de Herder, abalorio fundamental en la sarta de luminarias que Meinecke establece para reconstruir significativamente la genealogía del historicismo. Y aquí traemos a colación a Croce, quien pensaba que el historicismo, idea que compartimos, era el humanismo de los tiempos modernos (HHL273).

Spengler contrapone el alma frente al mundo, la posibilidad frente a la realidad, lo propio frente a lo extraño, el mundo como acontecimiento, o como naturaleza, y el mundo como historia. Esto hemos de enlazarlo con la idea del sino, es decir, con una dirección que actúa desde dentro

sobre una fuerza (concepto muy del gusto de Ranke), y apuntemos aquí que el sino es algo específico, no un diagrama cartesiano que se puede extender sobre cualesquiera épocas, por lo que cada hombre significativo, lo mismo que cada época significativa, tienen su sino: “Esta imagen del mundo secundaria, posterior y, por decirlo así, petrificada, va poco a poco sustituyendo a la primera. La imagen del pasado se mecaniza, se materializa, y nos permite extraer de su seno una serie de reglas causales que se aplican al presente y al futuro. Y así nace la creencia de que existen leyes históricas y de que podemos adquirir una experiencia intelectual de ellas. Pero la ciencia es siempre ciencia de la naturaleza. No hay saber mecánico, no hay experiencia técnica, sino de lo producido, de lo extenso, de lo conocido. Vivimos la historia y conocemos la naturaleza; es decir el mundo sensible concebido como elemento, contemplado en el espacio, envuelto en la ley de causa y efecto DDO287”. Aquí tenemos algo muy parecido a la visión o forma interna de Shaftesbury, un neoplatónico, un emanatista, hombre que aparece también en el elenco historicista de Meinecke. Spengler lleva a término algo que bien pudiera ser aquello que Ortega reclamase de modo urgente, la historiología, es decir, una historia que no fuera, ni pura metafísica al estilo de Hegel (el *bildungsroman* del propio Dios), ni lógica de la historia sometida a la férula positivista, sino razón histórica, rememorante y comprensiva. En suma a lo dicho, apuntar que buena parte de los pensamientos vertidos por Benedetto Croce en su “Historia como hazaña de la libertad” son de clarísimo cuño espengleriano.

Tomemos ahora a Oswald Spengler en sus propias palabras, con breves comentarios y apuntes de nuestra parte allá donde estos fueren menester, los cuales irán en cursiva.

“Entreveo un modo específicamente occidental (*Para Spengler, la gran historia morfológica sería la última filosofía de la cultura fáustica*), investigar la historia en el más alto sentido de la palabra; un método que nunca hasta ahora se ha manifestado, y que ha debido permanecer extraño, tanto al alma antigua como a cualquier otra. Es una amplia fisiognómica de la existencia toda, una morfología de todo el devenir humano, que, en su curso, llegue hasta las ideas más altas y más remotas, es el problema de comprender el sentimiento cósmico, no solo del alma propia, sino de todas las almas, en las cuales se han manifestado hasta ahora grandes posibilidades y cuya expresión en el cuadro de la realidad son las culturas particulares. Esta visión filosófica a que nos autorizan a nosotros la matemática analítica, la música contrapuntística y la pintura de perspectiva (*fenómenos correlativos a ojos de Spengler, lo mismo que el autorretrato o la artillería móvil*), presupone algo muy superior al talento del sistemático (*Spengler repudia, al igual que Braudel, la historia hipermetódica*); presupone la mirada del artista y no de un artista cualquiera sino de uno que sienta disolverse el mundo sensible y palpable que le rodea en una profunda infinidad de

misteriosas relaciones. Así sentía Dante, así sentía Goethe.” Sobre este último dice Spengler: “Sentimientos, intuiciones, comparaciones, inmediata certeza, exacta fantasía sensible”, tales eran los medios con que se acercaba al misterio de las inquietas apariencias. Tales son precisamente los medios de la investigación histórica en general” (DDO67). *Espíritu de finura en términos de Pascal, captar la vida en su desarrollo, como lenguaje expresivo. Recordemos que Croce escribió en 1893 un ensayo titulado “La historia subsumida bajo el concepto general del arte”, en el cual caracterizaba a este como visión intuitiva de la singularidad, lo cual le hacía plenamente operativo dentro del ámbito de la historia.*

DDO235-236“Ya algunas veces se ha intentado penetrar en el alma de un poeta, de un profeta, de un pensador, de un conquistador (*por ejemplo, y con un formato tipológico, en “Sobre los héroes” de Carlyle o en “Hombres representativos”, de Emerson, entre los cuales, por cierto, figura Goethe*), para ver cómo es por dentro; pero sumergirse en el alma antigua, en el alma egipcia, en el alma árabe, para revivirlas con toda su expresión en los hombres y las situaciones típicas, en la religión y el estado, en el estilo de las tendencias, en el pensamiento de las costumbres, es una nueva especie de “experiencia de la vida” que nadie ha hecho todavía. Cada época, cada gran figura, cada deidad; las ciudades, las lenguas, las naciones, las artes, todo lo que existió y existirá, es un rasgo fisiognómico de supremo simbolismo y para interpretarlo hace falta ser un conocedor de hombres en un nuevo sentido de la palabra (*es decir, tener tacto fisiognómico, intuición del núcleo y perfil de los fenómenos, discernir a simple vista lo neurálgico de lo contingente, saber en qué dirección se disponen los nudos. Xenócrates de Sición decía que era necesario que el escultor representase en la forma visible las operaciones del alma. Cámbiese aquí al escultor por el historiador*). Esta fisiognómica del acontecer universal sería la última filosofía fáustica, pues todo lo que deviene es símbolo” *Goethe diría que todo hecho es en el fondo teoría. Cassirer manifiesta que el origen de la función simbólica, que es para él la llave maestra de los estudios culturales, no es comprensible por medios científicos, es decir, causales. Por su parte, Croce, profundo admirador de Vico, pensaba que el concepto de causa, nacido en el terreno de las ciencias naturales, debería seguir siendo extraño a la historia.*

“El científico abstracto, el investigador de la naturaleza, el pensador sistemático, cuya existencia espiritual se funda en el principio de causalidad, es una encarnación tardía del odio inconsciente a las fuerzas del sino y de lo inconcebible (*síntoma de la repulsión frente a lo elemental y el triunfo del prurito de transacción y los instintos securitarios, Estos puntos aparecen bien desarrollados en la obra de Jünger “El trabajador”. En la misma trinchera milita la barbarie del especialismo, de Ortega, y recordamos aquí que para Ortega la quintaesencia del hombre masa era el especialista que pretendía extender su dogma al conjunto de la vida*). La “razón pura” niega todas las posibilidades que no residan en ella misma. Aquí aparece el pensamiento riguroso en eterna lucha contra el arte. Aquel se subleva; este se entrega. Un hombre como Kant, se sentirá

siempre superior a un Beethoven, como el adulto se siente superior al niño; pero no podrá impedir que Beethoven aparte de sí la “Crítica de la razón pura” considerándola como una mísera concepción del universo (*Nietzsche achacaba a Kant ser un hombre gris, débil, sin inferna que adornasen y completasen esos estupendos superna, un hombre, en definitiva, sin genitalia, luego incompleto*). El error de toda teleología es el absurdo de los absurdos en la esfera de la ciencia pura, consiste en querer asimilar el contenido viviente de todo conocimiento naturalista, y con él la vida misma, por medio de una causalidad invertida, pues el conocer supone un sujeto que conoce, y si el contenido de ese pensamiento es “naturaleza”, en cambio el acto de pensar es “historia” (*aquí nos imaginamos a Croce y Collingwood asintiendo*). La teleología es una caricatura de la idea del sino, lo que Dante siente como su destino, el científico lo convierte en un fin de la vida (*reducción del ser a la condición de instrumento, luego pérdida del sentido de plenitud. Schelling relacionaba el sino con el genio y con la inspiración. Léase a modo de complemento de lo aquí dicho el poema Ítaca de Cavafis*). Tal es la tendencia característica y más profunda del darwinismo, concepción intelectual propia de las grandes urbes, en las más abstractas de todas las civilizaciones; tal es también la tendencia de la concepción materialista de la historia, que tiene la misma raíz que el darwinismo, y como éste mata lo orgánico, el sino. Por eso el elemento morfológico de la causalidad es un principio, mientras que el del sino es una idea; idea que no puede ser “conocida”, descrita, definida, y sí solo sentida y vivida interiormente, (*algo de esto hay en las doctrinas raciovitalistas, algo también en la llamada razón sintiente de Zubiri, algo en la concepción agustiniana del tiempo vertida en Las Confesiones, en ese “sé lo que es, pero no puedo definirlo”*) idea que, o no se concibe jamás, o arraiga en el alma con plena certidumbre, como le sucede al hombre primitivo, y, en las postrimerías, a todos los hombres verdaderamente significativos, a los creyentes, a los amantes, a los poetas. *Al que cree, al que ama y al que crea, les sostiene una música que es hechura de símbolo, la música del sino, aunque esta no se les haga consciente, lo demás es caricatura. Con el fin de comprender mejor la idea de sino, remitimos al lector a que reflexione por un momento sobre la contraposición metafórica que Paul Virilio hacía entre el camino, que sería el sino, y la carretera, que sería el telos.*

DDO288“No hay pues una ciencia de la historia, sino una ciencia preparatoria para la historia, una ciencia que proporciona a la historia el conocimiento de lo que ha existido (*Se refiere a las ciencias auxiliares, a la metodología estrictamente considerada, es decir, a una metodología no epistemológica, aquella que, por ejemplo, bajos los apartados de crítica interna y externa viene señalada en el manual de Langlois y Seignobos. La idea de que no hay una ciencia de la historia la mantiene, por ejemplo, Ortega, léase a tal efecto Historia como sistema. Esta es también la posición desarrollada en torno al binomio formado por la verdad y el método en Gadamer*). Pero para la visión histórica misma los datos son siempre símbolos. En cambio la física es solamente ciencia”. Spengler entiende que “la realidad es la vestidura de Dios”DDO237, y esta ha de ser

interpretada como tal vestidura, es decir, en cuanto forma, pues la historia consiste en el hecho mismo de estar en la imagen, DDO288, es decir, teoría, pues nosotros no estamos en los hechos, sino en su imagen (concepción reflexiva del objeto). Bettina von Arnim diría que la historia es la encarnación de Dios, Carlyle el libro de Dios, en el cual escribimos, y en el cual, a su vez, somos escritos. Ambos hoyan la misma senda que Spengler.

DDO289“Y así resulta la paradoja de que un historiador será tanto más significativo e importante cuanto menos tenga de propiamente científico”. *El método por sí mismo no constituye al historiador; lo mismo se predica, por lo tanto, de la exhibición de un título académico. El historiador no es un técnico, es un filósofo del tiempo, un hombre que piensa concienzudamente sobre las formas que le salen al paso. El talento histórico es, como lo apuntase Hegel, un sexto sentido del hombre... Luego el historiador nace, la brega y el hábito simplemente le perfeccionan. La condición de historiador, por lo tanto, es sustancial, no accidental. Esto se muestra en que hay personas, ciertamente muy pocas, quienes sin haber leído una página de historia en su vida, manifiestan juicios históricos mucho más certeros que los de otros que, dentro del gremio, tienen poco menos que fama de santos y que sin embargo no dan una a derechas.*

DDO211“El artista, el historiador verdadero, contempla cómo las cosas devienen; revive el devenir en el rostro de la cosa contemplada.” *Cómo ha llegado a ser lo que es y cuál es su sentido, teniendo presente que el sentido es la expresión de un símbolo, no, por lo tanto, un fin. El sentido es lo intrínseco, puede caminar solo, el fin es lo extrínseco, hay que tirar de él.*

DDO215“No el método analítico del pragmatismo zoológico de los darwinistas, con su persecución de los nexos causales, sino el intuitivo y panorámico de Goethe.” *El método analítico descompone aquello que en la vida viene unido. El darwinismo lo interpreta todo en términos de naturaleza, cuando el hombre es naturaleza y algo, o mucho más, y por lo tanto no puede ser consumido bajo el prisma utilitario. En la línea de lo aquí dicho, aportamos una cita de Collingwood con profundo aroma spengleriano, en la cual hace una crítica de Simmel, ID242 “Ha confundido el proceso histórico, en el cual el pasado vive en el presente, con un proceso natural, en el cual el pasado muere al nacer el presente. Esta reducción del proceso histórico a un proceso natural es parte del legado del positivismo “.*

DDO76“Ni los fenómenos religiosos o artísticos son más originales y primarios que los sociales y económicos, ni viceversa. Para quien haya logrado conquistar en este punto la absoluta libertad de la contemplación; para quien se sitúe más allá de todo interés personal, sea cual fuere, no hay, entre los distintos fenómenos, subordinación ni prioridad, ni causa ni efecto, ni diferencia de valor o de importancia. Lo que al fenómeno particular le confiere rango es simplemente la mayor o menor pureza y energía del lenguaje formal que nos habla, la mayor o menor potencia de su simbolismo, sin que debamos tener en cuenta para nada bondad y maldad, superioridad o vileza, utilidad o idealidad.”. *En el pasado hay que entrar con la gravitas velada, liminar, del Augusto de*

la vía Labicana, no con la perspectiva del pollino, para repartir a unos medallas y galones y a otros tirarles la cartela al suelo y zurrarles la badana de lo lindo. Esto es caer en la falacia de pensar que desde el punto actual se puede y se debe sentenciar acerca de cualquier valor o hecho de antaño, o dicho de otro modo, que las ocurrencias y sandeces del día tienen palco en lo eterno. Se reivindica aquí una historia integral y morfológica, ni una historia idealista, copada desde el punto de vista del sujeto, ni una historia materialista, ahormada por el objeto y sin cabida para lo interior, que es en el hombre lo crucial. Aportamos como remate de este comentario, una cita de Croce referida al punto en cuestión; HYT107 “Verdadero y falso, son ideas que aquí no deben ser utilizadas; rigen solamente las ideas profundo y superficial. Quien piense de otra forma, cualquier que sea, no puede pensar históricamente”.

DDO93“Toda auténtica reflexión histórica es auténtica filosofía, o es solo labor de hormigas”. *Dicho de otra manera, la historia es en esencia pensamiento. Esta era la idea de Schiller cuando diferenciaba al erudito rutinario del historiador filósofo. Ya Lorenzo Valla había asomado una concepción de la historia en tal sentido.*

DDO94“Lo que le da importancia a una teoría es su necesidad para la vida”. *Porque la voluntad de vivir es voluntad de verdad, y porque toda cultura real es cultura viva, en el sentido de que impregna al individuo como si de un calabobos se tratara, le construye por dentro, le da forma, le señala un horizonte, le acota los caminos, le muestra las cumbres lo mismo que los derrumbaderos. Se trata de conocer, más “a parte rei”, que “sensus intellectum”.*

DDO213“La historia supone en quien la cultiva un órgano histórico, esto es, una especie de sensibilidad interna (*el sexto sentido*), difícil de describir, cuyas impresiones están en continua transformación y, por lo tanto, no pueden ser sintetizadas en un momento dado. La imagen histórica es una imagen memorativa. La memoria se concibe aquí como un estado superior, que no es dado a todas las conciencias vigilantes y que muchas no poseen sino en mínimo grado, una especie particular de imaginación que nos hace vivir el momento sub *aespecie aeternatis*, en constante referencia a lo pasado y a lo futuro es el fundamento de toda intuición retrospectiva, de todo conocimiento de sí mismo, de toda confesión. ”*He aquí la teoría de los horizontes de Gadamer (inspirada en el Horizont de Nietzsche), desplazándose estos a medida que avanza la enjuta línea del presente, la coextensión del sujeto con la historia a la cual pertenece, pues él es su resultado transitorio, y por fuerza, como ser en el tiempo, la ve desde dentro. También, y esto es una intuición personal, la anamnesis platónica. El historiador requiere de una sensibilidad específica que se parece mucho a la del artista ¿Y qué hay en este? Visión de conjunto y capacidad de simbolización. El momento vivido sub *aespecie aeternatis* ha de entenderse como momento vivido como sino.*

DDO244“Toda operación lógica puede ser dibujada. Todo sistema es un modo geométrico de obtener ideas (*pero en un sistema geométrico, como decía Schopenhauer de Spinoza, solo cabe la geometría, pero no la vida*). Por eso el tiempo no halla lugar en ningún sistema, o, si lo halla, es

perciendo víctima del método.” *Cassirer consideraba que el devenir solo puede ser comprendido cabalmente desde una perspectiva morfológica. No el pienso luego existo, sino el siento luego existo, el lucho luego existo, el quiero luego existo. Oakeshott decía que la historia es la manera de conocer el mundo sub aespecie praeteritorum, por contraposición a la ciencia, que lo conoce sub aespecie quantitatis.*

La investigación histórica, según Spengler, no puede dejar de lado al niño y a la ensoñación. Su pensamiento nos recuerda a Gaston Bachelard²⁰, un hombre, como él, versado en las ciencias duras, con su dialéctica entre lo interno y lo externo, lo abierto y lo cerrado, lo diminuto y lo inmenso, la intimidad y el combate, con su antropocosmología, con su fenomenología de la imaginación y de la pérdida, (una fenomenología de costuras blandas que parece vista al través de un papel de tornasol), con su ritmoanálisis, sus paseos por la región de los temblores, sus resonancias, sus reflexiones sobre la admiración y el asombro, su psicología de las profundidades, su ontología ondulante, amniótica, su meditación sobre las regiones intermedias, sus espacios vividos, sus umbrales diferenciales, etcétera. Bachelard menciona en sus obras a Karl Philipp Moritz, a Fritz Geise y a Franz von Baader, todos ellos mencionados a su vez por Spengler, quien de este último rescata la frase de antología que citamos a continuación, frase que con toda justicia mereciera figurar con letras de oro en la cima de una pirámide: “La única prueba convincente de la existencia del agua es la sed”. ¡Colosal!

DDO136“Comprender la historia es conocer a los hombres, en el más alto sentido de la palabra (son ellos quienes la hacen, luego hay que ver dentro de ellos, porque el mundo, lo repetimos una vez más, se crea de dentro hacia afuera y no a la inversa, luego operari sequitur esse, o dicho de otro modo, “por sus obras les conoceréis”). La pura imagen histórica no es visible sino para quien la mira con esa mirada que penetra en lo íntimo de las almas y que nada tiene que ver con los medios del conocimiento estudiados en la Crítica de la Razón Pura”. *Kant conocía mal al hombre, como todos aquellos que toman como dato primero la abstracción, es decir, las categorías del intelecto, lo cual se manifiesta en que su crítica de la razón práctica y su sistema moral, están muy por debajo de su crítica de la razón pura. Schopenhauer dedica un buen número de páginas a demoler, con éxito, el sistema moral kantiano.*

“El organismo de una pura imagen histórica, por ejemplo, el mundo de Plotino, Dante y Bruno, se intuye, se vive internamente, se aprehende como forma y símbolo y se reproduce, por último, en concepciones poéticas y artísticas. La naturaleza viviente de Goethe es una imagen

²⁰ Recomendamos la lectura de *La poética del espacio* y *La poética de la ensoñación*. En estas obras el lector podrá ampliar las ideas de Bachelard que, en el párrafo, vienen meramente consignadas. Señalar que Spengler consideraba que el acercamiento a la historia debería tener siempre algo de infantilismo y ensoñación.

histórica del mundo”. Para Spengler, hay tres elementos de máxima representatividad en una cultura, el primero la noción de la divinidad, el segundo la noción del número, el tercero la obra de arte, especialmente la arquitectura religiosa. Junto a una hermenéutica romántica de la congenialidad, se percibe en Spengler una hermenéutica del *verbum cordis* (por contraposición al *actus signatus*). Esta se puede traducir al lenguaje vulgar de la siguiente manera: “puedo comprender a cualquier hombre porque yo soy hombre, y en el fondo, nada de lo que el hombre haga, me resulta por completo extraño”. Esta raíz interpretativa anularía aquella objeción de Arthur Danto en cuanto a que la perspectiva del historiador y de quien vive el acontecimiento son incompatibles.

Tatarkiewicz concibe dos tipos de ciencias, por un lado las nomotéticas, que en su origen fueron ideográficas, y por el otro las tipológicas, que aspiran a agrupar los fenómenos según el tipo sin pretender establecer leyes, a estas ciencias pertenecerían la geología y la historia. Esto tiene interés desde el punto de vista que, tanto Spengler como Jünger, admiten una historia geológica, es decir, una geología contemplada bajo el prisma histórico. Lo mismo se aplicaría a Croce, quien hablaba de un desarrollo no mecánico, sino espiritual de la naturaleza, todo lo cual nos conduce a una obra menor de Schopenhauer en cuyas páginas ya están in ovo estas ideas y que tiene por título *Sobre la voluntad en la naturaleza*. Otra Ciencia tipológica no histórica sería para Tatarkiewicz la botánica. Aquí nos hallaríamos frente a un historicismo que podríamos calificar, como ya hemos hecho, de ontológico, desarrollado por Dilthey (biógrafo intelectual de Schleiermacher), pero que tiene sus antecedentes en Goethe. Concluimos señalando que Spengler reclamó una historia del paisaje que guarda ciertas afinidades con la geohistoria braudeliana, aunque con un sesgo menos empirista.

DDO216 “Lo más alto a lo que puede llegar el hombre es la admiración (frase platonizante); y cuando el protofenómeno se la provoca, debe darse por satisfecho, que más arriba no puede subir; y no busque más, que aquí está el límite.” Esto alude a la completud, o si se quiere, a la perfección de una gran cultura, en el sentido de que en ella nada falta ni sobra, y todo en ella es correlativo y congruente. La cultura que creó las catedrales góticas, por ejemplo, es en sí misma una cultura del máximo rango. Que no hubiera entonces democracia a la manera moderna ni teléfonos móviles importa un pimiento, pues no se trata aquí de una historia superacionista, ya lo dijimos, sino de una historia centrada en un lugar y tiempo concretos, y en un tipo humano determinado. La protoforma guarda, es inevitable, un trasfondo metafísico.

DDO101 “La morfología de la historia universal se convierte necesariamente en una simbólica universal”. Repitiendo lo señalado en la nota número once, alguien, al ver el monumento a Walter Scott en Edimburgo, exclamó: ¡Un cohete gótico!, pues bien, esta persona, tal vez sin saberlo, había captado un simbolismo del primer rango. Lo mismo hacía Guillaume Faye (El arqueofuturismo de Faye bebe a nuestro entender de Spengler) cuando para representar a Europa

utilizaba la terna formada por el cohete, la espada y el árbol. Cabe mentar que cuando se trata de quebrar una cultura, lo que se ataca son sus símbolos, lo cual tiene una explicación muy sencilla, pues el símbolo conecta con el universal y, una vez rota esa conexión, el individuo no tiene ninguna identidad ni referencias que le avalen, salvo las del hedonismo y lo que dicte la propaganda del momento. Esto es precisamente lo que sucede en la actualidad, el que muchos vivan en la inopia, o incluso este espectáculo lamentable les guste, no quita un ápice a lo cierto de la afirmación. Utilizando una metáfora del propio Faye, Europa ahora mismo no es más que un árbol en la tempestad. Los símbolos primarios son los que definen las culturas, su logos espermatikos.

DDO107“Comprender que todo fenómeno manifiesta un enigma metafísico”. He aquí la realidad como tejido de símbolos donde lo eternamente igual se manifiesta bajo formas diferentes. El arte sublime, y nunca mejor dicho, de percibir, a la vez, el devenir y lo quieto. “El mundo es la irradiación del hombre todo, y no, como Kant creía, el hombre en cuanto que conoce”. Ya lo dijimos, en la vida se piensa con las vísceras, con la sangre, con el corazón, con la piel, con el resonar del esqueleto. Schopenhauer, que por otro lado era un admirador de Kant (pero no de su ética) situó en el centro de su sistema a la voluntad, no a la representación, y la voluntad en Schopenhauer tiene una raíz metafísica, aunque esta metafísica sea inmanente, derivada del concepto de quidditas. Apuntar aquí una idea de Jaspers que creemos coherente con la cita de Spengler y con los comentarios acoplados a la misma, nos referimos al concepto de “cifra”, que Jaspers utiliza para terminar con el dualismo sujeto-objeto sin que ambos queden diluidos en el mismo crisol. Cifra para Jaspers es el lenguaje trascendente a través del cual se asoma el trasfondo simbólico y metafísico de un fenómeno, algo que se expresa a través del fenómeno pero que no forma parte de él en el sentido sensorial ¿Y qué ocurre según Jaspers cuando se hace caso omiso de la cifra? Pues que acaece el naufragio, dicho de otro modo, la decadencia.

DDO19 “Lo microcósmico tiene polaridad.” La polaridad, como en el mundo eléctrico, implica una diferencia de carga, y por lo tanto, una conductividad. Polaridad es la que existe, por ejemplo, entre el hombre y la mujer, y esta polaridad está basada en una diferencia de forma, que a su vez remite a una diferencia de símbolo. Formas ondulantes frente a formas rectas, luego conducción. Máximo de testosterona frente a mínimo de testosterona, luego conducción. Esto puede extrapolarse a multitud de fenómenos históricos, por ejemplo, Europa y Asia han sido elementos polares, con una poderosa conductividad en ambos sentidos. Creo que se entiende lo que quiero decir, de lo contrario el lector me dispensa lo oscuro. Apuntar que Lotze, cuya idea historiográfica bebe de Leibniz y guarda cierto parentesco con Spengler, escribió a mediados del siglo XIX una obra titulada “Mikrokosmos”.

DDO270“La mirada capaz de penetrar hasta la realidad metafísica es la que revive en los datos el simbolismo de lo acontecido y, de esa suerte, eleva el azar a la dignidad de sino”. Hemos de añadir una cosa, anticipando a Jünger, y es que el sentido solo puede establecerse confrontando

el devenir con algo que no se mueve. Si solo hay movimiento, el relativismo es absoluto. Cassirer creía que en la forma coincide el devenir con el ser, y tenía razón. Remitimos aquí al lector, con el propósito de que tome una mayor claridad sobre lo dicho, a la nota sobre Kundera.

Spengler es un pensador plástico, imaginista, pero de una plástica nítida en sus contornos. Hay en su historia una poética, pero su historia no es una historia poetizante, neblinosa, abstrusa, metafórica, una historia sin ligazón. Al contrario, en la historia de Spengler, como en los edificios clásicos, se perciben con claridad las relaciones entre el soporte y la carga. El propio autor confiesa en el prólogo a la segunda edición de la *Decadencia de Occidente* que “un pensador es un hombre cuyo destino consiste en representar simbólicamente su tiempo por medio de sus intuiciones y conceptos personales” (DDO21). Spengler pretende cambiar el número matemático por el número cronológico, dígame por un número que no sea una mera réplica de las fracciones espaciales. Apuntar que el análisis de la contraposición entre ambos tiempos, el matemático y el cronológico, forma el núcleo de una obra de Jünger: *El libro del reloj de arena*.

Spengler postula la analogía y la homología como instrumentos de conocimiento histórico, (la analogía es un viejo método de la interpretación bíblica y jurídica. Foucault, en su obra *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, incluye a la analogía entre aquellos elementos que configuran la episteme premoderna, junto a la simpatía, la emulación y la conveniencia, frente a la *mathesis universalis* (el ideal cartesiano), la *taxinomia* (el ideal ilustrado) y el análisis genético (etiología historicista) que vendrían después). La analogía, en cuanto medio de comprender los fenómenos, supone una proximidad funcional, la homología un equivalente morfológico, y por lo tanto una convergencia del sentido bajo formas exteriormente disímiles, e implicando, por ende, una correspondencia. Esta correspondencia alude a hechos que, cada uno dentro de su cultura, se producen en una misma posición relativa y tienen por lo tanto una significación pareja, tomando a cuenta que el despliegue de las culturas es, en Spengler, e independientemente de su origen, idéntico, incluso desde el punto de vista temporal, en el sentido de que las fases correlativas de las diferentes culturas duran aproximadamente lo mismo (Este argumento resulta difícil de sostener en un tiempo de profunda compresión y aceleración histórica como el actual. Popper, por ejemplo, trató de atacar estas posiciones aduciendo la imposibilidad de anticipar el elemento transformador que puedan tener las tecnologías venideras. Konrad Lorenz, que por otro lado admiraba a Spengler, disenta de su determinismo orgánico).

Spengler reconoce protoformas biográficas, las cuales serían una variante de la protoforma goethiana (Goethe ya distinguió entre protoformas de plantas y protoformas animales, y dentro de estos, la protoforma del vertebrado, etcétera). Es éste un concepto próximo al de hombre representativo, tratado con diferentes matices por Hegel, Emerson, Carlyle, Lessing, Croce, Mario Rossi y otros.

Spengler usa el concepto *habitus* mucho antes que Pierre Bordieu y con un sentido muy similar a este, es decir, con un sentido fisiognómico o morfológico, en cuanto estilo, contexto de significación de la acción, improvisación regulada, criterio de demarcación y, por lo tanto, distinción (énfasis en la diferencia cualitativa). La nobleza medieval, por ejemplo, tenía un *habitus*, concepto que intersecta al de *ethos*, pero que no lo agota (DDO221).

Spengler toma un término de la mineralogía y lo aplica al campo historiográfico. Este término es el de Pseudomorfosis. Con él, Spengler trata de caracterizar los fenómenos históricos en los que una institución, un acopio de formas artísticas, un texto, etcétera, pasan de una cultura a otra, siendo insufladas de un alma, de una voluntad, por completo diferentes. Percibimos entonces iguales o parecidos medios, pero con un sentido y una expresión que guardan poca o ninguna relación con la cultura de origen. Por ejemplo, los medios artísticos clásicos, tienen en la Europa moderna un sentido por completo diferente al que tuvieron en su origen. El símbolo difiere, y por ende también la expresión. Las mismas letras, pero lenguajes diferentes.

El hecho de que Spengler no siga en su composición histórica una trayectoria secuencial, es decir, progresiva, lo acerca, aunque con otro sesgo, a aquella observación de Ranke según la cual todas las épocas equidistan de Dios, o aquella otra de Cioran, que decía que todas las épocas son en el fondo equivalentes. Todas las historiografías que no comparten la idea de progreso, que es una categoría ética, una construcción mitográfica y más allá de esto una fe de alumbrados, llegan por un lado u otro a esta noción de equidistancia respecto a un eje, noción en la cual subyace una concepción muy fina del tiempo, no del tiempo matemático, claro está, sino del tiempo vivido, sirva como ejemplo de lo dicho Collingwood. Apuntar que el propio Croce pensaba que la serie histórica no era más que un espantajo al que había que orillar. Podemos aventurar que la correlación entre el sujeto cognoscente y su contexto histórico es una constante de la vida.

Para Spengler la historia es un proceso diferencial, de ramificación, no acumulativo, es decir, un proceso de auge y caída que afecta a estructuras, instalaciones de vida, que bien conviven unas junto a otras, bien unas suceden a las otras. Estas estructuras (entendidas en un sentido ideal, no sintáctico, ni lógico) aparecen, se desarrollan, mueren, surgen otras, pero nada se añade, o dicho de otro modo, formas (grupos de afinidades morfológicas) se añaden a la par que otras se pierden, en un fluir que viene representado por el río de Heráclito, o por ese fuego cósmico que va creando y devorando todas las cosas. Por lo tanto, las verdades son históricas, son verdades del momento, no hitos inmovibles (contempladas en perspectiva). Es por esto que no puede existir nada universal, ya que los problemas y las soluciones son hijos del tiempo, de la urgencia, lo cual implica que su validez no puede extenderse más allá de aquel arco histórico donde resultan operativos y congruentes respecto al conjunto de la cultura (pero cuidado, el hecho de que no exista una verdad absoluta no quita ni pone nada a la verdad vivida, pues esta verdad es la que sostiene e impele al hombre, y el hecho de que haya otras no la desacredita, pues en la verdad se vive, y esta verdad es

la que permite tener un apresto y una posición sobre la realidad, la que vertebra al hombre tanto como a la época de la cual a menudo el hombre mama, bien la forma, bien lo informe. La verdad vivida no es absoluta en términos históricos, pero sí es absoluta para quien la vive, tómese este detalle, que a menudo se omite, en cuenta). Y así, Spengler, al contrario que Jacob Burckhardt, a quien menciona, no siente nostalgia de tiempos pasados, pues estos no constituyen para él una referencia normativa, sumado al hecho de que la periodización histórica al uso no tiene ningún valor en su pensamiento.

Spengler, dada la autocentralidad de toda gran cultura, consideraba, anticipándose a la historia de los conceptos acaudillada por Koselleck, Meillet, Blumemberg y otros, que el campo semántico de los términos tenía una gran variabilidad histórica, bien en su acepción, bien en su connotación, pues ya se dice que la letra mata pero el espíritu vivifica, por lo cual nunca está de más la circunspección cuando, para indagar, bien en el pasado, bien en otra cultura, aunque esta fuere coetánea, se utilizan los términos del contexto de quien observa, como si estos tuvieran un valor y una función inmutables. En este sentido, y sirva como botón de muestra, Spengler distingue tres Aristóteles que tienen poco o nada que ver entre sí: el griego, el árabe y el occidental, por mucho que usen los mismos términos, ya que estos están vertidos en un alma diferente (en un diferente molde), y es dentro de este alma donde el concepto resulta operativo y toma un sentido u otro, pues dicho sentido depende de lo que Collingwood llamase “presuposiciones absolutas”, una especie de trasfondo comprensivo, similar a la teoría de los horizontes de Gadamer o a las metáforas de Blumemberg. Lo dicho se aplica a conceptos como democracia, cuando estos se entienden como abstracciones fuera del tiempo ¿Qué tiene que ver la democracia de Pericles con las comunas medievales y estas a su vez con la democracia contemporánea? Absolutamente nada ¿Y entonces por qué se utiliza el mismo término para referirnos a realidades por completo diferentes, es decir, por qué se emplea un término sin ningún valor analítico? Sencillo, por su valor mitográfico, y también por su valor para enervar y generar consenso²¹. De momento ninguna sociedad ha podido prescindir de su Sinaí.

Para Spengler los sujetos cimeros de la historia son las grandes culturas, lo que Dilthey llamaría “sujetos lógicos”. Por debajo de las culturas estarían, como agentes menores de la historia, las naciones, los estados y las clases, entendidas estas últimas en un sentido diametralmente opuesto al marxista, pues la clase es un estilo que refleja un símbolo, un sentido peculiar de la forma, una distinción frente a lo amorfo. Spengler, ya lo dijimos, toma en cuenta al gran hombre como sujeto histórico, pues entiende que en estos se produce una especie de identidad entre el desarrollo de la cultura y el propio desarrollo personal, una comunión entre la ontogénesis y la filogénesis, repárese al efecto en estas palabras de Napoleón que nos traslada el autor y que recuerdan al espíritu del

²¹ Consenso es siempre un término mágico, y por lo tanto de raíz religiosa. Frente al consenso, Alberto Buela ha implementado su particular teoría del disenso. Charles Sanders Pierce, pragmatista norteamericano, concebía la verdad como consenso. Esta es una forma degradada de la verdad, considerada como mito por Sorel.

mundo sentado en un caballo, de Hegel: “Me siento empujado hacia un fin que no conozco. Tan pronto como lo haya alcanzado, tan pronto como ya no sea yo necesario, bastará un átomo para hacerme pedazos; pero hasta entonces nada podrán contra mí todas las fuerzas humanas” (DDO273). Aquí Napoleón experimentaba en toda su pureza su sino, al cual estaba, por decirlo de alguna manera, engrillado. Spengler rehúsa la llamada historia desde abajo, la intrahistoria, pues esto, en palabras tomadas de Nietzsche, sería cambiar la perspectiva del pájaro por la de la rana, el elemento pasivo por el sujeto agente, orillando el principio de la creación, principio que Jünger o Berdiaev comparten con Spengler, es decir, pensar que todas las grandes expresiones de una cultura parten de individuos excepcionales.

En la línea que luego manifestaría Le Roi Ladurie “La historia inmóvil”, Spengler consideraba que los aldeanos y otros pueblos que no habían sido capaces de formar entidades culturales políticamente articuladas, carecían de historia, sufrían la historia, pero no la hacían. Ahora bien, Spengler, una de cuyas dinamos historiográficas es la interacción entre el campo y la ciudad, considera a aquel, como tantos otros pensadores de la derecha de la época, el polo radical de la cultura, allá donde surgen el punto impresivo y la decisión germinal, utilizando aquí los términos de Dilthey, pues el campo conserva las raíces, la conexión con lo elemental, con la sangre, con el paisaje y con los muertos (comunidad muy grata a Maurice Barres, quien utilizaba metáforas arbóreas para explicar el concepto de patria). El campo alimenta con su sangre las noblezas de guerreros y actúa como crisol placentario de la cultura. La civilización es ya un asunto urbano, en la civilización, cuando se trasciende determinada masa crítica, toda forma rural queda disuelta o tergiversada, y en las cimas de la misma aparece un centro director nuevo, la ciudad mundial, nódulo articulador de enormes flujos e insaciable devoradora de energía. De aquí se deduce que la historia, a partir de determinado punto, se haga fundamentalmente en dos lugares, los campos de batalla y las ciudades, más tarde a esta dupla se añadirían los laboratorios.

La autocentralidad que Spengler otorga a las culturas, su condición única, irrepetible, intraducible, nos remite a un etnopluralismo ontológico fuerte que no tiene nada que ver con la aberración que hoy en día se llama multiculturalismo. Esta posición tiene puntos en común, no obstante, con el llamado etnosimbolismo, una forma historiográfica reciente de entender las naciones, cuyo más conocido representante es Anthony Smith.

Señalar que la historiografía de Spengler, considerada una filosofía material de la historia, nos recuerda a la idea de logos interior en Erich Rothacker, a los ámbitos de configuración de Weizsacker, a Jan Nicolai Everaerts y su “*Vis superba formae*”, a las relaciones morfológicas de Theodor Gomperz no menos que a las temporalidades de Georges Gurvitch, al método nooseológico de Sombart, al conocimiento integral de Soloviev, al método fisionómico-poético de Karl Schnaase (aplicado al arte), a los “sistemas” de Eugenio D’Ors²², a la *lex continui* de Leibniz,

²² Las categorías historiográficas de Eugenio D’Ors nos resultan de clara estirpe spengleriana. Sirva como ejemplo la contraposición entre estilos de cultura y estilos de época. En cuanto a los “sistemas” aluden a categorías historiográficas

a la simpatía simbólica de Robert Vischer, a la ley dinámica de las artes de Walter Pater, a Uexküll y, también, a la filosofía de la realidad de Anathon Aall.

DDO58"Es completamente inaceptable el modo de interpretar la historia universal que consiste en dar rienda suelta a las propias convicciones políticas, religiosas y sociales, y en las tres fases que nadie se atreve a tocar, discernir una dirección que conduce justamente al punto en que el interpretador se encuentra. Unas veces será la madurez del intelecto, otras la humanidad, o la felicidad del mayor número, o la evolución económica, o la ilustración, o la libertad de los pueblos, o la victoria sobre la naturaleza, o la concepción científica del universo, o cualquier otra noción por el estilo la que sirva de unidad absoluta para medir los milenios y demostrar que los antepasados, o no supieron concebir la verdad, o no pudieron alcanzarla. Pero lo que realmente sucede es que esas épocas no quisieron lo mismo que queremos nosotros." *Las culturas no son solubles entre sí, son una especie de mónadas históricas, flores genuinas. Esto excluye cualquier posición eurocéntrica, lo cual no supone que haya uno de entregarse a los leones para que lo despedacen, sino entender que la cultura occidental ha sido la expresión de un alma concreta, no del alma per sé, tutto tondo considerada. Esta posición eurocéntrica, sin embargo, aparece como un monolito hincado en la roca madre de aquellos que odian a Europa y quieren demolerla, pues su deseo de convergencia universal es en el fondo la hipérbole desnaturalizada de un impulso fáustico. Ellos no lo ven, pero esto no es una cuestión de ir al oculista, sino de la esquizofrenia que aqueja a las ideologías disolventes. Cada cultura ha de valorarse en sus propios términos y no según una teleología moral universalista que desemboque en el punto presente. Como decía Hartley en su novela El mensajero: "El pasado es un país extranjero. Allí hacen las cosas de otro modo". Un no rotundo, por lo tanto, a la historia tribunalicia.*

DDO45"Existe una profunda relación entre la manera de interpretar el pasado histórico y la concepción de la muerte, que se manifiesta en las formas funerarias." *Esta idea está desarrollada por Jünger en varias de sus obras, y como tema fundamental en "El problema de Aladino". La desconexión respecto a los muertos es un síntoma claro de ahistoricismo, proliferan los puntos inextensos, el hilo se rompe.*

DDO35"Los historiadores del presente creen que han realizado su cometido con aducir hechos singulares, religiosos, sociales y, a lo sumo, artísticos, para ilustrar el sentido político de una época. Pero olvidan lo decisivo; decisivo, efectivamente, en cuanto que la historia visible es expresión, signo, alma hecha forma. Todavía no he encontrado a nadie que haya acometido con seriedad el estudio de esas afinidades morfológicas que traban íntimamente las formas todas de una misma cultura." *Yo tampoco ¿Alguien se anima? Sería como retornar a Eleusis*

oblicuas, que captan lo que Spengler llamase homología de los fenómenos.

5.2. Oswald Spengler: Decadencia

La decadencia implica un proceso de senilidad, el cumplimiento interior y exterior de una cultura viva, por lo tanto se excluye un proceso de dislocación a consecuencia de la irrupción subitánea de un elemento alógeno. La decadencia es un proceso que acontece en la fase de civilización de una cultura, que es su fase terminal, luego los elementos que caracterizan la civilización son por lo común signos de decadencia, y aquí ha de aclararse que la decadencia no es un fenómeno económico ni material (esto lo comprendió con toda claridad Cyril Joad), es la descomposición del alma de una cultura cuando esta ha agotado sus posibilidades de desarrollo orgánico, posibilidades que tienen un núcleo metafísico, el cual queda completamente agostado en la fase de civilización, por lo que el cordón umbilical se rompe.

Esta es la fase en la que un individuo laminado, mónada en el sentido puramente funcional, se diluye en grandes agrupaciones aditivas. La decadencia es un fenómeno de pérdida de forma, y por lo tanto una pérdida de la noción de centro, pues el centro es aquello en torno al cual se articula una realidad, su pivote, su eje. La decadencia es un proceso entrópico, degenerativo. El tejido social se necrosa, el hombre es incapaz de morder la cabeza de la serpiente que tiene hincada en la boca y escupirla, pues ya no distingue aquello que puede asimilar de aquello que le destruye (una inmunodepresión en todo equivalente a la que puede sufrir un organismo individual), luego abraza, incluso con entusiasmo, los venenos que le pudren.

La decadencia implica una falta de raíces y por ende una falta completa de identidad, pues la identidad es distinción y por lo tanto forma (se habla mucho hoy en día de la construcción de las identidades, pero todo esto no son más que pamplinas y ver cómo a uno le descornan la flor a cada momento. La identidad no es algo que uno se invente según el capricho, no es algo que uno elija en una timba tirando con carabina de perdigón, y tampoco una cuestión de este o aquel atuendo, sino una relación orgánica, y por lo tanto una relación decantada históricamente, por lo que no hay identidad sin horizonte y no hay horizonte sin contraste). Julius Evola, en *Doctrina Aria de lucha y victoria*, cifraba lo sustancial de la decadencia en el desarrollo patológico de todo aquello que es activismo (y en esto coincidiría, por ejemplo, con Theodor Kadcynski, más conocido como “Unabomber”, quien en su Manifiesto contra la sociedad industrial -*Sociedad industrial y su futuro*- describe de una manera muy pulcra la psicología izquierdista, pues con toda razón define el izquierdismo no como una ideología, sino como un tipo psicosociológico) y en el desprecio de todos los valores elevados, sacrificiales, heroicos, a los cuales se toma a chacota, amén de aquellos asociados al conocimiento interior y la contemplación.

La decadencia es tolerar lo que nos daña, lo que nos niega. En esta fase abundan, bajo ideologías universalistas, es decir, racionalistas y plutocráticas, lo que yo denomino “suicidadores

del prójimo” (pues no les basta con matarse a sí mismos). Se usan las anomalías para corromper al tejido sano (bajo la excusa de los derechos), y ya nadie tiene nada que defender porque ya nadie sabe lo que es ni dónde están las marcas, todo se vuelve niebla. Aparecen las filosofías del cansancio, de la retracción, de la desesperanza, los ciento y un modos del existencialismo, florece la segunda religiosidad, una religiosidad descontextualizada, vacía, de psicodrama o libro de autoayuda. A un periodo metafísico sucede un periodo esteticista, qué es el arte por el arte más que un arte inorgánico, escindido, autorreferencial, un arte ectoplasmático, sin criterios ni perfiles. El hombre de la civilización tiene los nervios despuntados pero la voluntad debilitada, no hay sentido de la estirpe y el anhelo de perdurar va perdiéndose (a la apología del aborto, inconcebible sin una comprensión puramente materialista de la existencia, se une la desidia procreadora, pues se quiere hacer vida propia antes que sacrificar parte de esta por mor de la prole, obviando que el sentido de una vida nunca está en ella misma, esto es una falacia posmoderna de la que muchos van a tener que despertar por las bravas y demasiado tarde). Sí, ya solo se quiere “vivir para uno mismo” (narcisismo epidémico, Christopher Lasch). La proliferación de los seguros (la obsesión por reducir a cero cualquier tipo de contingencia), el odio a todo lo azaroso, la necesidad de que todo tenga su rúbrica, su etiqueta y su cajón, el prurito por ponderarlo todo acorde a taxones y números, de recabar salvoconductos de la expertocracia²³ hasta para ir al váter, todo esto es un síntoma de lo mismo, del odio a una vida que ya no tiene cimientos. Las relaciones de conciencia vigilante se hacen demasiado fuertes y engullen a los torrentes de la existencia, pues la conciencia es del que contempla, no del que obra.

La civilización en su madurez lleva a la movilización total y esta abole el terruño, aparece ese hombre que dice “*ubi bene, ibi patria*”. El hombre de la civilización es un hombre exterior, pragmático, su concepción de la vida es puramente utilitaria. La metafísica, como fundamento último de la acción, como conexión entre lo efímero y lo eterno, no existe, y no existe porque ya no puede comprenderla, pues toda su vida es *hic et hoc*, y todas las cartas de la baraja se juegan en su propia existencia, cuyo cese supone un final absoluto. Primero vino la época del escándalo (Baudelaire, Ibsen, Strindberg, Wilde, Dreyfuss, Marinetti), después la época de lo espectacular y lo especular, una época que en no pocos aspectos inauguró D’Annunzio en *Fiume*. Hay primero una explosión del erotismo, después se pasa a la pornografía, más tarde a una genitalidad casi obstétrica. El aborto, el comerse la placenta, las autopsias sistemáticas, los tanatorios que parecen salas de fiesta, la fecundación in vitro, la experimentación con embriones, la clonación, las leyes que pretenden declarar al conjunto de los “ciudadanos” donantes de órganos, son síntomas todos ellos de un materialismo feroz, y cabe mencionar aquí que materialismo y satanismo son conceptos idénticos, pues el satanismo no es como vulgarmente se cree una cosa de cuernos y pezuñas, es simplemente el imperio teórico y práctico de una visión unívocamente materialista, y por lo tanto

²³ El Estado actual es, utilizando los términos de Czeslaw Milosz, un Estado Pedagógico, es decir, un insaciable entrometido.

impúdica de la existencia, ni más ni menos.

En la decadencia se fomenta la puericia (Witold Gombrowic, Ortega) y casi toda apelación es *ad populo, oi polloi*, confundiendo el número con la calidad, como si la verdad surgiera de la mera acumulación de cabezas (degradación de las elites, Lebon, Pareto, Otto Seeck, Julien Benda, Ortega, etcétera). Hay un regodeo en la degradación propia y ajena, en retozar en el fango, en lo grotesco, en lo anómico y sacado de quicio. En la fase paroxística de la civilización decadente se constata una desertización simbólica, esto significa, nada más, y para quien pueda entenderlo, que se ha roto la conexión entre el ente concreto y lo universal, (el nominalismo desemboca en el materialismo, lo mismo en Ockham que en Spinoza), de hecho, la guerra contra el universal es uno de los *leit motifs* de la contemporaneidad, de lo cual se infiere un poderoso y proteico movimiento de iconoclastia²⁴ desarrollado en múltiples niveles, que no es más que un síntoma del mismo. En la civilización, el dinero, *in hoc signo vinces*, declara la guerra a la sangre. La repulsión frente al principio dinástico es solo el reflejo del odio a la estirpe, es decir, a la continuidad, y por ende a la tradición (el republicanismo vive del sentimiento antidinástico, prefieren la abstracción al hombre, eso es todo), la economía se impone sobre la política (Spengler señala con agudeza que toda vida económica es la expresión de una vida psíquica, de la misma manera que el dinero es una categoría del pensamiento y una magnitud política, por lo tanto no una mercancía. Cualquiera que especule en la Bolsa puede constatar esto. Theodor Adorno criticó las concepciones económicas de Spengler, a mi entender, sin razón). La decadencia acompaña a una época sin amor, porque el amor requiere duración y sacrificio, luego cuando las cosas cambian constantemente el amor se resiente. Este raro animal no se lleva bien con los tumultos y las prisas, máxime cuando la época anima a la acumulación de experiencias (extensión cuantitativa, que es el correlato de la innovación incesante) mientras que el amor requiere de una profundización cualitativa y del trazo de una trayectoria. La intelección teórica prima sobre la praxis vital, se fomenta el cosmopolitismo del habitante de la ciudad mundial por doquiera, el hombre ya no pertenece a un tiempo, a un lugar, a una idiosincrasia, a una modulación de la existencia, se proclama que la masa, principio pasivo por definición, es la causa final de la historia, aun cuando se ha demostrado desde hace mucho que no hay idea, por insensata que esta sea, que no pueda inculcarse en el vulgo. Todo se reduce a relaciones contables, lo cual se percibe también en el derecho, repárese, a título de muestra, en los principios de reinserción (la pieza sale del taller), el dualismo delincuente-delito (compadecer al delincuente pero abominar del delito, un dualismo entre el ser y lo hecho completamente desconocido en el mundo de la Tradición, pues hace falta una sofística materialista del primer nivel

²⁴ El pensador Jean Joseph Goux, autor que en muchos puntos converge con Baudrillard, interpreta la iconoclastia ("Les iconoclastes", 1978) como un fenómeno capital y multipolar de la modernidad, relacionándolo, entre otras cosas, con el abandono de la conversión metálica en oro del papel moneda. Goux entiende que el arte abstracto, la novela experimental lo mismo que la diseminación derridiana, la lingüística de Saussure, el psicoanálisis, etcétera, son manifestaciones de iconoclastia. Habría también una iconoclastia por saturación de imágenes, es decir, una iconoclastia por exceso de transparencia e insignificancia.

para que puedan tragarse semejantes paladas de grava sin que a uno le revienten los pulmones). Dado que se niega cualquier ser subyacente, un asesino múltiple, por poner un ejemplo, es en esencia lo mismo que este caballero impecable que tengo a mi lado, puesto que la diferencia entre ambos es algo exterior: un padre alcohólico, que dejó la escuela demasiado pronto, que vivió un lustro en las Quimbambas, que le dio un columpio en la cabeza cuando tenía doce años, en fin, que cualquiera puede tener un mal día. Lo mismo se predica de la estúpida expresión “pagar lo hecho”, o, “cumplir las deudas con la sociedad”. Un *delirium tremens*.

En la decadencia todo entra en un estado de licuefacción, de la misma manera que el dinero se impone al derecho y a la sangre, el técnico se impone al guerrero (Jünger considera que la Segunda Guerra Mundial significó, entre otras cosas, el triunfo definitivo del técnico sobre el guerrero, un cambio de figuras). Hay una orgía del pensamiento técnico al hilo de un prometeísmo desencadenado, *eritis sicut Deus*. El héroe y el Santo no forman parte del elenco decadente pues hay una exaltación de la mediocritas, de la existencia zoológica, aunque esta sea una zoología ampliada (así la entendía un marxista blando como Marcuse). En la fase decadente de la civilización se da una mezcla entre sofisticación y primitivismo, ahora la civilización y la barbarie, aunque esta sea del color de rosa, van de la mano, se dan guiñadas, se hacen visajes, parecen dos tórtolos sacándose lustre en el banco de un parque. Los valores móviles imperan sobre los inmóviles (la propiedad premoderna no es la propiedad moderna, la primera no era un valor puramente económico). Florece el mundo de las ideologías, es decir, el mundo donde una serie de construcciones literarias declaran la guerra a la realidad y actúan como aglutinantes de facción y pantallas de humo para que no se vea lo que sucede tras las bambalinas. Al socaire de la situación prosperan los psicofantes del demos y los cínicos, y tiene mucho éxito la gran palabrería, es decir, los artefactos verbales en el sistema de derivadas de Pareto (cabe mentar que la voz *reformare* viene del ámbito religioso y fue utilizada por primera vez por Joaquín de Fiore). Estos modelos, en cuanto ideológicos, son modelos muertos. Aquí cabe señalar que cuando Daniel Bell hablaba del fin de las ideologías, esto era un error, lo que en verdad había llegado a su fin eran ciertas cosmovisiones, no las ideologías, son cosas diferentes. El mundo de la civilización decadente, dada su base racionalista, se pretende unilateral, unívoco, monolítico, monocorde (pero eso sí, policromático), de ahí que pretenda que todo es igual a todo, a pesar de que la historia muestra justamente lo contrario. Hay una disolución de lo metafísico en lo social. La filantropía *offshore* ocupa el brillo que respecto a la conciencia antaño procuraba la religión.

Spengler vislumbró el futuro con una enorme precisión, anticipó que Occidente tendría que enfrentarse a una colusión temible, la que habría de darse entre los elementos desclasados y descastados que habitan en su propio seno, alimentados por el combustible inagotable del resentimiento y amparados por las ideologías disolventes posmodernas (Spengler ya utilizó la expresión bolchevismo cultural), con las razas denominadas “de color”, a las cuales el hombre

blanco había imprudentemente confesado los secretos de su técnica (proletariado interno y externo, en términos de Toynbee, autor que comparte esta prognosis). Esta lucha, que no por librarse sin armas convencionales tiene menos importancia, es una lucha a muerte, y en ella andamos inmersos. Hay quien no la ve, pero siempre ha habido gente que no veía la montaña ante sus propias narices y tampoco el tren cuando se les venía encima, esto no es nada nuevo. El resentimiento tiene dos vertientes, un odio soterrado a la vida en general y, en un plano más concreto, a la vida propia. A partir de aquí se manifiesta esencialmente como odio a la forma, por lo tanto como odio al símbolo y, también, odio a lo que está en forma, a lo orgulloso, a lo fuerte (la desintegración del orden sensorial en Sorokin comparte muchos, sino todos los elementos de este odio a la forma). Desde esta perspectiva se conciben las diferencias en términos de oposición y la excelencia se siente como un escupitajo en mitad del rostro. Este fenómeno, el del resentimiento, ha sido estudiado por hombres como Henri Beyle (Stendhal), Dostoiveski, Nietzsche, Scheler o Heidegger.

En esta fase, y en sintonía con una auténtica industria del victimismo, aparece lo que Spengler llama el “flagelantismo de las sociedades declinantes” AD105, es decir, esta manía morbosa e indecente de entonar el *mea culpa* por asuntos imaginarios o por hechos acaecidos hace siglos, lo cual no es más que una traslación al mundo secular del mito judío de la culpa *ad origine*. Fructifica entonces la estirpe de los que abren las murallas y muestran los senderos, la sangre de los Efiltes y los Eróstratos. El hombre de Occidente, es decir, el hombre blanco, ha perdido su instinto, se ha reblandecido, y como diría Nietzsche, en una época decadente los mejores se clavan sus propios colmillos y envenenan su propia sangre, metáfora rigurosamente cierta. Hay un hipercinetismo, un exceso de movimiento por falta de centro, acumulación en lugar de articulación, proliferan los intermediarios y las formas de vida parasitarias. Europa, desde luego, está en la época que Eugenio Montale llamase “del desollamiento”, quiere quitarse la piel, hacerse sangre, arrastrarse por el polvo, destruir el tipo racial que la construyó en lucha contra el empuje de los pueblos que periódicamente venían desde el sur y desde el este. Europa creó a la persona (en el sentido de personalidad, de carácter, la cual no existía en las demás culturas). Este espectáculo, el suicidio de una cultura, de un tipo humano magnífico, es algo completamente nuevo, que lo maten ha sucedido antes (sirva como ejemplo el fin abrupto de la cultura azteca), que se suicide habiendo constituido durante más de dos milenios el máximo de la potencia humana, esto es algo que le deja a uno estupefacto. No ha habido nunca, que sepamos, un hecho histórico de tanta importancia como este, y el monstruoso programa de ingeniería social que se ha montado en torno al mismo es significativo de cuán importante es aquello que se destruye. Recuérdese que Spengler consideraba la distinción de lo propio frente a lo extraño como un hecho primario de la conciencia, pues bien, en el estado declinante, esta distinción, la básica, se pierde²⁵.

²⁵ Una buena parte de los elementos constitutivos de la decadencia señalados en el apartado asignado a la misma, vienen ya reflejados en la obra decadentista *A rebours*, fechada en 1884 y debida al ingenio de Karl Joris Huysmans. Allí, y por poner un ejemplo, el autor cita al católico liberal De Falloux en los siguientes términos: “Y vosotros, utopistas

DD104 “El desprecio a los hombres es la premisa necesaria de su conocimiento profundo”. *Pesimismo realista. Pathos nietzscheano de la distancia. La condición caída del hombre es común a todo el mundo de la Tradición, y por lo demás, algo que cualquier reflexión empírica constata de una manera fehaciente. ¿Se puede hacer buena historia a partir de una concepción rusoniana del hombre? En opinión de Spengler, no, en la mía, tampoco. Herman Hesse decía que se hablaba del hombre sin saber lo que el hombre era, con lo cual todas las bóvedas pisaban en el aire. Este pecado, conste, no corre por cuenta del autor, quien muestra una posición que podría caracterizarse como hobbesiana. Señalar que Burckhardt creía que el pecado radical de la democracia era precisamente su optimismo. Según Schopenhauer, el optimismo era no solamente algo absurdo, sino también algo inmoral y pernicioso. Spengler identifica optimismo y cobardía.*

DDO247 “En las obras que nos revelan el hombre todo, el sentido integral de la existencia, aparecen contiguos, aunque siempre distintos, el terror y el anhelo.” *En otras palabras, surgen del dolor de existir, porque el dolor es la dote del historiador. Por un lado la vida es seducción, por el otro es preocupación, constante faena, miedo al último umbral. Aquí intuimos la angustia de Kierkegaard, su temor y temblor. Aquí intuimos a Pascal mirando al cielo.*

DDO277”La historia es la realización de un alma. Uno y el mismo estilo predomina en la historia que se hace y en la historia que se contempla”. *Hacer y mirar son dos aspectos correlativos, se hace lo que se es, se mira desde lo que uno es, pues como dijese Berkeley²⁶, el ser de las cosas consiste en su ser contempladas, y esto constituye nuestro límite, pues nadie puede poner en la cosa aquello de lo cual carece. Cada cual la ve, por ende, con su entonación. La historia es la realización de un alma que encarna en una cultura. El libro de historia es la encarnación de un alma que mira, luego según su modo de mirar, así será el libro, estrecho o amplio, grande o mezquino. Resulta por lo tanto imposible ese olvido de sí, esa impasibilidad que predicaba Ranke.*

DDO294”La historia tiene el carácter del hecho singular; la naturaleza el de la constante posibilidad. En la historia la necesidad es trágica”. *Enlázese esto último como la noción de sino. Aquí notamos la influencia de Nietzsche, también se nos ofrece ese Unamuno que tanto nos recuerda a Kierkegaard y a Bloy, el que decía que La vida es tragedia y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella. El hecho singular podría llevarnos a Seignobos, pero Seignobos no comprendía el hecho en cuanto forma, su visión era por lo tanto radicalmente*

sistemáticos que hacéis abstracción de la naturaleza humana, promotores de ateísmo, que os alimentáis de quimeras y odios, emancipadores de la mujer, destructores de la familia, genealogistas de la raza simiesca; vosotros, cuyo nombre resultaba hasta hace poco una injuria, estad contentos ¡Habréis sido los profetas y vuestros discípulos serán los pontífices de un futuro abominable.”

²⁶ Royce, director de la tesis de Thomas Stearns Elliot sobre el filósofo idealista Bradley, consideraba que Berkeley había hecho el descubrimiento de la vida interior. Elliot, cuya noción de la decadencia era muy similar a la de Spengler, discrepaba de este en lo que atañe al aspecto historiográfico, ya que para él, existía la necesidad de tener un punto de referencia transhistórico, y en este sentido, su noción de la historia es más próxima a la de Jünger.

diversa a la de Spengler. Este no describe, sino que capta las conexiones profundas. En relación con el concepto de hecho singular, repárese en la indisolubilidad del predicado de existencia y el predicado caracterizador. En la historia hay dos actividades axiales, la una individualiza, es decir, distingue, la otra, conecta.

DDO249”Por eso, ni la matemática ni el pensamiento abstracto, sino las artes mayores, que son las hermanas de la religión, nos dan la clave para descifrar el problema del tiempo, que solo puede comprenderse en el terreno de la historia.” *Aquí se muestra que en el núcleo de toda cultura hay un sentir metafísico. Este sentir se vierte en cosmovisiones míticas, se ahorma en prácticas religiosas, y este fondo religioso es el cimiento del arte, de hecho, las épocas irreligiosas son épocas artísticamente vacías, lo cual se pone de manifiesto en la época actual, donde el arte es un apeirón que ha perdido su órbita y no cesa de mirarse el ombligo. De las artes mayores, es la arquitectura la que tiene para Spengler la máxima importancia, sobre todo en los edificios simbólicos que expresan una necesidad metafísica, por ejemplo las catedrales, a las que conceptúa como ornamentos, esta es una idea, ya se dijo, muy bien sentada que requiere de una reflexión ulterior; hágala cada cual acorde a sus fuerzas. Apuntamos una cita de Novalis que creemos viene al caso: “La auténtica música visible son los arabescos, las muestras, los ornamentos. El camino misterioso va hacia el interior.” La historia es el tiempo en cuanto morfogénesis significativa*

DDO224 “Toda cultura, toda época primitiva, todo florecimiento, toda decadencia, y cada una de sus fases y periodos necesarios, posee una duración fija, siempre la misma, y que siempre se repite con la insistencia de un símbolo.” *Esta es una tesis difícil de sostener en un periodo de compresión y aceleración histórica crecientes. Ya vimos las objeciones de Popper o Lorenz. Desde el punto de vista lógico parece errónea, aunque los acontecimientos, de momento, ni la confirman, ni la refutan. Aquí la llave que abre la puerta está en el futuro.*

DDO240 “Siempre hay algo de odio en el acto espiritual de recluir una cosa en la esfera y mundo formal de la medida y de la ley. Matamos lo viviente al incorporarlo al espacio” *El concepto es una especie de conjuro contra la exuberancia indomeñable de la vida, una coerción externa. Jünger estimaba que la ciencia era en esencia nihilista y por lo tanto cruel, ya que carecía de cualquier noción de límite y en el fondo malcomprendía la vida, dañándola. El matiz psicológico que incorpora Spengler es de una gran finura y rigurosamente cierto. Hay que pensar como Pascal, es decir, también con el corazón.*

DDO83”La consideración histórica o, según mi terminología, el ritmo fisiognómico, es decisión de la sangre, conocimiento de los hombres extendido al pasado y al futuro, percepción nativa de las personas y de las situaciones, estimación de lo que fue acontecimiento, de lo que fue necesario, de lo que tiene que existir, y no una simple crítica científica y un acopio de datos. La experiencia científica para un verdadero historiador es cosa adjetiva o secundaria; el historiador emplea los recursos de la intelección y de la comunicación para demostrar minuciosamente, una vez

más, a la conciencia vigilante, aquello que en un momento de iluminación estaba ya demostrado a la existencia.” *Posiciones próximas a las que manifiesta Eduardo Meyer, al cual Spengler menciona, y que fuera conocido de Jünger, en su Teoría y metodología de la historia. Ortega tenía una concepción historiográfica muy similar a la que aquí se manifiesta, pero sin el énfasis puesto en la sangre. Ortega, siguiendo a Dilthey, que era su filósofo decimonónico predilecto, reclamaba una historia que fuese capaz de alcanzar una lógica propia y trasladarnos la pulsación de la existencia, pues esta lógica, claro está, no podía ser la lógica formal o matemática. Habría pues de construirse una razón puramente histórica, que es lo que pretendía Dilthey sin llegar a consumir del todo el empeño. Como decía este último “En las venas del sujeto conocedor que construyeron Locke (un empirista duro), Hume (un empirista blando) y Kant (un idealista) no corre verdadera sangre”. Esta era también la posición de Croce.*

DDO68 “La cultura occidental busca entronques, la egipcia los evita; el Occidente se entrega una y otra vez a los influjos ajenos, en conmociones trágicas (DDO274), (*pues la fisiognómica occidental es enfática, contrapuntística, su perspectiva es enérgica*).; en cambio, la Antigüedad aprovecha lo extraño, sin sufrimiento ni congoja, (*no asimilación, ni disolución de unas formas en otras, sino agrupación, suma de cuerpos*)”. *Aquí hay consideraciones que luego se mostrarán en el Estudio de la historia de Arnold Toynbee²⁷, una obra de horma spengleriana, pero con estilo inglés, es decir, más acomodaticia, más suave, y, también, más analítica.*

DDO51 “El conjunto de cada cultura posee, como suprema posibilidad, una imagen primaria simbólica de su mundo como historia; y todas las actitudes particulares de los individuos y de las multitudes, actuando como seres vivos, son copias o reproducciones de esa imagen simbólica primaria. Cuando un individuo califica de importante o de mezquina, de original o de trivial, de fallida o de anticuada la visión histórica de otro, es siempre, aun sin darse cuenta, por comparación con la imagen histórica que el momento exige como función constante del tiempo y del hombre.” *He aquí el perspectivismo de Ortega y la hermenéutica de Gadamer, la teoría de los horizontes coextensivos a la vida. Cabe observar que Gadamer, en su obra cimera, “Verdad y Método”, alude a las observaciones fisiognómicas de Jünger, las cuales están en lo mayor basadas en Spengler. Croce, por su parte, decía que “La crítica de la historia consiste en reconocer si una narración histórica es plena o vacía, es decir, si lleva o no en el corazón un motivo que la encadene con la seriedad de la vida tal como se vive” HHL22. Aquí vienen al caso recordar las llamadas Concepciones del mundo, de Dilthey. Se podría decir que las Culturas son organismos deductivos, contruidos desde arriba hacia abajo, partiendo de una idea motora, mientras que su comprensión*

²⁷ En esencia la obra de Spengler es muy diferente a la de Toynbee, a esta última, y no a la del primero, como hace Collingwood, podría endilgársele sin desdoro la etiqueta de naturalista. Dicho en otros términos, la historia de Toynbee se construye de afuera hacia dentro, la de Spengler en sentido inverso, desde adentro hacia afuera. Esta misma crítica que nosotros asomamos la realiza Mumford en su obra *Arte y técnica* (Pepitas de calabaza, pp181-185), en la cual, sacando punta al lápiz de ambos autores, a Toynbee, como vulgarmente se dice, le da sopas con ondas. Concluir diciendo que los acérrimos de Spengler no suelen prodigar su pláceme a Toynbee, intuyen la diferencia de casta.

es inductiva y va de abajo hacia arriba, infiriendo conexiones a partir de las formas.

DDO31 “El pensamiento domina solamente en el reino de los pensamientos.” Intelección práctica frente a intelección teórica, hechos frente a teorías, la dureza de la vida frente al concepto de la vida. La existencia frente a la conciencia. La heterogonía de los fines. La hemorragia del ser; las venas siempre abiertas.

5.3. Ernst Jünger (1895-1998): Historiografía

Dominique Venner, quien en un acto sacrificial que recordó a Mishima se pegó un tiro frente al altar mayor de Notre Dame (en protesta por la inmigración masiva y el matrimonio homosexual), decía de Jünger lo siguiente: “En esa personalidad singular, se encarna una última figura, la de un arquetipo europeo provisionalmente desaparecido” (TF20). Nada puede enmendarse a semejante afirmación, una afirmación de la forma y el símbolo, de la figura y el sino, acorde en todo a la cosmovisión de Spengler. Hay semillas que cada vez costará más que germinen.

Ernst Jünger vivió más de cien años, vio pasar dos veces al cometa Halley, que viene desde la lejana nube de Oort, más allá de los planetas exteriores, y estuvo muy cerca de vivir en tres siglos diferentes. Jünger participó en dos guerras mundiales con la serenidad de quien se da un paseo por el campo, con el Orlando furioso de Ariosto y el Fausto de Goethe en el macuto de campaña. Le hirieron siete veces y fue condecorado con la orden “Pour le mérite”, el máximo galardón militar del ejército alemán (Croce consideraba que “El historiador desempeñará su oficio con tanta mayor fuerza cuanto más grandes hayan sido los sucesos contemporáneos en que haya participado con corazón destrozado o gozoso”, HHL142). Como un Anteo que toma su energía de la tierra que pisa, se mantuvo activo y lúcido hasta el final. Como Saturno, sobrevivió a sus dos hijos, el uno muerto en su primer día de combate sobre la Línea gótica (qué nombre más bello), el otro, muchos años después, abrumado por las secuelas de un accidente, se suicidó. Al final de su vida, como Amiel, gustaba de soplar pompas de jabón en su jardín. He aquí una metáfora de una magnitud equiparable a aquella que nos trasladó Braudel, la de las luciérnagas en la noche del Sertao.

Los hados, siempre caprichosos, han sido más benévolos con Jünger que con Spengler. Hanna Arendt, quien fuese amante de Heidegger, a quien también ayudaría a rehabilitar, le presentó, tras leer sus diarios, como uno de los máximos resistentes frente al nacionalsocialismo. Aquí hay que mencionar que Jünger, al contrario que muchos otros intelectuales alemanes de la época, no era antijudío, lo cual fue un tanto, y de los grandes, a su favor; entre sus amistades se encontraban hebreos de postín como Hugo Fischer o Valeriu Marcu, además, Jünger había escrito una novela, *Sobre los acantilados de mármol*, que ha sido interpretada, con la aquiescencia de su autor, como una acerba crítica del régimen hitleriano²⁸.

²⁸ Si bien Jünger ha proveído de salvoconducto a dicha interpretación, ésta, a mi entender, suscita muchas dudas. Ya el hecho de que la novela fuese publicada en vísperas de la Segunda Guerra Mundial con el parabién de las autoridades,

Jünger manifestó en varias ocasiones que la concepción de la historia que más le gustaba era la de Spengler (autor con el que coincidía en otros aspectos, por ejemplo en su idea de un socialismo conjuntivo de forma prusiana), es decir, una concepción interior y morfológica, de raíz platonizante, cíclica y antiprogresista. Jünger, lo mismo que Spengler, admiraba a Heráclito, ese hombre para el cual el mundo es armonía en la lucha, fuego, movimiento, tensión y retribución, el hombre que inmortalizó esa metáfora profundísima, la del río, que está y que fluye, que permanece y deviene, Heráclito el oscuro, para quien uno, si es el mejor, vale tanto como diez mil.

Jünger, y no es este un asunto baladí, era un cultivador de la botánica y la entomología, a la cual tomaba en un sentido próximo al de Maeterlinck²⁹, autor al cual a veces menciona y con el que comparte determinadas imágenes simbólicas, por ejemplo la del acople de la abeja y la flor, o la construcción del panal mediante hexágonos de cera (un capítulo de *Heliópolis* se titula “Apiario”). Aquí se percibe la influencia de Goethe y su grito dionisiaco: “Viva la vida que crea”.

Jünger fue un observador minucioso de las formas en cuyo seno anida el símbolo, lo arquetípico, el horizonte de sucesos, la morfogénesis, y más allá de esto, un principio trascendente, el soplo divino, una última intuición que solo puede aprehenderse a la manera de un relámpago que rasga el telón del cielo y raudo desaparece. Dicho lo cual, la historia que nos muestra Jünger en sus libros es, a la manera de Spengler, una historia de tipos y figuras, donde la forma es lo que une las partes en un todo significativo. Un libro en el que se estudie al pormenor las relaciones de Jünger con la historia, ya lo menté al inicio del trabajo, está por hacer. Sería una faena de las que justifican el intento. Las correspondencias con Spengler restallarán como el sol sobre un espejo.

AB21“Figura y tipo son las formas superiores de la visión. La concepción de las figuras confiere un poder metafísico, la aprehensión de los tipos un poder intelectual” “lo esencial no es saber si algo es bueno o malo, bello o feo, verdadero o falso, sino buscar a qué forma pertenece (*es decir, cuáles son los principios subyacentes que expresa y su filiación*)”. Este párrafo exhala un profundo aroma spengleriano. La figura es arquetípica, el tipo es analítico. Si nos remitimos a una escala neoplatónica, habría un descenso entre el uno y el otro, ganándose en especificidad lo que se pierde en amplitud. En el sentido de lo aquí mencionado, Jünger interpreta la guerra, ya no tanto como una colisión entre naciones, sino entre figuras de hombres, lo cual le conduce a la pregunta sobre quién gana y quién pierde realmente una guerra, pues en ambos lados hay

aunque más tarde su venta fuese paralizada, indica que éstas no percibieron elementos radicalmente atentatorios contra el régimen en la misma, lo cual hace pensar que, a simple vista, no se veía nada de lo que más tarde todo el mundo vio. Jünger bien pudo componer un sentido retrospectivo de la obra, bogando a favor de los vientos. Mi impresión, con la novela en la mano, es que la interpretación contra el nacionalsocialismo es hartamente forzada, es decir, no encuentro ninguna conexión natural entre lo que leo y ese tipo de interpretación. Viene de suyo apuntar que Hitler admiraba a Jünger y siempre le defendió. Joaquín Fernandis es de la misma opinión que aquí manifestamos.

²⁹ Maeterlinck, premio Nobel de literatura, escribió *La vida de las hormigas* y *La vida de las abejas*, libros que constituyen, por un lado, una reflexión sobre el principio divino que alienta en la naturaleza, y, por el otro, una crítica de las costumbres humanas desde una perspectiva etológica. La etología está presente en Jünger y tiene cierto espacio en el pensamiento de las derechas a través de hombres como Konrad Lorenz, Eusebio, o Alfred Brehm.

vencedores y vencidos. Esto nos recuerda a las dos ciudades de San Agustín y nos deja un regusto gnóstico sobre el jergón de la lengua³⁰

Escribe Junger en una carta a Henri Plard: “La noción de Figura está emparentada más con la mónada de Leibniz que con la idea platónica, más con la Planta original de Goethe que con la Síntesis de Hegel”. *Spengler menciona admirativamente a Leibniz en numerosas ocasiones. Schopenhauer apunta a Leibniz, inspirado por el ocasionalismo de Malebranche, como un superador del mecanicismo de Newton y, junto a Christian Wolff, como un antecesor de las posturas kantianas. En verdad, quien esto escribe vislumbra una analogía entre la monadología de Leibniz y la Voluntad de Schopenhauer, en el sentido de que el movimiento partenogénito va en ambos casos de dentro hacia afuera. La conexión Leibniz-Herder fue tratada por Louis Dumont (el autor de Homo Hierarchicus) y por Cassirer. Cabe mencionar que tanto Leibniz como Goethe entendían la perfección como un acopio creciente de formas. Por figura entiende Jünger “una realidad superior que da sentido a los fenómenos.” Figuras son el soldado del frente, el trabajador, el emboscado y el anarca. Estas figuras³¹ son, por supuesto, históricas.*

ET276”Llamamos figura a una realidad suprema y otorgadora de sentido. Los fenómenos son significativos en cuanto símbolos, representantes, acuñaciones de esa realidad. La figura es un todo que abarca más que la suma de sus partes. A ese más lo llamamos totalidad.” *Recordamos aquí al ínclito Friedrich Schlegel (al que Jünger menciona), secretario de Metternich y hombre que puso en circulación la palabra “ario”, cuando, en la senda de Goethe, dice que: “todo saber es simbólico”. Y la figura, añadimos, tienen un contenido simbólico máximo. Esta otorga sentido por cuanto constituye un referente, pues el sentido necesita de un punto de apoyo, no puede concretarse en un entorno de infusorios. Apuntar, para quien no lo haya entendido, que la forma alude a lo exterior, mientras que la figura alude a una esencia interior.*

AB65 “Lo importante para un hombre no es la felicidad, ni la riqueza, sino la comunión con la Figura (es decir, lo importante no es el eudemonismo, sino remitir, en la medida de lo posible, lo concreto al símbolo y relacionarlo de este modo con el origen). El símbolo es lo que da sentido al azar, incrustándolo, por decirlo de alguna manera, en el sino, y recuérdese que el sino es música, no término, no propósito, es decir, no una teleología que pudiera ser eviscerada mediante el uso de la razón instrumental. Utilizando una expresión orteguiana, diríamos que el sino reconduce la circunstancia al sujeto, que de este modo la hace suya, y al entrar en resonancia con ella ”descubre su determinación, siendo este el descubrimiento que otorga capacidad de sacrificio”. El

³⁰ Recuérdese que San Agustín fue neoplatónico y maniqueo antes que cristiano. Algunas de las reflexiones de Jünger en torno a la guerra recuerdan a las que Julius Evola vierte en su obra *Metafísica de la guerra*. Sería enormemente interesante un trabajo que profundizase en las referencias gnósticas sitas en la obra de Jünger (A mi entender hay multitud de ellas, hasta el punto de que algunas de sus novelas podrían calificarse, sin oponer al disparate, de gnósticas). Este es un libro que, entiendo, ha de escribirse.

³¹ Por aportar un ejemplo de lo dicho, el literato Hermann Broch realiza una disección de figuras en su trilogía “Los sonámbulos”.

sacrificio, por su parte, reside en dos convicciones: la primera, que el sentido de la vida es algo que siempre está fuera de uno mismo, y segundo, que lo particular, si pretende adquirir algún rango, siempre ha de tener como referencia el universal, luego... “Lo importante no es que vivamos, sino la posibilidad de llevar sobre la tierra una vida de gran estilo (estilo es una correspondencia de formas cuajadas) según criterios elevados. (Una vida feliz es imposible, a lo sumo es posible una vida heroica, diría Schopenhauer)”. He aquí el viejo Amor fati, el sino del que hablaba Spengler, el realismo heroico, querer la responsabilidad, aceptar el curso de los acontecimientos, responder a las exigencias de la figura (es decir, hacer lo que ha de hacerse para que el símbolo no sufra menoscabo), tener un sentido del honor, y conste que en el honor se unen dos cosas: la fidelidad a un referente y la fidelidad a uno mismo.

TV19”El tema del kulturpessimismus había surgido con anterioridad y tuvo en Spengler su expresión más vigorosa y nítida. De la idea de un progreso lineal de la historia, que implica un desarrollo siempre creciente, él regresó a una configuración cíclica en que el desarrollo no se prolonga infinitamente, sino que es una fase de la vida comprendida entre el nacimiento y la muerte.” LT47”Sobre este extremo, el de la historia y su interpretación, para mí el pensador decisivo ha sido Spengler.” *Concepción orgánica, plural y morfológica de la historia, en base al desarrollo de grandes entidades culturales. La coyunda Spengler-Jünger daría para un ensayo harto más extenso y profundo que este trabajo en el cual estamos inmersos. El tema del pesimismo cultural dentro del ambiente de entreguerras, e incluso en la coyuntura finisecular, aunque interesante, ha sido suficientemente trillado y no es objetivo de este trabajo incidir en él.*

La historia pisa sobre el mito, de la misma manera que lo móvil solo tiene sentido si es referido a un centro inmóvil. En lo que atañe al mito, este descansa a su vez sobre un cimiento de metafísica, el cual puede vivirse, pero rara vez explicarse, es una especie de llama pentecostal. Atacarlo desde la perspectiva materialista, o incluso desde el evemerismo, sería una pretensión absurda.

Jünger gusta de una historia estereoscópica y tridimensional, es decir, una historia que responda al anhelo de profundidad (en este sentido nos recuerda a Giorgio Locchi). Para Jünger, como para Spengler, la historia construida a la manera positivista es un cerco al hombre (y no se puede definir mejor), un corsé que le quita el aire. Esta historia lo superficializa y mecaniza, pues se comprende mal la inmanencia cortando los hilos que conectan a esta con lo trascendente. Jünger, como su hermano Georg Friedrich, tuvo en alta estima a hombres como Ludwig Klages, (del cual menciona el *Eros Cosmogónico*), Leopold Ziegler (autor, entre otros, de un libro titulado *Tradición*, al que Hesse comparaba positivamente con la obra evoliana), Otto Weininger (*Sexo y carácter*), Stefan Georges, Rilke o Dostoievski³².

³² El gran traductor de Dostoievski en Alemania fue Moeller van der Bruck, acuñador de la expresión *Tercer Reich*. La

Cabe mencionar que Jünger asistió a las clases de Félix Kruger, quien con sus estudios sobre el concepto de estructura promovió el desarrollo de la *Gestaltpsychologie*, dicho en castellano viejo, psicología de las formas. Kruger, a pesar de que tenía un abuelo judío, perteneció al círculo intelectual de Alfred Rosenberg y, siguiendo las ideas de este, creía que tanto la cultura europea como la raza blanca, y la una era expresión de la otra, estaban en un peligro capital. Apuntar también que el profesor Hugo Fischer, amigo personal de Jünger, dedicó buena parte de sus estudios a analizar la distinción entre cultura y civilización³³, distinción clave en la obra de Spengler. Hugo Fischer, de estirpe hebraica, inspiraría en parte uno de los personajes clave de la obra de Jünger *Nigromontano*.

ERDA209 *Jünger cita a Goethe cuando dice “En realidad lo que los microscopios y telescopios hacen es introducir confusión en el puro sentir humano”. Goethe repudiaba todo aquello que no fuera una inspección directa con los órganos naturales. Sentía aversión incluso por las gafas, pues había en él una reluctancia instintiva frente a muchos aspectos de la técnica. Le costaba abandonar el plano de la vida eminente.*

ERDA218-219 “Tanto a Erasmo como a Tycho Brahe se les ha reprochado su prudente cautela. Es un juicio que podrá ser válido mientras el problema de que se trate sea la historia del conocimiento. Pero si alguna vez apareciesen historiadores que ya no pusieran en el centro de sus consideraciones el progreso humano, sino la felicidad humana, entonces el juicio tendría que invertirse y se otorgaría un valor más elevado a la prudente cautela mencionada que a la temeridad que conduce a zonas titánicas. Esto sólo sería posible, sin embargo, una vez que nuestros relojes se hubiesen parado.” *Este párrafo enlaza con el anterior. Jünger menciona que, si alguna vez se escribiera la historia de la felicidad, hombres como Tycho Brahe tendrían un lugar de mención, puesto que se negó a dar el último paso, ese que dejaba al hombre sin suelo firme bajo sus pies. Por ello Tycho Brahe tenía un método de observación que compartía las premisas de Goethe y que para su tiempo ya estaba anticuado, pero había límites simbólicos que Tycho no quería violar. Kepler, en cambio, sintió un engrimiento fáustico cuando tras enumerar sus leyes, creyó estar por encima de los egipcios. Kepler era todo potencia, la elipse se impuso en el cielo lo mismo que en la arquitectura. Rompía la quietud de la esfera. Introducía un movimiento discontinuo y perpetuo, un constante cambio de ritmo. Son muchos los autores que, para referirse a la vida moderna, hablan de asedio o cerco.*

pasión por Dostoievski se la metió en el cuerpo el gran poeta modernista y biógrafo, entre otros de Napoleón, Merejovski (la mejor biografía de Napoleón que he leído). Moeller influiría con su pensamiento en Niekisch, cicerone del nacionalbolchevismo y amigo íntimo de Jünger, sobre todo en la idea de que “no hay enemigo, para Alemania, al este”. Niekisch, por su parte, estaba muy interesado en la filosofía de la historia de Spengler, aunque su modelo historiográfico era Ranke, y su modelo filosófico era Hegel.

³³ La distinción entre cultura y civilización tiene un componente nacional. Los franceses, epicentro del pensamiento materialista, utilizan preferentemente el término civilización, los alemanes, epicentro del pensamiento idealista, el de cultura. Este asunto, entre otros, lo trata Braudel en su obra *Las ambiciones de la Historia*. Repárese que en vísperas de la II Guerra Mundial, la línea defensiva francesa se llamaba “Maginot”, es decir, llevaba el nombre de un técnico, mientras que la línea alemana se llamaba “Sigfrido”. Estos bautizos no son ninguna casualidad.

ERDA234”Lo pasajero se nos convierte a nosotros en símbolo cuando en ello trasparece el ser. A ese trasparecer lo llamamos sentido.” *Nada que agregar. Clavado.*

En *La Emboscadura* Jünger habla sobre el célebre Proceso de Sócrates (LE104-105). Nos cuenta el autor la monstruosa propuesta de algunos sofistas posmodernos, y repárese en que lo monstruoso toma a menudo el atuendo de lo bienintencionado, de rehabilitar a Sócrates frente al Areópago dos mil quinientos años después de su condena. Esta gente no entiende, primero, que el pasado no puede enmendarse desde el futuro, segundo, que la culpa va ínsita en el hecho, y quien no cometió el hecho, ni tiene culpa ni le es dado pedir perdón. Esto queda para lo que estaban en su momento con las fichas sobre el tablero, pero esa jugada, claro está, ya se agotó entonces y en el sentido que conocemos, y tercero, la grandeza de Sócrates, y esto no lo terminan de entender, consiste precisamente en que fue condenado y aceptó esta condena con una altura de espíritu excepcional y paradigmática. La muerte de Sócrates fue un símbolo. Dejemos de meter nuestras manos en cristales demasiado finos. No purguemos el tiempo de lo que le es consustancial. Aceptemos lo irreversible.

LE136·Nos encontramos en un momento crucial entre dos eras, cuya importancia correría pareja a la que hubo entre la edad de piedra y la de los metales.” *Esta idea era compartida con Herman Hesse, conocido de Jünger y a su vez de Carl Gustav Jung, también por Evola y Spengler. Dentro del pensamiento de la tradición y la gnosis, se usa mucho la palabra Interregno (también la usa Toynbee), aludiendo a un umbral que cortará la historia en dos mitades, como la vara de Moisés el Mar Rojo.*

Evola, que quiso traducir *El trabajador* al italiano y con tal fin escribió a Jünger (este libro atrajo tanto a pensadores de la derecha, aunque fue censurado desde el nacionalsocialismo por su carácter universalista, es decir, contrario a la filosofía de Rosenberg y Darré de *Sangre y Suelo*, como de la izquierda, por ejemplo al revolucionario socialista Karl Radek (Karol Sobelsohn)) escribió un ensayo titulado *El trabajador en el pensamiento de Ernst Jünger* y hace alusión a éste en obras como *Los hombres y las ruinas* y *El camino del cinabrio*. Su ensayo *Cabalgando al tigre* nos recuerda por momentos a *La emboscadura*, de Jünger.

Jünger huye de esa historia que padece de una inextirpable desconfianza hacia las figuras excepcionales, pues esta es la historia de los liberales típicos, una historia del medio, de las cosas, una historia naturalista o psicologista, preferentemente vista desde abajo, una historia sentimentaloides y con la cerviz *in terram prona*. Frente a ella, aspira a una historiografía heroica, imaginativa, combinatoria, que otorgue su espacio al mito y abunde en las conexiones, no tanto causales, como, a la manera de Spengler, morfológicas.

El protagonista de la novela *Eumeswil*, la que cierra el círculo mágico que se inició con *Los acantilados de mármol* y continuó con *Heliópolis*, es un historiador, Manuel Venator, hijo y hermano de historiadores, quien trabaja por las noches en el bar de un tirano menor llamado “El Cóndor”. Su título predilecto es, tómese nota, “historiador de nacimiento”. Venator es discípulo a su vez de dos personas, un historiador heterodoxo llamado Vigo, antítesis de su padre y de su hermano, (Vigo a veces recuerda a Giambattista Vico), autor de una obra titulada *Historia in nuce*³⁴, y un filósofo llamado Bruno (¿Giordano Bruno?) interesado, qué casualidad, en Heráclito. Venator dispone de un luminar, artefacto futurista que reconstruye holográficamente los hechos históricos y que además permite la interacción entre el que contempla y los protagonistas de los hechos. Todos esto que se menciona, inevitablemente conlleva un copioso goteo de manifestaciones acerca de la historia y los historiadores.

EU22“Mi progenitor le tacha de acientífico y hasta de folletinesco, pero este juicio ignora la auténtica raíz de la fuerza de Vigo ¿Qué tiene que ver el genio con la ciencia?”. *Como decía Lord Byron: el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida. El propio Helmholtz creía que la inducción artístico-instintiva era una parte fundamental en la génesis del conocimiento. Sorokin admitía el conocimiento superracional, o dicho de otro modo, la inspiración genial, cuya base, en mi opinión, es la anamnesis platónica, en el sentido de que el conocer es un reconocer, es decir, un recordar. Las ciencias culturales no viven de las limosnas de Cartesio, tampoco de las de Comte.*

EU23”Debe advertirse aquí que Vigo no introduce sortilegios (*la cuadratura del círculo*) en la historia. Al contrario, nos enfrenta con la incertidumbre de los sucesos, de modo que deja abiertas las preguntas últimas (*y que cada cual se las apañe como pueda*). Cuando dirigimos la mirada al pasado, contemplamos tumbas y ruinas, montones de escombros. Pero ocurre entonces que también nosotros somos víctimas del espejismo del tiempo: pensamos avanzar hacia adelante y progresar, cuando en realidad nos estamos moviendo hacia este pasado. Pronto le perteneceremos (*Jünger, como otrora los románticos alemanes, admiraba al Calderón de la Vida es sueño*³⁵): el tiempo pasa sobre nosotros, nos deja atrás (*la interpretación del tiempo en un sentido contrario al sagital es absolutamente genial. Sobre el tablero de la mesa del padre Félix, en la novela Heliópolis, luce esta inscripción: “Es más tarde de lo que crees”*). Esta tristeza arroja su sombra sobre el historiador. Como investigador, es sólo un zapador de tumbas y pergaminos, Pero, con la calavera

³⁴ Este título vino con toda seguridad inspirado por un ensayo de Carl Schmitt publicado en el año 1949 y que tiene por nombre *Historiographia in nuce. Alexis de Tocqueville*. En este ensayo Schmitt menciona al propio Jünger en el contexto de las conversaciones que tuvieron en el París ocupado, así como a León Bloy y al literato bosnio, autor de *Un puente sobre el Drina*, Ivo Andric. Schmitt considera a Tocqueville el mejor historiador del siglo XIX y el hombre que supo ver por primera vez el problema de la decadencia en Occidente, cuando este todavía no había asomado el rostro. Tocqueville, además, identificó antes que nadie a los Behemoths que llevarían adelante el proceso de centralización y nivelación generales. Estados Unidos y Rusia.

³⁵ También le hubieran gustado estos versos de Borges que figuran en el poema Endimión en Latmos y dicen: “Inútil repetirme que el recuerdo de ayer y un sueño son la misma cosa”. Borges, admirador de Spengler y para quien la historia sería la diversa entonación de algunas metáforas.

en la mano, plantea la pregunta decisiva (*he aquí una figura fáustica en estado puro, Hamlet, he aquí el Et in Arcadia Ego de Guercino, he aquí a Leopardi, he aquí a Eminescu*), el historiador nato nunca perderá de vista la mirada enigmática de esas cuencas vacías, su labor esencial es hacer profunda la superficie, (*¡y no lo contrario!*). El estado de ánimo de Vigo es una tristeza fundamental y fundamentada; y, como estoy convencido de que el mundo es imperfecto, me siento atraído por este lenguaje” (*Esta noción de la existencia dentro de un mundo caído la comparte con Spengler, para quien la premisa para conocer al hombre es su desprecio, lo cual implica que, desde el optimismo pueril, desde la ceguera cobarde ante la dureza de la vida, desde el cinta rosa para todos, no se puede entender nada de lo ocurre por aquí abajo. Cualquier postura filosófica implica el coraje de nunca obviar una pregunta e ir siempre hasta el fondo de las cosas. El máximo representante moderno del pesimismo cosmológico es, por supuesto, el maestro de maestros, Arthur Schopenhauer*). “Vigo tiene un método especial de cruzar el pasado en sentido oblicuo, no en sentido cronológico. Su mirada es más la del jardinero o el botánico que la del cazador.” *La mirada de Goethe, la mirada de Hölderlin, la de Novalis, la de Kleist, la de Spengler, la de buscar cosas rimadas en tiempos disimiles, sentidos idénticos en cosas diversas, la de utilizar otros relojes que no sean los de rueda sobre muesca. Apuntamos, para concluir, una cita de Croce, HHL232, que entendemos viene al caso: “Pero el punto esencial, lo propio de la historia, no está ya en los rótulos indicados puestos sobre los acontecimientos mismos, cada cual de por sí, con su inconfundible fisonomía”.*

EU28 “El que escribe historia desearía conservar los nombres y su significado, y, más aún, querría redescubrir los nombres de ciudades y pueblos hace mucho tiempo desaparecidos. Es como depositar flores en una tumba: Vosotros los muertos y también los innominados príncipes y guerreros, esclavos y malhechores, santos y prostitutas: no estéis tristes. Os recordamos con amor.” *He aquí una general redención poética ex post facto (si hay algún sentido que pueda redimir al mundo es el estético, pensaba Nietzsche), he aquí la algodicea de Bloy, la actitud del Augusto de la Vía Labicana, el respeto por los ríos rumorosos de la sangre y por los huesos de los muertos. El pudor. La pietas. El paso del tiempo amaina las aguas y reblandece las costuras. No estamos legitimados para descargar la maza sobre todo aquello que ya cumplió su papel sobre el gran tablado del mundo, esto sería pretender meterse en la mandorla, empuñar la espada flamígera y ejercer de Dios, pero no somos Dios, somos, a lo sumo, aprendices de brujo.*

EU29 “Como el poeta la palabra, el historiador tiene que sopesar el hecho, más allá del bien y del mal y de toda moral imaginable.” (*Sopesarlo simbólica, metafísicamente*) “También aquí hay violadores de tumbas que falsean la poesía y los hechos con la mirada puesta en el mercado.” *Estamos en una época de profanadores que no creen en la historia, solo creen en la materia y en vastos sistemas sintácticos, computacionales. La historia, como dijo Nietzsche, es una hembra de*

carácter y solo admite a espíritus fuertes, a los demás les causa indigestión y los barre. No nos gusta la historia de esos hombres que esconden un puñal en el bolsillo, de los que quieren cambiar los acontecimientos y ganar con la boca lo que se perdió con la espada, no la historia de aquellos que están corroídos por el espíritu de vindicta, aquellos que odian la ambigüedad, el claroscuro, que juzgan con malicia y desde la topera, que se ponen amarillos cuando confrontan a lo alto. El historiador es una especie sui generis de sacerdote, luego requiere de un contacto natural con los símbolos, y, sobre todo, de amplitud de miras y grandeza de ánimo, si no lo hay, lo mejor es dedicarse a otras cosas y no atorar los caminos. Aquí la utilidad ha de estar supeditada a la búsqueda del sentido. La calavera siempre sobre la mano. El historiador es un habitante del crepúsculo, un hombre liminar.

EU31-32”Tal como está la situación, lo mejor que puede hacer un profesor es limitarse a las ciencias naturales y al ámbito de sus aplicaciones prácticas. Todo lo que sea salirse de estos límites, por ejemplo la literatura, la filosofía o la historia, es entrar en terreno peligroso, sobre todo si cae bajo la sospecha de “trasfondos metafísicos”. Buena reflexión sobre el estado lamentable en que se hayan los estudios humanísticos, que han entrado en la fase de servidumbre y bagatela. La falta de metafísica (Dios ha muerto, Dios se retira, la condensación plutónica, la irrupción de los titanes) es una de las causas principales, si no la principal, de la corrupción cultural de Occidente. La metafísica ofrece un sistema de fundamentación última de las acciones, una fundamentación que cae más allá de las efímeras cuitas, goces y desdichas de una vida cualquiera, vida que pasa in actu oculi. Esta fundamentación no la puede dar nunca una “ética ciudadana”, pues no hay ética sin metafísica (Gustavo Bueno pensaba que sí, pero se equivocaba). La buena literatura, la buena filosofía, la buena historia, todas ellas tratan en el fondo sobre el dolor de existir y lo inevitable de la muerte, y sobre el sentido que pueda tener todo esto (Recuerdo que Felipe Fernández Armesto decía que la historia tiene como primera función ayudar a morir), y sin estos motivos no tendrían razón de ser, con lo cual, el sentido metafísico es la cúpula exterior de todos ellos. En un mundo sin formas, las disciplinas culturales se transforman inevitablemente en un consomé para convalecientes.

Basándose en estas sospechas actúan entre nosotros dos tipos de profesores; pillos disfrazados de profesores, o, profesores que, para gozar de popularidad, juegan a pillos. Compiten entre sí por superarse en infamias; pero los lobos de una misma camada cuidan mucho de no devorarse entre sí, ahora bien, si espíritus como Vigo entran por error en su círculo, lo tratan como a un mirlo blanco; todos se unen contra él. Es todo un espectáculo verlos estrechar filas, como si les amenazara el exterminio. He aquí el resentimiento frente a las formas acabadas y las aptitudes y actitudes excelentes. Lo peligroso del mal ejemplo es que este cunde como la pólvora, puesto que la tendencia más natural del hombre es la que le conduce al arroyo. Por aquí se está seguro de ir a favor de la corriente.

De ellos reciben sus consignas los estudiantes, aunque sean de suyo de buen natural. No quiero descender a pequeñeces. En el análisis histórico se distinguen sobre todo dos perspectivas, una de las cuales se centra en los hombres y la otra en los poderes. Esto responde también a un ritmo en la política. Aquí monarquía, oligarquías, dictaduras, la tiranía. Allá democracias, repúblicas, el Okhlos, la anarquía. Aquí el capitán, allá la tripulación, aquí el gran caudillo, allá el cuerpo social. Los entendidos saben bien que estas contraposiciones, aún necesarias, son al mismo tiempo ilusorias; solo motivos que sirven para marcar la hora en el reloj de la historia (*recursos didácticos o heurísticos*). Muy contadas veces brilla un gran mediodía, en el que las contradicciones se resuelven felizmente.” *Concordia discordantia ordinum. Dígase una correspondencia general entre los fenómenos. Un contemplar que mantenga la unidad radical de la vida y no la historia de casilleros.*

EU39”Las formas estatales son para él (para Vigo) como las delgadas películas de piel, que van exoriéndose una tras otra. El Estado, en cuanto tal, por encima de las transformaciones, y más aún, causante de ellas; ésta es la gran realidad; ésta es, para Vigo, la norma y la medida. (*Aquí nos topamos con una vieja idea del historicismo alemán, presente también en Spengler, el estado como propileo histórico y categoría ética. Los estados realizarían la historia llamada horizontal. En esta línea cabría contemplar una obra como “El poder”, de Bertrand de Jouvenel, donde el hilo rojo de la historia es aquel, y más concretamente el poder político, tomado casi a la manera de una entidad metafísica que va articulándose bajo formas diversas, con una tendencia innata hacia la erosión de cualquier tipo de competidores y a invadirlo todo con sus tentáculos.*)

Siente predilección por ciertas formas, aunque sin comprometerse con ninguna, y menos aún con la actual; le cautiva, en cambio, la manera cómo van desprendiéndose unas tras otras desde el interior, desde la sustancia misma de la historia (*esta concepción histórica tiene un sesgo neoplatónico, aquí cabe añadir que las cosmovisiones emanatistas tenían un enorme atractivo para Jünger, que menciona en varias ocasiones a Plotino, a Porfirio, a Escoto Erígena, a Eckhardt, a Boheme, a Angelo Silesio y a Giordano Bruno*). Hombres y poderes se suceden, como si el espíritu del mundo se fuera cansando ya del uno, ya del otro, después de que cada uno de ellos ha intentado agotar su contenido (*agotar el repertorio de formas, manifestaciones del alma que los sustenta, en términos de Spengler*), aunque siempre de forma insuficiente (*pues el hecho nunca puede agotar la idea de la cual es reflejo*). ”

EU40”Todo es evolución, progreso hacia el paraíso terrestre. El señuelo puede agitarse indefinidamente.” *El paraíso es siempre un lugar inmóvil, en el paraíso no hay innovación, por eso el paraíso es en todas las tradiciones un lugar al margen del tiempo, un lugar que no evoluciona, donde no sucede nada, de ahí que Jünger diga que, para lograr algún tipo de estabilidad en la existencia, habría de alcanzarse una clausura en los medios. El propio Séneca manifestaba que la aceleración es síntoma de un espíritu enfermo, y no le faltaba razón. El progreso es sencillamente*

la zanahoria delante de la boca del asno, la eterna promesa eternamente frustrada. Paraíso y esjatón son ideas más allá de la vida tal y como la conocemos. En cuanto al progresismo, es una ideología profundamente antihistórica. La historia se pondera de modo coextensivo y no diacrónico (tomando a cuenta sus diversas manifestaciones coetáneas, las cuales siempre coligen con un determinado estado de conciencia, un horizonte anímico, pues hay que ver ambos lados de la cuestión, el objeto tanto como el sujeto, es más, el objeto junto al sujeto, ya que en el fondo constituyen una unidad, moviéndose con el mismo paso, insisto, con el mismo paso. Sobre esto se matizarán algunos detalles más tarde). Otro cantar es la comparación morfológica entre culturas. Expresiones como “se pararon los relojes” indican bien a las claras que la felicidad es per sé ahistórica, acontece siempre como fenómeno de disolución de la identidad (el éxtasis estético que, siendo pura representación, saca al receptor de la cadena causal, las cumbres del sexo) y por ende como abolición transitoria del tiempo histórico.

EU44”Había momentos en los que saltaban las puertas de la historia, se habrían las tumbas. Los muertos salían afuera, con sus dolores y sus placeres, cuya suma da siempre el mismo resultado (*Esta idea fue desarrollada casi obsesivamente por León Bloy, autor cuya lectura le fue sugerida a Jünger, como la de Donoso, por Carl Schmitt. Lógicamente es esta una idea refractaria a la idea de progreso. De ella participa también Spengler*). Se les conjuraba a salir a la luz del sol, un sol que los iluminaba igual que a nosotros. Un rayo tocaba su frente (*como en las Anunciaciones*): yo sentía el calor, como si el trilobites se agitara en mi mano (*arquetipos subyacentes que habilitan la existencia concreta, pues esta no es más que una actualización de aquel. El arquetipo posibilita también un renacimiento, o si se quiere, una resurrección*). Podíamos participar de su esperanza: la siempre desengañada esperanza, heredada de generación en generación. Se sentaban en medio de nosotros; a menudo no podía distinguirse al amigo del enemigo. Podíamos intervenir en sus asuntos. Éramos sus abogados. Todos tenían razón.” (*Aquí repetimos el todas las épocas equidistan de Dios de Ranke, el todas las épocas son en el fondo equivalentes, de Cioran, las resurrecciones de Michelet, la razón histórico rememorante de Gadamer (phronesis³⁶), la apocatástasis³⁷ de Orígenes, el unas cosas se ganan a la par que otras se pierden, de Eugenio Montale. El tiempo, en definitiva, mellando las picas del pasado, sustituyendo la bullanga por un silencio reflexivo y reparador en el que todos tienen cabida*), de ahí que se diga: EU200”No hay progreso, la suma de dolores es constante” Universalia in re.

EU48”La historia universal se mueve mediante la anarquía (*libertad y creación*). En suma: el hombre libre es anárquico, el anarquista, no.” *Aquí se intuye, por un lado a “El único y su propiedad”, de Max Stirner, autor sobre el que se realiza una disertación de varias páginas en Eumeswil, por el otro a Nietzsche y todos aquellos autores que atribuyen a las grandes*

³⁶ La phronesis se contrapone a la razón apofántica o demostrativa.

³⁷ La apocatástasis, idea atribuida a Orígenes, implica la redención de todas las culpas y la salvación universal, en el sentido de que todo vuelve a Dios.

personalidades la encarnación y consumación del sino histórico. En tal grupo entrarían hombres como Gombrich, en el sentido de que este no creía en una historia de los estilos o de las escuelas, sino en una historia de los artistas, lo que trasladado a la historia general se nos convertiría en una historia de los grandes hombres, de los hombres monitorios, creadores.

EU50”Todo historiador es, en mayor o menor grado, un anarca (*un gran solitario, pero un hombre solo, con la verdad de su parte, puede figurar frente a todos*); si tiene talla suficiente, a partir de esta base se convierte en juez imparcial (*pues solo la grandeza puede juzgar a la grandeza, ya que lo igual se conoce por lo igual. Véase a Nietzsche*). Un anarca, es decir, un hombre que no responde dogmáticamente frente a ninguna ideología, pues él se encuentra en otro plano.

EU56El viejo (padre de Venator), historiador liberal, un charlatán de frases hechas (*esa clase de historiadores optimistas, pejugeros, esto sí, lo otro no, que gustan de abusar de las grandes palabras, aun cuando aquellas hace tiempo que hayan perdido todo su sentido*). EU60“Las conversaciones durante las comidas son desagradables. Sólo saben tocar temas políticos y sociales.” (*La obsesión por lo social como síntoma de que lo personal anda falto de magnitud y poso. El reconducirlo todo al medio, a lo económico, al caldo en el que se disuelve la molécula conmutable. También el inveterado vicio de hablar de determinadas realidades sobre las que no se entiende ni jota, puesto que no se llevan dentro, y por lo tanto, nunca podrán reconocerse fuera, por ejemplo la libertad, que como bien dijo Nietzsche es la ascesis del gran hombre, luego no es manjar para cualquiera, un manjar, por lo demás, áspero. En último término mencionar el “mito de la solución”, de Jouvenel, digase la extraña idea de que hay solución para todo y esta radica en el poder político, pero aquí hay un problema, y es que el mal no se soluciona, como algunos pretenden, mediante intervenciones económicas (estas a menudo lo agravan y, por añadidura, el materialismo tiene siempre un efecto corruptor), sino con medios morales. La sociedad es la gran hipóstasis en el sentido de Feuerbach. El padre y el hermano de Venator hacen historia para justificar una ideología, es decir, por un desiderátum libresco. Venator, en cambio, hace historia porque siente su tempo, el tempo de la vida. Cuando alguien menciona una y otra vez a la sociedad, hay que sospechar la impostura.*

EU61”Incluso las conversaciones sobre nuestra especialidad carecen de aliciente, porque parten de puntos de vista muy dispares, que no tienen nada en común; a saber, el de un metahistórico, que ha abandonado ya el espacio histórico, con unos interlocutores que se imaginan moverse todavía dentro de él. Esto lleva a desajustes temporales en el ángulo de contemplación: los dos olfatean en torno al cadáver que para mí se ha petrificado en fósil desde mucho tiempo atrás. A veces la conversación es divertida...-cuando defienden ardorosamente valores que en Eumeswil no pasan, a lo sumo, de parodias. Entonces podría incluso tomárseles en serio: son el prototipo de una época.” *Lo metahistórico es el último sello que ha de fundir el historiador, y todos los historiadores*

de condición suprema están en ese nivel. El dar vueltas una y otra vez a cangilones que llevan un agua gastada y turbia es una práctica muy habitual en la historia, lo mismo que usar monedas quebradas. Rara vez un problema se ataca por su lado más fructífero y se lleva hasta sus últimas consecuencias, rara vez se discierne lo neurálgico de lo accesorio, rara vez se utiliza un concepto con la pulcritud debida, rara vez se usa de la imaginación, rara, rarísima vez se conecta el movimiento con aquello que permanece y de lo cual es mera expresión.

EU78”Para mí no es bastante que sepan calibrar el peso de los hechos; deben incluir también su eros.” *Dicho de otro modo, su voluntad y la coloración de dicha voluntad. Aquí volvemos a toparnos con una idea central, señalada ya demasiadas veces a lo largo de este trabajo, y es que el mundo se construye de adentro hacia afuera. Ponemos un ejemplo de esto para que si alguien anduviere todavía in albis lo entienda. Un materialista verá en el amor que un hombre siente por una mujer un proceso químico que se sustancia en su cerebro, para él, el fenómeno se reduce a eso, pero esta conclusión es absolutamente ridícula y choca contra cualquier reflexión seria del asunto. No negamos que se constate una variación químico eléctrica en el cuerpo del enamorado, pero este no puede ser el hecho original, sino la expresión fenoménica de una voluntad que lo precede, voluntad en el sentido de Schopenhauer, y es esa conducción anímica la que produce el cambio físico y no a la inversa. Aquí hemos de mencionar de nuevo al “Eros cosmogónico” de Klages, a “Racionalismo y Eros” de Ziegler, al hombre erótico de Sombart, al ens amoris de Scheler. El propio Ortega se horrorizaba ante la pretensión de Loeb de explicar los actos morales por medio de tropismos. Esta manía de remitirlo todo a un materialismo brutal es muy típica en los pensadores judíos.*

“del mismo modo que Vigo quiere ir más allá de la historia, también Bruno quiere ir más allá del saber; el uno más allá de la voluntad, el otro más allá de la representación. Para el gremio, el primero es reaccionario, el segundo utópico, los dos poco serios.” *Ambas figuras cotizan muy a la baja en las bolsas posmodernas, lo cual es una lástima, pues hacen más falta que nunca hombres de ese tipo, hombres intempestivos en grado sumo, hombres completos, hombres que sean capaces de tocar el ala del ángel y usar, en términos de Sorokin, de un conocimiento integral, es decir, de un conocimiento del que forme parte lo superrracional.*

EU83”Considero mal estilo histórico mofarse de los errores de los antepasados, sin tener en cuenta el eros vinculado a aquellos errores (*hay que sopesar la modulación de la vida propia de aquel entonces, su instalación, pues la ponderación de un hecho ha de ser correlativa a las demás manifestaciones de la época, y es en su conjunto que se nos revela el alma que la informa, por eso comparar una época con otra, al propósito de realizar una evaluación progresista es algo totalmente fuera de lugar, el propio Collingwood censura este tipo de cambalaches*). Nosotros no hemos sucumbido menos al espíritu del tiempo. La locura es hereditaria. Lo único que hacemos es cambiar de tema”. *Uno de los grandes alicientes de la historia actual es repartir palos a todo*

aquello que, dentro del pasado, no puede insertarse en la Gran Marcha del Progreso³⁸ la democracia y ese tipo de cosas, pero ya sabemos que tanto Spengler como Jünger repudian la historia teleológica, pues el fin de la misma, de haberlo, debería estar necesariamente fuera de la historia y no dentro (esta es una necesidad absolutamente lógica), y aquí, autores como San Agustín o Bossuet, andan muy por delante de ciertas cabezas contemporáneas. Esta historia de los sanedrines es, a nuestro entender, una historia poco seria, algo así como liarse a mamporros con una estatua.

EU88”Mi progenitor se apoya en la ideas, el domo (mayordomo del Cóndor) en los hechos. Esta es la diferencia entre el liberalismo y la liberalidad”. *Jünger nos remite a la diferencia que media entre ideas que a menudo no forman parte más que de la historia de la literatura, y los hechos, que a la postre se imponen sobre las primeras. Esta dicotomía nos viene referida en numerosas ocasiones por Spengler. Raymond Abellio, en su obra “La fin du nihilisme”, publicada en 1943, señaló una dialéctica muy interesante entre el hombre de poder y el hombre de conocimiento, en la línea de Jünger. La historia de las ideologías políticas (sistemas ético-políticos) oculta a menudo la historia de veneros más profundos. No queremos el teatro, esto ya no nos complace, queremos ver lo que sucede tras los bastidores.*

EU101”Los tres (Vigo, Bruno y Thofern, este último un filólogo) tienen también en común un enraizamiento directo en el mito, al que no han desnudado y secularizado al modo de los psicólogos. Por eso pueden someter a prueba a los dioses desde su propio contenido sustancial.” *Jünger tenía una pésima impresión del psicoanálisis y repudiaba una interpretación materialista de los mitos. Conocía a Mircea Eliade, y su propio hermano, Georg Friedrich, había escrito un libro sobre los mitos griegos que, para Jünger, era lo mejor de su producción. La dimensión mítica era para él consustancial a la existencia y por lo tanto inextirpable. Cuando los símbolos se resquebrajan todo comienza a perder consistencia, vemos las grietas allá donde miremos, y entonces sube hacia el cielo el humo negro de las efigies quemadas.*

EU123”Todo historiador sabe que pueden interpretarse tanto los hombres como los poderes bajo la luz de aspectos contradictorios” *Esta historia de claroscuros, esta historia entreverada y que huye de un maniqueísmo infantil y sin poros, esta historia estereoscópica, facetada dentro de la misma piedra, sería hartamente deseable.*

EU132”Cuando se llega a comprender, mediante una improvisación congenial, el fondo de los tonos, el flujo apasionado de aquella vida, entonces el tiempo del destino triunfa sobre el tiempo histórico.” *He aquí la hermenéutica empática de Schleiermacher (anticipada por Friedrich Schlegel y Fichte) junto a la captación del devenir que auspiciase Spengler. He aquí a Ortega. Ver las cosas por dentro, en su voluntad, en su anhelo*

EU168”Asesinato, traición, incendios, venganzas sangrientas, apenas tienen importancia

³⁸ Sobre este punto recomendamos leer el libro de Milan Kundera *La insostenible levedad del ser*, poniendo el énfasis en la parte sexta, titulada “La gran Marcha”, con sus reflexiones sobre el Kitsch.

para el historiador; largos periodos de la historia, por ejemplo la de los corsos, son infecundos. La historia tribal sólo adquiere importancia cuando repercute en la historia universal, por ejemplo en los bosques de Teutoburgo. Entonces nombres y fechas resplandecen.” *Jünger no es un cautivo del sortilegio de los acontecimientos, del hecho explosivo, su concepción de la historia, valga la expresión de Henri Berr y François Simiand, no es historizante, pues su propósito no es narrar, y tampoco “ir a las cosas mismas” a la manera de Husserl, sino atisbar los moldes, asociar y comprender. Aquí ha de tomarse la historia universal en el sentido de Spengler, como relación entre, o con, culturas políticamente articuladas, lo que este llamase historia horizontal. Jünger, al hilo de lo aquí manifestado, se pregunta si los huracanes mongoles fueron o no fueron historia, lo cual dependería del símbolo y de la impronta.*

EU200”Me permito repetir que prefiero la historia de la cultura a la de los Estados. Con aquella comienza y acaba la humanidad (*esto nos remite a las culturas como grandes sujetos históricos de Spengler, pero también a una historia íntima, de escritorio*). Por tanto, concedo también mayor importancia a la historia cortesana, incluidos sus amores y amoríos, que a la historia política y a la de los partidos” (*Jünger gusta de mencionar en este sentido al duque de Saint Simon y sus memorias sobre Versalles, amén de su predilección por Heródoto en detrimento de Tucídides. Señalar que ya Nietzsche había reclamado una historia de los sentimientos, o mejor dicho, una historia de los motivos, que como bien se sabe, no suelen responder a los criterios de la razón, y esto ya lo supo ver Hume*). La historia está hecha por lo hombres y, como máximo, regulado por las leyes; de ahí su inagotable capacidad de sorpresas.” *El hombre como Deus occasionatus, tal y como lo concibió Nicolás de Cusa. La historia como ámbito de la libertad, tan cara a Kant, a Hegel, a Croce, a Ortega, donde puede haber condiciones suficientes y condiciones necesarias, pero no determinismo. En la misma línea situamos a Roland Barthes, quien decía “La historia es siempre y ante todo elección y los límites de esa elección”.*

EU218”Como historiador, estoy habituado a descifrar; pero ahora debo adivinar: ésta es la diferencia entre la aproximación racional y la numinosa.” *Aquí entramos en la metahistoria que, parafraseando a Lenin, sería el grado superior de la historia, la historia de bucráneos y guirnaldas, una historia cum laude. Mentar que Schleiermacher concebía en su teoría de la interpretación dos momentos, uno comparativo y otro adivinatorio, este último implicaba una especie de superposición entre el historiador y la individualidad estudiada, de una cualidad casi mediúmnica. La posibilidad de una interpretación de esta clase se basaba en el monantropismo, o la idea de que solo existe un hombre del cual los hombres concretos son modulaciones. Para concluir queremos mencionar a la anagogía, “conducción hacia arriba”, interpretación que antaño formase parte del sensus spiritualis.*

ALA159”Orfeo vive en todo historiador.” *El artista, el músico, la personalidad intuitiva que escucha crecer la hierba y capta lo veneros íntimos en base a fulguraciones, aquel que puede*

calmar a las bestias y sacar a Perséfone del mundo infernal.

EU219”La capacidad de configurar mitos es, en cambio, ahistórica, no está sometida a un origen y una evolución; repercute de una manera incalculable e imprevisible sobre la historia. No pertenece al tiempo, sino que lo crea.” *Dos autores se descubren aquí en primera instancia, Plotino y Carl Gustav Jung*³⁹. *La historia muestra a menudo los sistoles y diástoles de las estructuras míticas. Cabe pensar que las ciencias de la naturaleza, a medida que profundicen en su fase mágica, se irán aproximando a los mitos.*

A esto se debe que los periodos finales, en los que se ha agotado la sustancia histórica y ya ni siquiera puede garantizarse el orden zoológico de la especie, estén desde siempre indisolublemente vinculados a una oscura y no expresada expectativa. La teología desaparece bajo la arena, cede el puesto a la teognosis: ya no se quiere saber nada más de los dioses: se les quiere ver.” *Quiliasmos, aunque vengan bajo ropaje técnico, y Segunda religiosidad, aquí entran el espiritismo, la teosofía, la antroposofía, los avistamientos ovni, la gnosis hiperbórea, los Annunaki, las creencias de la Nueva Ola, etcétera.*

“Es comprensible que un historiador que desespera de su oficio se muestre sensible al mito y tanto más vigilante cuanto más rechaza lo que su ambiente le puede ofrecer... Es decir, que se comporte como anarca.”. *El anarca es el elemento polar del monarca. Una especie de flaneur a tiempo completo, su constitución es por esencia refractaria a todo nudo y por ende no se deja enredar en valoraciones de tipo ideológico. El anarca participa de las corrientes históricas, pero las mira como lo haría el botánico con una planta rara, de modo que en su fuero interno no le vinculan, por eso las encaja sin entrar en la disputas acerca de su valor.*

EU300”Procedo de una familia de historiadores. Un hombre sin historia es como el que perdió su sombra. Es tornadizo y de odiosa manera. Los profesores de Uemeswil ofrecen en este punto materia más que sobrada de observación. La mitad son canallas y la otra mitad eunucos, con escasas excepciones. Estos son, o inactuales, como Bruno y Vigo, o sólidos trabajadores como Rosner. *Nietzsche consideraba que los grandes educadores*⁴⁰ *eran intempestivos y mostraban a sus pupilos con preferencia aquellas figuras que pugnaban con el tiempo presente, para que actuasen de contrapeso y piedra de toque. Cuando todo se mueve, el que se queda quieto resulta no solo inactual, sino también molesto, parece que manteniendo su posición está echando algo en cara a los demás. El eunuco es más comedido que el canalla, aunque suele ejercer con gusto de canalla cuando las circunstancias lo permiten. El eunuco anda al sol que más calienta, es un tibio, carece de posición propia y su mayor deseo es emascular al hombre libre, cercenarle el orgullo, el amor propio, la virilidad. En la aparente mansedumbre del eunuco radica un enorme peligro, pues ya se*

³⁹ Sin embargo, ha de mentarse que la concepción de los mitos de Carl Gustav Jung no tiene nada que ver con lo espiritual, aspecto que le censuraran, entre otros, Titus Burckhardt.

⁴⁰ Jünger tiene un libro titulado “Venganza tardía. Tres caminos a la escuela” donde se hace una crítica feroz del pedagogismo. Para Jünger la escuela moderna es una especie de ceca, dentro de la cual se amonedan, con la misma ley, las almas, adaptándolas al lecho de Procusto para mayor gloria de la Administración.

dijo que el mundo sería de los mansos. Pero para la historia hay que tener carácter.

EU304”El historiador sabe, por numerosos ejemplos, que los valores morales son muy poca cosa” *La historia lo que nos muestra es el resultado transitorio de una colisión de fuerzas, ni progreso moral, ni nada por el estilo. Esto eran las ilusiones de la Ilustración que, por exceso de intelectualismo, pronto se vieron arrojadas al charco. Ya dijo Nietzsche que la historia era la refutación continua de cualquier principio moral, y Cioran un estudio sobre las preferencias policíacas. Carl Schmitt, amigo de Jünger, jurista él mismo, afirmaba que las instituciones y el derecho estaban fundados en la fuerza, luego sin esta, no eran nada.*

EU334”Al historiador se le abre ciertamente un campo inagotable de análisis. Desempeña su oficio tanto mejor cuanto menos toma partido (*de ahí el anarca*); para él, las rojas amapolas no brillan menos que los blancos lirios, ni el dolor le conmueve menos que el placer. Tan pasajeras son las flores del mal como las del bien, pero se permite una ojeada por encima de la tapia del jardín.” “Si la historia tiene un tema no es el de la voluntad, sino el de la libertad. Aquí está su riesgo... y, con alguna precaución, podría decirse también que aquí está su tarea. La libertad es común a todos y, sin embargo, incompatible. La voluntad añade diversidad.” *Una imagen muy bella la de mirar por encima de la tapia del jardín, sobre unos y sobre otros, contando todos los hilos del tapiz. Nos recuerda a ciertas imágenes de los viejos libros miniados. La historia como libertad, ya se dijo, es común a Kant, a Ortega, a Croce. La noción de voluntad es de raíz schopenhaueriana, en el sentido de que la voluntad es la base del principio de individuación, por lo que modula el ser en la existencia. La diferencia está en que la libertad, técnicamente entendida, solo podría rastrearse en la voluntad, pero ya no en el mundo de las representaciones, el cual estaría sujeto al determinismo de las causas, por lo cual Jünger atribuye a la libertad los atributos que Schopenhauer pone en la voluntad. Enlazando con lo dicho tenemos que “La historia es la impronta que el hombre libre da al destino” 88LE. Una aseveración, esta, puramente spengleriana.*

EU368”Lo que solemos llamar fuentes no es, propiamente hablando, más que lo fijado, el sedimento en signos escritos de toda una época. Pero basta un golpe de martillo y el manantial brota de la peña.” *El gesto mosaico que hace surgir la vida, el devenir, de lo muerto, pero no con la vara hebrea, sino con el martillo de Nietzsche. Esta era la pretensión de Spengler. Hay, desde luego, más fuentes de las que Jünger señala, pero esto se lo pasamos por alto. Ha de preferirse al participio factum el gerundio faciendum. Insuflar vida a esas fuentes, he aquí una tarea para el historiador, en la cual los símbolos y los mitos jugarán de su parte.*

EU372”Pero ¿Dónde está, exactamente hablando, la historia?...¿en Plutarco tal vez? ¿En los magníficos discursos de los reyes y los capitanes antes de la batalla? Es indudable que Plutarco compuso estos discursos y los puso en boca de sus héroes. ¿Y por qué no?”. *De este párrafo se deduce un problema, a mi entender, muy interesante. Dado que la historia no tiene en verdad objeto, sino sujeto, ha de ser por fuerza ideal (tómese este término en el sentido de la filosofía*

idealista, no en su acepción consuetudinaria). Una vez dicho esto, volvamos a aquella afirmación que hice al inicio de este trabajo, a saber, que el escrutinio hecho por un investigador en el monte Testaccio no puede refutar a Gibbon ¿Por qué? Porque la obra de Gibbon se mueve en dos niveles, en el de la historia metódica y en el de la historia fundante, o historia viva, o historia en movimiento. La obra de Gibbon cobró una dimensión mítica, en el sentido de que pudo dar forma a la noción que una época tuvo del Imperio Romano y de sí misma. Esta no era una historia muerta, sino una historia aurática, anímica, transitiva, en acción. La obra de Gibbon es por un lado un libro del género historia como otros tantos, y por el otro historia eficiente en el sentido más puro del término, en cuanto elemento mitoplástico que ayuda a configurar el espíritu (o el imaginario) de una época, y a este nivel hay pocos ¿Y qué nos muestra a cambio de esto el hombre metódico que escarba en el Testaccio? Nada, solamente datos, que el aceite venía de aquí y no de allá, que se producía la cantidad x y no la y, que a mediados del siglo tal se constata un descenso en las ánforas. Lo cierto es que se puede alcanzar perfectamente el núcleo ardiente de la historia con un gran número de inexactitudes y orillarlo por completo mediante datos que se sitúan completamente al margen del devenir, datos que no tienen ningún tipo de eficacia en las conciencias, pues uno no puede mirarse en ese espejo. Carlyle llamó a la obra de Gibbon “el espléndido puente entre el mundo antiguo y el mundo nuevo”, y esta era una impresión muy aguda. Necesitaría más papel para desarrollar la tesis insita a este párrafo, pero no lo tengo, luego aquí lo dejo hasta nuevo aviso, no sin antes aportar una cita de Croce que entiendo viene como anillo al dedo: “Goethe, entre otros, mandaba al diablo a los que declaraban espurios y falsos los relatos del heroísmo de Lucrecia y de Mucio Scevola, firme en la convicción de que sólo es falso y espurio, lo vacío, lo obtuso, lo infructuoso, y nunca lo que es bello y vivificante” (HHL115).

EU377“El anarca debe guardarse, ante todo, de ser progresista.” Lo cierto es que, aunque quisiera, no podría serlo, su noción del tiempo y de la existencia es demasiado penetrante. El progresista no cree en el mal, no cree en la muerte, no cree en lo elemental y elimina de la vista lo que le resulta moralmente inaceptable, es decir, aparta de sí aquello que es más sólido para sustituirlo por una mezcla de racionalismo y quimeras. El progresista compara continuamente la historia con la utopía, pero la historia solo puede compararse consigo misma y no con un imperativo categórico. El anarca es un hombre necesario, ahora y siempre, el progresista es un hombre contingente. Como decía Croce, la mala teoría y la mala conciencia suelen ir unidas.

EU406”Por eso la historia no enseña nada. Sus grandes personajes se imaginaban modelar el futuro, pero en realidad eran engullidos por él, caían en sus manos. En el momento preciso, ocurre lo necesario. Así lo refleja, a posteriori, el hecho de que es irrevocable.” Esto se muestra en el dicho popular de que nadie escarmienta en cabeza ajena. Toda generación pretende inaugurar el mundo, y de hecho lo inaugura, aunque bajo formas cambiantes, con lo cual, las mentiras de antaño, lo mismo que las ilusiones, nunca caducan. El párrafo guarda un resabio hegeliano. Aquí nos

remitimos a la tres historias⁴¹ que concebía Nietzsche, la monumental, la anticuaria y la crítica, pero no somos grandes, ni piadosos, ni tenemos el coraje de plantar cara a lo imperante, nos limitamos a hacer ejercicios de papiroflexia. Esta tríada muestra una historia con forma a la par que una historia en forma. En lo intempestivo ejemplar están las tres.

EU412”La historia está muerta, lo que hace más fácil la mirada histórica retrospectiva y la mantiene alejada de prejuicios, al menos para aquellos que han conocido el dolor y lo han dejado a sus espaldas.” *El tema del fin de la historia, del advenimiento de un tiempo ahistórico, el tiempo absoluto de Marinetti, ya tiene larga la cola. Mucho antes de Fukuyama, Gehlen hablaba de la poshistoria, Roderick Seinberg del hombre poshistórico, Paul Valéry de “el tiempo del mundo acabado”, el filósofo Cournot de la posthistoria, Nietzsche de lo ahistórico y suprahistórico, Kojève del fin de la historia y el último hombre, y la hipótesis de que la ciencia transformará a este, incluso físicamente, fue asomada mucho antes de que amaneciera el transhumanismo por autores como Fiodorov, Teilhard de Chardin o Henri Wallon, esto sin contar a los apologistas del hombre máquina, hombres como Lamettrie, Condillac o Duplan. El literato francés Michel Houellebecq también incide en este vaticinio espeluznante, véase al efecto, y como botón de muestra, la última página de su novela Las partículas elementales. En un tiempo ahistórico, la historia ya no está en la vida, sino metida en una urna. Se la puede contemplar mejor, pero tal vez ya no se la pueda hacer. El culto actual a “la memoria” que es en esencia un culto a la desmemoria, no ha de llevarnos a engaño, lo que hemos de ver ahí es precisamente un síntoma agudo de que la historia yace en la cuneta, con un tiro en la sien.*

EU415”Para él (Vigo), Heródoto es el mayor de todos; sin una atenta observación del mito no hay, según él, historiografía bien cimentada.” “Los titanes limitan la libertad, los dioses la garantizan”. *El mundo de los titanes es un mundo esencialmente operativo, luego su ideal es el circuito cerrado, sin exterioridad, todo dentro del sistema, nada fuera del sistema. La libertad aquí, y a pesar de toda la palabrería legal, será cero y no puede ser más que cero. Los titanes lo osan todo, no reconocen los límites, para ellos nada es sagrado. Ya comentamos que en el núcleo de la historiografía de Spengler estaba una idea metafísica, a partir de aquí encarnaban las culturas. Repárese en que las mitologías responden a las unidades culturales, pero no a las unidades político administrativas, es decir, hay una mitología grecorromana y una mitología nórdica, lo que no hay es una mitología española o francesa, porque la mitología sencillamente se mueve en un estrato más profundo, en el cual la conexión es directa, dígame de otro modo, resulta superflua e inconveniente la mediación.*

H34”La tendencia a marcar un sendero al conocimiento es de tipo mineralizador. La ciencia se burocratiza y llega incluso a convertirse en una función dependiente de la jefatura de policía. A los profesores se les asigna la misión de cobradores de piezas.” *A este punto se ha llegado, a una*

⁴¹ Remitimos al lector a la segunda Intempestiva de Nietzsche *De la utilidad e inconvenientes de la historia para la vida*. Ya comenté que, en mi opinión, esta es la piedra Rosetta de la historiografía.

historia totalmente politizada (la única razón por la que se imparte historia en la enseñanza secundaria es para nulificar y escombrar los cerebros, nada más. Es indecente, pero es). Ya no basta con moldear el presente al gusto, hay también que imponer las versiones del pasado que nos plazcan, y quien rehúse, ese no come. Las nuevas versiones del pasado consisten básicamente en degradarlo, lo cual, según Nietzsche, es la evidencia de vivir entre hombres peligrosos y en una época expuesta a grandes peligros. Todo esto es consecuencia de la tiranía de lo políticamente correcto (un sistema totalitario de conciencia en palabras de Philippe Allot) reforzada por el derecho penal de autor, los delitos de odio, las fijaciones parlamentarias de la memoria, haciendo que esta sea un asunto de la administración, etcétera. ¿Cómo diablos se puede hacer historia bajo estas condiciones? Es volver a las catacumbas.

H92”Buscaba la decisión en el material acumulado, como si en él estuviera encerrada y de él hubiera que extraerla.” *Esta es la disposición historiográfica, por ejemplo, de Julián Casanova, (tal epistemología, creo, viene de la “Grounded Theory”) que la mera acumulación de datos por sí misma pueda comenzar a hablar; pero para que el muñeco hable, digo yo, hay primero que meter la mano dentro. La historia es una especie peculiar, sutil, de la ventriloquia.*

H206”Desde que la mentalidad de la época se afilió al determinismo materialista, la estadística regía amplios campos tanto de la praxis como de la teoría. Suministró así mismo los fundamentos de la historiografía.” *Reducción de la cualidad al número, degradación del símbolo a función. Hubo en la historia una fiebre cliométrica, de la que no se ha curado, al menos no del todo. La nueva historia cultural plantea un enfoque diferente, psicologista, constructivista, que no tiene nada que ver con la perspectiva morfológica.*

H210”Las modificaciones en los usos funerarios marcan las grandes fases de la historia; comparado con ellas, el simple cambio de los estilos es una realidad efímera. Hasta los Grandes Incendios, a los muertos se los sepultaba en tierra. De todas formas, había ido aumentando sin pausa la secta de los que preferían la cremación. Sólo más tarde se advirtió que esto era un símbolo anticipado del mundo de la aniquilación.” *Así lo interpreta Spengler. La importancia de las costumbres funerarias dentro de una cultura ya fue señalada, entre otros, por Herder, Vico, o Fustel de Coulanges. Este es un tema apasionante. Desde mi punto de vista la libertad tiene una relación directa con los usos funerarios. Esta conexión, al menos en forma de ensayo, no tengo noticias de que se haya sido desarrollada. Sí, han leído ustedes bien, en los usos funerarios, no en las constituciones, ni en las filosofías de despacho, ni en los bordados de las banderas, ni en los mármoles quirritarios.*

H106 “No ha habido ningún otro momento en que hayan dominado en la enseñanza de la historia unas nociones tan extrañas como las que hoy dominan. El propósito de todos los sistemas es poner trabas al aflujo metafísico, es domar y amaestrar a la gente en el sentido de lo colectivo.” *Tiranía y nivelación (la tiranía y la obsesión por la igualdad van siempre de la mano, cosa que ya*

intuyó Tocqueville. Este tema ha sido desarrollado por autores más cercanos como, por ejemplo, Claude Polin⁴², en su obra “El espíritu totalitario” (1977). El reino de la cantidad en palabras de René Guenon. Isovalencia, es decir, la insignificancia dando vueltas y vueltas como un hámster dentro de una rueda inmóvil. Esto, utilizando el método morfológico, se puede ver allá donde uno mire, en lo pequeño lo mismo que en lo grande.

H181, “todo historiador auténtico conoce el estremecimiento ante los hechos. Todavía no he visto a nadie en la historia que haya acabado bien”. Porque la historia es una tragedia siempre renovada. Es buena metáfora de la misma el ángel de Walter Benjamín, un ángel que se lleva al tiempo prendado en las alas sin saberlo, sembrando la destrucción a sus espaldas. Faye la compararía con las asíntotas trigonométricas de la teoría de catástrofes. ¿Y qué es lo que impera en la tragedia? El sino. Vemos aquí una hermenéutica de la nostalgia, un sentimiento de la pérdida, el estremecimiento de un tiempo que colide con lo absoluto. Julius Bahnsen, discípulo de Schopenhauer y campeón de la caracteriología, consideraba que la tragedia era el núcleo del mundo, sin la cual este no podría subsistir. Así es.

Jünger, aparte de lo señalado, trató con bastante imaginación asuntos históricos más concretos, abundándose en esa “pregunta historiográfica” de Droysen, a la que más tarde Febvre pusiere la toga viril, convirtiéndola en la historia problema. Paso a señalar alguno de ellos:

EU225. **Los modelos de la historia intermedia.** Lo que en ciencias duras serían las teorías de alcance intermedio. Problemas localizados, históricamente concretos, que apuntan a una serie de hipótesis en cuanto a su resolución. Luego no modelos universales.

EU242. **Paralelos históricos y protoproblema.** Un protoproblema es, por ejemplo, cómo rutinizar un movimiento revolucionario, o cómo suturar un vacío de poder.

EU281. **El “inclusum”.** Se refiere Jünger a la oscuridad que ciertos fenómenos plantean al historiador a causa de su extraña naturaleza. Un ejemplo de inclusum sería La gran caza de brujas.

EU299. **La relación Padre-Hijo como problema histórico.** Esta dicotomía guarda parentesco con la que se establece entre Guerras de los padres – Guerra de los hermanos, y también entre Guerras universales versus Guerras sociales. La relación padre-hijo se puede plantear de un modo concreto, un ejemplo serían el zar Pedro I y su hijo Alexei, y de un modo más abstracto e interesante, como interacción generacional, interacción que puede ir desde la continuidad en las formas hasta la ruptura y la lucha abierta, dependiendo esto del ritmo de aceleración histórica, pues si este es elevado, los hitos se descuajan y hay que amojonar de nuevo el terreno.

La relación entre el analfabeto y el escriba como problema histórico.

⁴² Polin señala algo que nos resulta de pura lógica, y es que la mentalidad economicista (la economía sobre todas las cosas, y poco importa si esta tiene un sesgo liberal o socialista) conduce necesariamente al totalitarismo.

EU383. **Los intermedios románticos.** Fases que separan la aparición de nuevas escenas históricas. Tiempos liminares, de transición, donde formas del pasado van perdiendo sus perfiles, aunque todavía sin implosionar, y formas del futuro van cobrando apresto, aunque todavía sin mostrar el cuajo. Estas fases son de natural hiperestésicas. La intuición de que acontecerá un brusco cambio de paso, induce, bien por repulsión, bien por melancolía, a solazarse con las formas del pasado, precisamente aquellas que pronto periclitarán. El historicismo artístico es un buen ejemplo de esto. El intermedio romántico se presta a figurar de bisagra entre lo que Saint Simon llamase épocas orgánicas y épocas críticas.

EU402. **Los hombres del bosque frente a los hombres subterráneos.** Esta dicotomía colige con la pregunta sobre qué es lo importante, la libertad o la economía, la libertad o la técnica, el número o la cualidad. En los primeros impera el árbol del conocimiento, en los segundos el árbol de la vida.

EU414. **La precorriente.** Movimiento todavía sin decantación. Se percibe un estado general de inquietud, pero aún las formas andan en conato, sin mostrar siluetas acabadas. Por ejemplo, los años que precedieron a la Gran Guerra, durante los cuales, según Jung, se fue cristalizando una auténtica epidemia psíquica que desembocó en el entusiasmo dionisiaco de las primeras movilizaciones.

EU336. Vigo celebra un seminario sobre las figuras de Lucio Junio Y Marco Junio Bruto, comparándolas desde todos los puntos de vista posibles. Aquí están planteadas tres cuestiones muy gratas a Spengler, el de la protobiografía, el de la persona significativa, y el de la pseudomorfosis. Y una cuestión axial en Jünger, la de la libertad.

NG. Se estudian las relaciones entre el Este y el Oeste desde una perspectiva morfológica, y por lo tanto, completamente diversa a la que utiliza, por ejemplo, Sorokin.

H334”Ciertamente que él, Lucius, se sentía más cerca del tipo de Fortunio, que buscaba los tesoros más allá de las Hespérides, en aventuras vividas en remotísimos lugares. También allí reinaba la soledad. Pero los tiempos fluían más del corazón que del espíritu. Eran éstos los últimos viajes, los frutos postreros de la vieja raza de los héroes. Cuando se daban la mano el comienzo y el fin, se retrocedía a la edad de los mitos. En estos espíritus llegaba a su plenitud el ímpetu de los investigadores y descubridores góticos, se extinguía la voluntad de poder. Esta había quedado disuelta por las riquezas, por la sobreabundancia; pero su origen fáustico seguía siendo perceptible incluso allí donde sus metas coincidían con la de los magos” Este es un párrafo profundamente Spengleriano, y por ello, impregnado del pensamiento de Nietzsche. Raza de los héroes, descubridores góticos, poco falta para que se meta en liza a la bestia rubia, al animal señorial, de rapiña. He aquí la cultura fáustica, el Occidente por cuyo cielo las ánades se llevan las almas hacia el Mare Tenebrorum sobre el que muere el sol, siempre mirando más allá, el pathos de la

tercera dimensión, el espacio y el tiempo en estado puro, lo querencia por lo sublime. Cabe mentar aquí que Jünger dividía históricamente la técnica en tres fases; titánica, racional y mágica.

H338”Se decía, por ejemplo, que reducía demasiado unilateralmente los aspectos literarios a referencias teológicas. Afirmaba que la historia de la literatura era hueca y vana si no recurría, como medio esencial, a la historia de la religión. En este sentido, comenzaba siempre por exigir a sus discípulos que averiguaran ante todo el contenido de fe de un autor, en cuanto fuente de su poder creador” *Esta idea es capital en Spengler, donde incluso el tipo de ciencia que se hace depende de la idea de Dios que se tenga, y no olvidemos que la ciencia fáustica fue impelida en primera instancia por el conocimiento de Dios, hasta que su engrimiento llegó a tal punto que el hombre tomó su lugar*⁴³.

H349”El país de los Castillos es más fuerte que cualquier posible movimiento, más fuerte incluso que la realidad. A veces, ésta se acerca a él. Y entonces los espíritus fuertes lo redescubren como redescubre el arqueólogo genial las ciudades míticas”. *El país de los Castillos es el país de la Tradición, con T mayúscula, y más allá de esta, el país de los mitos fundacionales. Curiosamente, ese país en la novela es una Asturias gobernada por un tal Dom Pedro. Esto me trae a las mientes que, en la opinión de Carlos Javier Blanco, es aquí, en el año 722, donde comienza el impulso fáustico (para Spengler comenzaría en torno al año 1000). Esta sería para él la primera frontera o marca espiritual de Occidente, la plataforma desde la que despegó el cohete. Hay tres tipos de fronteras: históricas, espirituales y de la sangre, y no necesariamente coinciden.*

H406”El jardín reflejaba la poderosa quietud de un espíritu que no necesitaba lo nuevo, sino lo siempre repetido. Ortner no sentía gran estima por los planes de los Reformadores del mundo. El futuro se halla en el instante bien cumplido; el mundo, en el círculo más íntimo”. *Estas ideas son Nietzsche ciento por ciento; de hecho, Nietzsche decía que la historia se consumaba en todo gran hombre, pero nunca en un fin colectivo dispuesto en la lejanía, léase al efecto su segunda intempestiva. Jünger asocia lo vegetal a la vida y lo mineral al nihilismo, no por casualidad el Procónsul, antagonista del Prefecto, es un amante de las flores y los frutos. Hay aquí una referencia al hortus conclusus, al refugio de la amicitia frente al alud. No ya el eterno retorno, sino el retorno de lo eterno.*

H410 Aludiendo a Phares, comandante de la nave del Regente, se dice que es ”Un vikingo de las profundas trayectorias.” *He aquí por vez enésima el sentimiento fáustico de Spengler, quien en La decadencia de Occidente habla de vikingos de la sangre y vikingos del espíritu. La propensión a alcanzar un punto en el que coincidan la velocidad absoluta y la absoluta quietud. El Regente vive en un mundo donde se han clausurado los medios y se ha producido una enorme espiritualización, que era la única esperanza, en el largo plazo, que Jünger ponía en el desarrollo*

⁴³ Léase el fragmento titulado “Por tres errores”, en la Gaya Ciencia de Nietzsche, fragmento treinta y siete, libro primero.

de la técnica. Llevan, como los viejos reyes, máscaras de oro, pero no anillos. Están en un plano donde ya no es efectiva la maldición de la manzana.

ERDA93”Hemos de admitir, sin embargo, que así como en la época de Kant los seres humanos daban vueltas en torno al conocimiento, hoy nosotros estamos empezando a girar alrededor del ser, el destino y el carácter. Son dos estilos de pensar distintos y a menudo también hostiles entre sí como el día y la noche, y llevan a modos distintos de valorar el tiempo; en el primer caso se lo concibe como forma del conocimiento, en el segundo caso, como forma del destino.” *Spengler en estado puro. Frente a los excesos racionalistas, el historicismo, el vitalismo y la perspectiva. Este asunto ya lo señaló Ortega, por ejemplo, en su escrito En torno a Galileo. Aquí tenemos el principio de la significación de Rothaker; la actitud radical hacia el mundo y hacia la vida de Herman Nohl, la unidad de la conciencia de la vida de Groethuysen, el realismo volitivo de Frischeisen, al Ordo Amoris de Scheler (quien malcomprendió, todo sea dicho, la noción de sino en Spengler, y cuya valoración de los procesos de isovalencia está en las antípodas de los pensadores del conservatismo). Recuérdese que Nietzsche consideraba a la formación erudita como un obstáculo para la educación superior. Aspiraba a una ecuación cultural de gran clase que obrase dentro de la vida, pero no contra la vida.*

ERDA106”Para la cultura no son menos importantes las limitaciones que los inventos, pues siempre ha de salvaguardarse la armonía de los motivos que en ella intervienen. A un estilo lo define no menos que el rechazo de ciertos sonidos, colores y formas que el empleo y la elección de otros.” *La ética de la tolerancia, que no es ninguna ética, conlleva inevitablemente la confusión, bastardización y muerte del sentido de la forma, y recordamos aquí una vez más que la forma es distinción, y la distinción es la forma básica del conocer (lo primero que hace un niño es distinguir). Ética, en puridad, es otra cosa. A veces, para comprender el sentido de las palabras conviene ir a la etimología. Las culturas tienen una porosidad limitada, transcendido determinado punto, se descomponen. La civilización, en cambio, es capaz de adoptar todos los motivos, por el mero hecho de que estos se vuelven inorgánicos, como flores arrancadas del suelo y puestas a la venta sobre los estantes de un baratillero, es decir, pura decoración.*

ERDA123”Occidente no conoció tampoco una técnica propia hasta que no logró su primer estilo autónomo, el gótico.” *Lo autónomo es el síntoma de la eclosión de un alma, y dentro de esta, todas las manifestaciones son correlativas, aunque pertenezcan a diferentes ámbitos, correlativas en el sentido morfológico, no funcional. Aquí comienzan, junto a las grandes catedrales, la artillería, la polifonía y los relojes dentados.*

ERDA137”La catedral gótica no es una construcción que nos aisle de los espacios infinitos- tiende a penetrar en ellos. Nunca antes se habían conocido templos semejantes.” *Gótico y barroco, entre los cuales hay muchas más similitudes de las que a primera vista aparecen, aspecto señalado en primera instancia por Worringer, son expresiones genuinas del alma fáustica. En las bóvedas*

góticas estaba a menudo pintado un cielo estrellado. Los quadraturisti hicieron que las bóvedas barrocas se desintegraran en el infinito. El gótico es una arquitectura de empuje y contrarresto (una polifonía en piedra), el barroco es una arquitectura telescópica y de intersecciones. Ambos son estilos vivos, musicales, anhelantes, tremolan como los gallardetes de las mesnadas señoriales. Estilos del anhelo y la potencia. Cabe mentar aquí que Schiller consideraba a la poesía clásica como corpórea, por contraposición a una poesía occidental, moderna, cuyo máximo valor era la tendencia al infinito, que es en puridad la tendencia fáustica.

LT68”Distinguir entre la cultura y la técnica es un presupuesto de la pulcritud espiritual, como lo es asimismo distinguir entre el creer y el saber. La vida se convierte en una tragedia si no se hace tal distingo.” *Para Goethe era más importante la figura que la estructura. La distinción entre cultura y técnica es reminiscente de la distinción entre cultura y civilización, ya que, en la civilización, según la entienden Spengler y Jünger, la técnica tiende a ahorarlo todo, se hace omnipresente, mete sus dedos en todos los lugares, sin excepción (esto es compartido por multitud de autores, sirvan como botón de muestra Flaubert, Paul Bourget, Charles Peguy, Lewis Mumford, Waldo Frank o Wyndham Lewis). La cultura siempre deja un allende, un resto inasimilable, llamémosle como queramos, en cambio, la técnica lo mete absolutamente todo en el troquel. Nietzsche pensaba que los tiempos venideros no tendrían ya nada que ver con la cultura, serían tiempos obturados por los idólatras del proceso.*

LT82 “El mito es más fuerte que la historia; ésta lo repite en variantes”. *Todas las sociedades se apoyan en el mito, esto incluye a la actual, porque en el mito están los modelos esenciales de la existencia, las formas primeras, por lo tanto la historia los modula, pero no los abole. Unas veces se refugian en estratos muy profundos, otras aparecen vestidos de tal manera que a duras penas se los reconoce, por ejemplo con el atuendo de la utopía, lo cual no deja de tener su peligro. Cabe pensar que el mito resista incluso fuera y más allá de la historia, pues remite al origen.*

LT204”También hay que prevenir contra los historiadores; se envilecen hasta el punto de convertirse en meros peones y cómplices del periodismo.” *Esto es algo que está sucediendo a día de hoy por doquiera. Uno no distingue bien al historiador del vendedor de seguros o del empleado del ministerio de fomento, lo cual supone que no hay historia crítica, al menos no esta sería tendría su mayor repercusión, en la Academia. La historia está en su mejor parte acobardada (esto no se puede decir, lo otro tampoco), en lo peor llena de personas que no tienen talento histórico. Ha perdido su orgullo, su amor propio, y estas cosas tan sutiles, cuando se sacrifican, no suelen volver jamás. La historia tiende a convertirse en el rucio de los plutócratas, en una sección de la militancia y el progresismo.*

LT247”En nuestro siglo plantar cara a los ateístas podría llegar a ser tan peligroso como lo fue enfrentarse a los dominicos cuando estos se encontraban en su mejor momento. La inquisición

es una cosa permanente.” *He aquí el Ateísmo fáustico de Spengler; un ateísmo intransigente, furibundo, con voluntad de imposición. Los comecuras de hogaño y los enciendehogueras de antaño pisan sobre la misma huella, morfológicamente son fenómenos homólogos. Los césares y tiranos de todos los ayeres están aquí y ahora, aunque adaptados al traje y a la situación. Esto tampoco lo entienden.*

LT249“La vida es avance y retroceso, curso y recurso, como cuando rompe la ola: rueda hacia atrás y recupera su fuerza originaria en el punto donde comenzó.” *Corsi e ricorsi de Giambattista Vico (comentarista a su vez de los neoplatónicos italianos).*

LT251. *Aquí se menciona la Ley biogenética de Haeckel. Recordemos que, según Spengler, en todo individuo significativo se reproduce el sino de su cultura, un poco a la manera en que acorde a la ley de Haeckel, los estadios superiores de la vida recapitulan en su formación biológica, fase nonata, a los inferiores.*

NG67”La impresión causada por un acontecimiento que nosotros calificamos de histórico mundial no puede basarse ni en su extensión ni en su duración; a eso habrá de agregarse un sentido simbólico que irradie su luz por encima de los tiempos y los imperios.” *Ejemplos de tales acontecimientos son la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, con el emperador Constantino XI pereciendo en primera línea, espada en mano, la avalancha de los jinetes alados polacos en Kahlenberg durante el segundo asedio de Viena, o la Segunda Guerra Mundial, a la que Jünger caracteriza con precisión como guerra cosmopolítica, ver LTV76. Según un razonamiento causal, la Segunda Guerra Mundial es una consecuencia del cierre en falso de la Primera, habría pues una relación entre ambas de causa y efecto, pero, desde el punto de vista morfológico, no tienen nada que ver, son dos acontecimientos de significación por completo diferente.*

NG110”Lo que hace el historiador cuando formula su juicio sobre la grandeza es repetir esas mismas discusiones como juez de los muertos. Para desempeñar ese cargo él mismo ha de ser grande como historiador. Ha de ser capaz de ver aquello que brilla detrás de los hombres y sus hazañas.” “El juicio sobre los hechos cambia. Los hechos son reclasificados una y otra vez y concebidos de manera diferente. También puede ocurrir que ciertas decisiones que fueron tomadas en un determinado momento sean elogiadas hoy y condenadas mañana, según las fuentes que se descubran y según las corrientes del Zeitgeist, el Espíritu del Tiempo. Pero eso no tiene nada que ver con la grandeza. Una decisión errada puede encerrar más grandeza que una acertada, y un desastre más que un éxito. Pero el juicio apenas ha oscilado nunca en lo que se refiere a esa grandeza que se halla detrás de las hazañas como su auténtico poder. En los jueces competentes en este asunto: los poetas épicos, los poetas trágicos y los historiadores, encontramos desde los inicios hasta nuestros días una consciencia común.” *Jünger alude con la grandeza histórica a la encarnación de un símbolo, este es el que define la grandeza y hace que perdure, pues el símbolo es en última instancia indestructible (de aquí se deriva la satisfacción de quien se acerca a ellos).*

Alejandro Magno sería un ejemplo de grandeza, por lo cual su figura adquirió una condición mítica, pues a pesar de todos sus dislates encarnaba un símbolo, y esa grandeza surcó incólume las edades. Pero la grandeza también se halla en aquellos que, sin esperanza, se obstinan en permanecer firmes sobre lo que Jünger denomina “posiciones perdidas”. Esta grandeza nos la transmite la llamada por Nietzsche historia monumental, que tiene un valor modélico. Aquí, respecto a las relaciones entre poesía e historia, me gustaría mentar la obra de un autor español, José Carlos Bermejo Barrera, el título: “Sobre la historia considerada como poesía”.

NG116”La genuina comparación histórica no se basa en los simples parecidos; sin ser parecidas, dos situaciones pueden ser idénticas, y, a la inversa, siendo parecidas pueden ser completamente distintas. De la identidad forma parte precisamente algo idéntico y eso siempre lo será tan sólo algo que está oculto en la situación, algo inmutable que está situado detrás del escenario y sus personajes, peripecias y vestuarios.” *Analogía y homología. Jünger, por ejemplo, contempla la guerra de la Vendée desde una perspectiva morfológica y la conceptúa como una guerra gótica, en la línea de la Guerra de los campesinos alemana de tres siglos antes. Este párrafo es filosofía de la historia a la manera de Spengler de hoz a coz. Infiérese que, de la aproximación morfológica, se deducen taxones históricos muy diferentes a los que hoy en día tienen valor de moneda en curso.*

NG127”Los vicios y las virtudes de los poderosos se nos revelan frescos como en sus propios días, nítidos como tallados en una gema. ¿A qué se debe ese poder que vence al tiempo, propio del gran historiador? Sin duda únicamente a que ha entrado en contacto con el núcleo intemporal que existe en el ser humano.” *Exacto.*

NG136”Más importante que el progreso técnico, que nunca podrá ser otra cosa que una palanca, pero jamás un valor, es hacer visible aquello que en el ser humano es grande y libre, enseñar y comprender que existe una jerarquía histórica y teológica de las acciones y las obras.” *Una diferencia de rango, y ese rango en gran medida viene determinado por lo acabado de la figura y por la conexión de esta con el símbolo. Establecer una jerarquía, ponderar el peso específico de los acontecimientos, es un cometido esencial del historiador, para lo cual ha de tener una balanza muy precisa. Se alude una vez más a La técnica comprendida como medio, nunca como axiología y nunca contra la axiología, pero esto en la realidad resulta muy complicado, dado que la técnica no es un elemento neutro, como con cierta ingenuidad se pensara antaño, sino la hija predilecta de aquel que robó el fuego a los dioses, y en un mundo meramente operativo, se calza los escarpines rojos y pretende ir a donde nunca llegó ningún tirano.*

NG162”No es lo mismo que se repitan acontecimientos, como se repiten en la marcha del reloj las posiciones de las manecillas, o que retornen figuras, personajes, como retornan las piezas en una nueva partida de ajedrez. En el primer caso el pensamiento histórico estará dirigido a captar, en forma de diagnóstico y pronóstico, las situaciones temporales, en el segundo caso dará un juicio

caracteriológico. El primero sabe qué hora es; el segundo con quien tiene que habérselas.

En ambos casos el historiador será capaz de aplicar criterios al decurso cronológico y capaz, por tanto, de cultivar la historia como una ciencia-nombre que Schopenhauer no concedía al conocimiento del giro calidoscópico de los acontecimientos. Pero quien conoce y sobre todo reconoce, bien las posibles constelaciones del calidoscopio histórico, bien los pedacitos de cristal que en él hay, dispone de claves y abreviaciones. La ventaja de que goza es la ventaja del químico que posee una noción de los elementos frente a quien conserva en su memoria innumerables combinaciones. *(No acumulación de casos, sino alcanzar el punto en que se identifican las esencias y se visualizan las conexiones fundamentales, atinar con el sentido profundo de los acontecimientos, hallar en lo singular el modelo, lo mismo en lo diferente, lo diferente en lo aparentemente igual, en la combinación, sus diferentes elementos. Una historia de reconocimiento morfológico, pues solo se reconocen formas, y reconocer es conocer. Esto nos resulta afín a la posición de Eugenio D'Ors, que propugnaba para la historia, no la búsqueda de leyes, como hacían Hempel o Gardiner, sino de constantes).*

Es cierto que los caracteres históricos no poseen la pureza de los elementos; por esa razón será necesario que el historiador tenga en sí también algo de artista, un toque de vidente. Su campo de trabajo es parecido al del tablero de ajedrez, en el sentido de que ni la ciencia ni el arte pueden reclamar enteramente para sí ese campo, aunque ambos confinen con él”. *Sin esta visión profunda se pueden escribir libros de historia, ir al parlamento a perorar sobre historia, ser invitado a las grandes fundaciones para dar conferencias sobre lo que uno en verdad no entiende del todo, se puede hacer todo esto y no ser historiador, es más, se puede hacer todo esto y ser en verdad un enemigo declarado de la historia.*

NG176”Muchas son las razones de que hoy se haya convertido en un riesgo levantar estatuas del gran hombre en lugares dominantes, pero todas ellas confluyen en una causa central: la fuerza historificadora se ha agotado. Con ese agotamiento está estrechamente relacionado el hecho siguiente: ha dejado de ser creíble la grandeza histórica encarnada en una persona. El lugar ya no es dominado por el ser humano, sino que es él, el lugar con su constelación, el que confiere poder funcional al ser humano. El ser humano, también precisamente el que ocupa la posición más elevada de todas, se vuelve fortuito, se vuelve intercambiable.” *Cuando uno compara los monumentos memoriales de antaño con los de la época actual, dan ganas de llorar, es sencillamente grotesco. Una época ahistórica y funcional, como la nuestra, ya no tiene tímpanos para esas músicas, sencillamente no las escucha. El sistema de circuito y flujo, con todas las dendritas conectadas a un mismo axón, tiene que derivar en estas cosas, puesto que reconoce la función, pero no la magnitud interna, ni el rango ontológico, ni el símbolo. Pensemos ahora en eso que hoy llaman poliamor, pues bien, este es sencillamente una manifestación, de tantas, del mundo contemplado como mera función. Este es el símbolo primario del tiempo actual. Recordar que*

tanto Heliópolis como Eumeswil son en cierto modo novelas del fin de la historia.

205”Cuando hablamos del riesgo a que está expuesto el género humano como tal, no estamos pensando tanto en el peligro físico cuanto en el peligro metafísico que corre (*hay una relación entre ambos*). Desde un punto de vista histórico este último peligro significaría el agotamiento de la producción, entendida la palabra producción en su sentido profundo, es decir, la producción en el reino del arte, de la literatura, de la filosofía y también de la historiografía.” *Estas manifestaciones, a día de hoy están agotadas interna y externamente. La literatura es pésima, la filosofía pedante y cascada, la historiografía se realiza a menudo con espíritu antihistórico y el arte es una cazoleta de repeticiones y confusión, cuando no una desagradable tomadura de pelo, pero... ¿Cómo podrían ser las cosas diferentes cuando hay una pérdida pavorosa de la fisonomía individual y social? Se trataría de volver a sorber el tiempo con una pajita, de hacerlo laxo, de sentirlo no como medio, sino en su realidad originaria, como devenir; lo cual implicaría un retorno de las formas, de las distinciones.*

ET156 “La profundidad de la revolución en la que estamos inmersos se acredita precisamente en el hecho de que destroza aun los estamentos primordiales.” *Los estamentos primordiales tienen un profundo simbolismo, y hoy, todo se reduce a cuestiones funcionales, luego no tienen sitio en este tipo de mundo. Lo mismo le sucede al gran solitario, al hombre singular, a ese que, como el Fausto de Goethe, dice: “Sin embargo, Yo Quiero”.*

ET188”La división unitaria del tiempo en pasado, presente y futuro es una división aplicable, sin duda al tiempo astronómico, pero no al tiempo de la vida o del destino. Hay un tiempo astronómico, pero a la vez hay múltiples tiempos de la vida; y, como si fueran relojes, cada uno de ellos está moviendo su péndulo con un ritmo propio, al lado de los demás.” *En mi opinión es dudoso que el tiempo secuencial pueda siquiera aplicarse al tiempo astronómico. La noción de punto cero es una noción propia del Dios hebraico, ese que creó el mundo ex nihilo. Esta concepción persiste, aunque sin barbas blancas de por medio, tanto en el progresismo como en el evolucionismo, pues ambos dependen del punto cero, que es un punto deíparo. Pero el tiempo moviéndose en ciclos y conectado con la eternidad no precisa de semejantes componendas. Desde este punto de vista, y sirva lo que viene como ejemplo, decir que el Universo comenzó hace cinco mil millones de años, o que el hombre apareció hace dos, es completamente ridículo. La ciencia está incorporando visiones cíclicas del tiempo por una razón muy sencilla, y es que la visión lineal necesariamente la conduce hacia un primer motor; es decir, hacia Dios.*

ET201”Se hace patente una voluntad de configuración que intenta captar la vida en su totalidad y ponerla en forma.” *Esta expresión, “ponerse en forma”, lo mismo que “ser de raza”, es característica de Spengler. Poner la vida en forma supone hacerla despierta, operativa, vigilante, resistente.*

ET201”Los grandes testimonios, las maravillas del mundo, los signos de que la Tierra es la

morada de unos seres excelsos, son compatibles entre sí únicamente en lo que respecta al rango, pero son incomparables en lo que respecta a su especificidad.” *He aquí el principio de autocentralidad e inconmensurabilidad de las culturas derivado de Herder y presente en Spengler. El propio Nietzsche, en la misma tónica, decía que: “Las culturas son climas espirituales” ECYSS123.*

ET211. Relación entre el sello y la impronta superior a la de la causa y el efecto (*Spengler, Keyserling, algo del hilemorfismo aristotélico, Croce, y en el fondo, Platón. Morfología frente a empirismo ingenuo y racionalismo*) Relación alma y figura (*Esta distinción se comprende si pensamos, con los términos de Schopenhauer, que el alma es la voluntad, algo que está más allá de la cadena causal, y la figura es su representación*). Relación entre empuje y tracción (*Es una relación de divergencia en la posición. Con el empuje se aplica fuerza a una situación para generar un desplazamiento en la misma. Con la tracción, una situación ya madura genera un poder de arrastre en gran medida inercial*).

ET279”La técnica encierra en sí una ofensiva contra los sistemas históricos y contra los poderes culturales.” *Esta es la batalla que en Heliópolis mantiene el Procónsul, que vive en un Palacio, contra el Prefecto, que vive en la Oficina Central de Convergencia. Cabe señalar que los elementos más tétricos y malevolentes de la novela son científicos imbuidos hasta el tuétano del materialismo y la razón instrumental. La técnica desdeña la historia, se conecta con el dominio y con la utopía, pero rompe los eslabones del pasado.*

ET294”Acaso se permita ahora por última vez echar una mirada al mundo histórico. La metafísica es un lujo y lo ha sido siempre; esto es así especialmente en el interior de la aceleración.” *La aceleración es anómica y está orientada hacia el futuro, la metafísica hacia el fundamento y el origen. Con la velocidad se pierde nitidez en la percepción, las formas se diluyen y los puntos de referencia se pierden. La aceleración es por un lado absorbente (uno ha de ir concentrado en el volante) y por el otro disolvente (resulta imposible captar el paisaje). La lentitud, en cambio, es conectiva. Esta era la matemática existencial de Kundera.*

La edad de la técnica, en cuanto sistema puramente operacional, es profundamente antihistórica y profundamente antimetafísica, dicho de otro modo, es profundamente antihumanista, pues en el hombre hay cuatro marcas distintivas: la reflexión sobre el tiempo, la experiencia estética, la experiencia moral y el anhelo metafísico. A la técnica todo esto se la trae al paño.

ET295 “La aceleración es un síntoma terminal y, por tanto, también un síntoma anunciador.” *Lo que venga después es un misterio, solo sabemos que todo, absolutamente todo será puesto en entredicho, y que las balanzas ya no responderán a los viejos pesos.* ET297”Ese encuentro (*entre el poeta y el estadístico*) forma parte, más bien, de la estructura del mundo histórico, de los arabescos (*Spengler*).” *Lo mismo se aplica al encuentro entre el técnico y el guerrero. Aquí remitimos de*

nuevo al lector a Raymond Abellio, y también a la obra de Daniel Halevy “Ensayo sobre la aceleración de la historia”. Recordamos así mismo que Werner Sombart distinguía dos tipos básicos de hombres, el erótico y el burgués, mutuamente insolubles. El poeta y el estadístico tienen una relación polar, en la cual el segundo trata de meter al primero a patadas dentro de su horma. El caso contrario es, sin embargo, imposible, puesto que el poeta no tiene horma, o dicho otro modo, su horma es la vida, como conjunto inescindible e irreductible.

ET299“En el crisol se desvanecen las formas.” En la mezcla y equiparación de todo con todo desaparecen las formas y los gradientes de valor se pierden, pero queda la función, una serie enorme de puntos, todos ellos iguales y permutables, cuya única diferencia es su posición entre los ejes de Cartesio. Los tiranos son y han sido siempre grandes “mezcladores de hombres”. Con esto se destruye la resistencia interior y exterior. Para mezclar cosas disímiles, y los hombres entre sí lo son a veces en grado sumo, hay, por supuesto, que descualificarlos, que desnaturalizarlos, que descaracterizarlos. Pasarlos por la cuchilla óptica, más afilada que la de Ockham.

ET314“Con el mero saber no se mantiene firme nadie.” ¿Hace falta alguna aclaración sobre este punto? Miren en derredor. Hay gentes que se obstinan en percibir como cosas de pensamiento, de ideología, cuestiones que son de carácter y atañen a toda la arquitectura del ser. No es el pensamiento señores, es la sangre lo que ahí sienta la mano.

ET316“El saber aplicado va ganando necesariamente poder y va ganado por la misma razón por la que está perdiéndose, o está convirtiéndose en un lujo, la inteligencia de la conexión de las cosas.” Una conexión que no sea la utilitaria y funcional, dicho de otro modo, una conexión de la forma y el sentido, no de la maximización cuantitativa y resultadista que concibe al hombre, bien como un número, bien como un mecanismo sometido a propósitos especiales. Saint Exupery pensaba que el hombre moderno estaba castrado, cortado de sus resonancias originales. Pensaba bien.

ET331“Las culturas son vistas en su sucesión y su simultaneidad, pero no son vistas, como lo fueron por Herder, Goethe, Hegel, de manera arquitectónica y simbólica, ni tampoco como la obertura a una edad nueva del mundo, que fue como las vio Nietzsche.” Nietzsche, para Jünger, está en pleno siglo XXI, es el filósofo del futuro, y esto lo han entendido bien los nihilistas contemporáneos. Herder y Goethe tienen una perspectiva orgánica de la historia, demoníaca en términos de Nietzsche. Hegel es otra cosa, de aquí beben en una manera u otra todas las historias progresistas, bien como dialéctica, bien como modo de conocimiento del espíritu absoluto, bien como la astucia de la razón dirigiendo el devenir siempre hacia un punto racional que lo asesina, bien equiparando lo real y lo racional, sacando de esta conclusión que la flecha de oro de la historia es el éxito.

TV104“De Spengler he aprendido que en el universo la suma de las fuerzas se mantiene constante y que, por lo tanto, no hay un progreso que no implique una regresión” Qué se suma y

qué se resta. He aquí una buena labor para el historiador. Ambos lados de la ecuación, no solamente uno, vistos con longanimidad, es decir, desde el centro.

5.4. Ernst Jünger: Decadencia

Para Jünger la decadencia tiene un significado trágico, es un ascenso de lo indiferenciado, es decir, un debilitamiento de las figuras. Jünger tiene en muy poca estima al intelectual anémico, el hombre cosmopolita sin sentido de la patria, el nómada intelectual de Spengler, último producto de la gran urbe y de la caquexia que ésta inculca en los instintos, ese hombre vacío, de todos los lados y de ninguno. Para Jünger, con la era de la radiación (Röntgen, 1895) y el regreso de los titanes, cuyo punto de inflexión sitúa curiosamente en 1888 (año de los tres emperadores), comienza una etapa en la historia, y dicha etapa está dominada por la técnica, frente a la cual sucumben todos los allendes, todas las axiologías.

Jünger toma de Nietzsche el *pathos* de la distancia, porque allí donde no hay distancia todo se convierte en demoníaco. Cierta grado de opacidad resguarda la vida, la transparencia total, en cambio, la mata (Baudrillard y Vattimo han incidido sobre este punto). La decadencia implica una prostitución de los valores más altos, después el escarnio, la irrisión, la indiferencia. Campean a sus anchas el utilitarismo (LTV76) y el narcisismo más despendolados (la mónada egolátrica, yo esto, yo lo otro, yo hago, yo dejo de hacer, yo, yo, yo...) (LTV76). El nihilismo de la ciencia se convierte en el nuevo Dios, ya nadie mueve un dedo sin atender las admoniciones de los expertos y sus anatemas. Las masas carentes de rango se tornan en relaciones numéricas, prolifera el animal doméstico, el animal de rebaño, el animal de matadero, la humanidad de munición. El hombre se niega a reconocer el abismo, ese abismo que como decía Nietzsche, pronto descubrimos que nos mira, que nos llama, y nos acomete entonces un temblor metafísico. El hombre crepuscular vive sobre una sustancia orgánica esquilmada (LTV116), las resonancias son cada vez más pálidas, todo se llena de ruido, no hay quien oiga el canto de los pájaros. Se está fundiendo la cera de los sellos y lo que parece más sólido será puesto en tela de juicio. Como decía el poeta griego Yorgos Seferis “Las estatuas no son las ruinas, las ruinas somos nosotros”.

“La ilusión igualitaria es todavía más peligrosa que la brutalidad de los que manejan el sable. La víctima del igualitarismo es socavada física y moralmente. Cuando uno es diferente a los demás, nunca será su igual” (EU229). (Democracia morbosa, socialización del hombre, hiperdemocracia). El estilo es el hombre, luego, para socavarlo, se aplaude la vulgarización espiritual, que afecta también a las élites. Armin Mohler considerada a Jünger un discípulo de Sorel. La decadencia genera automatismo, se padece una aniquilación de los valores en la época económica, surgen entonces formidables poderes hipnóticos que crean lo que se ha convenido en llamar Sociedad del espectáculo (Debord) y de lo especular (Gérard Imbert), surgen también

multitud de recopilaciones alejandrinas, es decir, una museificación ecléctica de las formas de un ayer que no volverá a verse. El jinete comienza por dejar flotar las riendas y, a continuación, se le escapa el caballo al galope. La decadencia acontece en un contexto de paroxismo materialista. Lo único que importa es la caza de los pequeños lugares tranquilos, aunque estos son cada vez más escasos y más caros. Primero se rompen las barreras interiores, después la seguridad exterior, lo que luce en su chillón esplendor es el *totium ómnium revolutum*. Se tiende hacia lo que Baudrillard llamase “Cálculo integral de la realidad”, es decir, la reducción del mundo a condiciones performativas y funcionales, una interactividad sin fin, una sesión permanente, el ideal de los jacobinos.

La decadencia genera molicie, y la molicie genera conformismo y cobardía. Proliferan las espirales del silencio (Neumann), las mezclas de utopía y distopía, los lugares puramente funcionales o de tránsito, es decir, lugares extirpados del conjunto de vida, lo que Marc Augé llamase “los no lugares”. La soledad es una soledad encajada dentro de la multitud, por lo que se hace dura e infructuosa, sin introspección. Todo se remite a gráficas y cálculos, y sabido es que la precisión absoluta es enemiga de la vida. Hay un choque entre el mundo erótico y el mundo técnico y sus leyes (Werner Sombart), una tendencia a la numerificación, a reducirlo todo a trazos estadísticos, al adoctrinamiento (Donde los más imbéciles, los que tienen la sangre de horchata y el cerebro de latón, pretenden decirle a los demás, y con ínfulas, cómo hay que vivir, qué tienen que pensar, con quién tienen que relacionarse, etcétera. Esto es repugnante). La muerte pierde su dignidad, el dolor pierde su sentido, su contrapeso. Como todas las bóvedas caen y todas las formas se resienten, hay una pérdida del sentido de la patria (aquí florecen los apologistas de la invención. España no existe, se la inventó Cánovas, Alemania no existe, se la inventó Lutero, la Tradición no existe, se la inventaron los curas...) y del respeto a uno mismo, que es un síntoma de la pérdida de lo específico, de una aniquilación por pulimento. Se pretende disolver el destino en un cálculo de probabilidades, en un objetivismo esqueletizador. Aparece pues el hombre que vive en las nubes, el hombre rescindido de todos los vínculos, salvo los que a él se le ocurran, que son precisamente, bendita casualidad, los que se les ocurren a los pupilos de Bernays y Lewin.

Se abomina de la sustancia cultural, pues se vive en lo fluido y en presente perpetuo, sin ninguna estabilidad en las formas, sin ninguna constancia en los medios, sin ninguna reciedumbre en la existencia, ya que el cambio continuo es contrario a cualquier perfeccionamiento. Aparece con carácter epidémico una pavorosa indisciplina sentimental, un daltonismo humanitario que anda más confundido que un torero en las salas del Kremlin. Se instila una degradación del vínculo auténtico, originario, y por lo tanto una quiebra del sentido de la responsabilidad. Ya no hay tradición, se ha roto la cadena, esta, si ha de volver, tendrá que ser creada, pues los vivos ya no tienen nada que ver con los muertos. La mentalidad es la museística, la de cálculo y calco, la de ser una tuerca, moverse mucho, pensar poco, faltarse al respeto y vivir en la inopia. Es la edad de los paisajes planificados,

del caballo de Troya que derrumba desde dentro los muros de la ciudad. Ya no se reconoce ninguna superioridad frente a las corrientes del tiempo, pues hay que estar al día, comulgar con la última barrabasada, deslizarse complacido por la tirolina de la propaganda. “Es lo que hay”.

Las monedas carecen de cuño. Hay una flagrante Indigencia de los sistemas, una ausencia de contrapesos. La decadencia se justifica con una palabra satánica, Igualdad, pero solo puede haber dos tipos de igualdad, igualdad en la cosa e igualdad en la muerte, y aun esta última es dudosa. Se respira una disolución del mal, por eso todos los amoralistas son particularmente modernos.

LTV83. “El ser humano presenta una condición anticuada”. *Pronto lo veremos cambiar y de qué manera... Según los cálculos de la cronología indostánica, la última fase del Kali Yuga, la Edad de las Sombras, durará hasta el año 2442 (habiendo comenzado en 1939). No tenemos por qué tomarnos esto al pie de la letra, desde luego, pero de una cosa podemos estar seguros, en ese lapso de tiempo, el hombre tal y como lo conocemos en este momento, habrá dejado de existir. Gunther Anders, autor que goza de nuestro aprecio, escribió allá por los años cincuenta una obra titulada La obsolescencia del hombre. C. S. Lewis cambiaría la palabra obsolescencia por abolición.*

EU”Los valores se han ido aplanando. Primero eran reales, luego todavía respetados, finalmente motivo de irritación.” *Asunto curioso, puesto que hoy no para de hablarse de valores, educación en valores, tener valores, y todo ello por gente que al primer golpe de vista se ve que no han tenido, ni tienen, ni tendrán jamás ningún valor. Claro que, cuando se insiste machaconamente en algo, hay que sospechar que ese algo no existe, porque qué sentido tendría mentar una y otra vez lo obvio, señalar que el sol sale por el este. Lo evidente, lo que forma parte natural de la vida de uno, no ha de traerse a colación a cada momento, luego aquí la reiteración verbal no pretende otra cosa que engañarse a sí misma y convencer a los demás de la realidad del fantasma. Las milongas, mejor para el baile. Esta relación entre el concepto y la cosa forma parte también de los problemas históricos, y su relación parece inversamente proporcional.*

EU41”El especialista es tanto más fuerte cuanto más impreciso es el sustrato en que se mueve (*es decir, más informe*). No hay vínculos, no hay prejuicios (*en el sentido de Gadamer, como articuladores de la interpretación*). El potencial pasa de ser base a ser exponente (*el carro por delante de los bueyes*). El que tiene poco bagaje ético y étnico es el matador (*el sangre de horchata, el afeminado, el pedante, el impostor, el especialista que pretende ver el mundo a través del ojo de su cerradura e imponérselo al común*), el gran diestro de los rápidos cambios y de las transformaciones camaleónicas.”

EU59”Eumeswil ofrece al historiador una situación especialmente favorable, porque no existe ningún tipo de valores. La sustancia histórica ha sido devorada por la pasión. No hay fe en las ideas y causan desconcierto las víctimas en otro tiempo sacrificadas por sus convicciones.” *Cuando*

alguien que es capaz de vender su alma por una baldosa, contempla el espectáculo magnífico de otros que entregaron su vida con señorío en contextos del máximo simbolismo, en virtud del contraste comienza a sentir una molesta irritación, luego para quitarse de encima este mal sentimiento, trata de denigrar aquello que es y será siempre más, bien denostándolo como bárbaro o incivilizado, bien atribuyendo las acciones a motivos mezquinos, bastardos, económicos, que son realmente los que le mueven a él. El rasero, pues eso, a ras.

EU83”La falta de ideas o, por mejor decir, de dioses, provoca un inexplicable malestar, casi como una niebla que el sol no puede atravesar. El mundo se torna desvaído. La palabra pierde sustancia, sobre todo allí donde debe ser algo más que una simple comunicación.” *La corrupción abominable de la palabra precede a la corrupción abominable de la realidad, primero se tuerce el concepto, después se tuerce el objeto al que tal concepto nos refiere, tratando de que encaje en la horma podrida. En un mundo sin forma los trastornos del lenguaje tienen que alcanzar unas cotas nunca antes vistas (también los mentales). No se ha aprendido en la vida lo esencial, que en términos de Nietzsche es saber decir sí y saber decir no. Prefieren agarrarse los garbanzos y callar. Apuntar que el giro lingüístico, excrecencia de la filosofía analítica, vástago a su vez de la lógica formal, no pinta nada en la historia, pero pinta mucho en las guerras culturales posmodernas, tratando de disolver la cosa en el lenguaje. En este sentido es un arma temible.*

EU100”En una época agonizante, en la que era título de gloria haber contribuido a la decadencia del propio pueblo (*el espectáculo grotesco de hoy mismo*), no podía maravillar que se cortaran también las raíces de la propia lengua, sobre todo en Eumeswil. Pérdida de la historia y decadencia de la lengua van de la mano.” *Cada vez se habla y se escribe peor el español, y por si fuera poco, se introduce el idioma inglés de modo corsario allá donde este no pinta nada. Como decía Herder a los alemanes del momento “Alemanes, hablad alemán. Escupid el asqueroso lodo del Sena (ahora sería el Támesis)”. Recordemos aquí que el lenguaje es un elemento capital de la cultura. Jesús García Maestro, discípulo de Gustavo Bueno, lo tiene simplemente por una tecnología, pero en esto no podemos estar de acuerdo con él. El empobrecimiento del lenguaje es una manifestación más de la entropía fisiognómica.*

EU103”En ella (Alejandría), la cultura no está ya en la sangre, sino en la cabeza. Se inicia la época de los polígrafos, de los lexicógrafos, de los especialistas y coleccionistas. Las antigüedades y las obras de arte alcanzan precios fabulosos. Todavía pueden ustedes percibir sus ecos en Eumeswil. Es un interés similar al que despiertan algunas especies animales en el momento en que están amenazadas de extinción. Es el brillo de los tejados en el ocaso del sol.” *Cuando una cultura está ya solamente en la cabeza, es la hora de la civilización, y por ende, la hora de la decadencia (esta era también la opinión de Grillparzer). Aparece el afán recopilatorio por un lado (fetichismo), los precios salvajes de un arte inorgánico por el otro ¿Por qué? Sencillo, por la unificación de las formas y por la falta absoluta de referencias, por lo cual un objeto peregrino y a*

menudo absurdo, puede valer cero o mil millones, esto último si cae sobre él la gracia de los marchantes, pues dicho objeto pretende situarse más allá de la oferta y la demanda, y por ende, más allá de la función, aunque, claro está, no lo consiga del todo (la orgía en los precios artísticos se inició, por lo que sé, a raíz del suicidio de Mark Rothko y el subsiguiente juicio que enfrentó a los herederos contra la galería Marlborough).

EU119”Será posible calcular la posición de Naglfar, el barco de los muertos.” *Esta es la frase de un genio. Todo quedará bajo asedio, también la muerte.*

EU196”Debido a su condición de la temporalidad y finitud de las cosas, retroceden ante el dolor, el sacrificio, la entrega”. *Abolición de la trascendencia, luego ya no hay nada por lo cual merezca la pena luchar y tal vez sufrir un quebranto. Se trata solo de comer, beber y dormir, y si uno es un pillo o tiene mucho tiempo, apuntarse al activismo disolvente e intentar prosperar en el turbión.*

EU230 “Se iguala por abajo, como el afeitado, las talas o la instalación de baterías. A veces el mundo parece transformarse en un espeluznante Procusto.” *Todos en serie, todos en el mismo molde, e in media sordes. La síntesis por abajo de Frithjuof Schuon. Una perversión de aquel dicho latino: “Quod ubique, quod ad omnibus et quod semper”.*

EU326”Donde todos son de la misma opinión, lo más aconsejable es encerrarse voluntariamente en el manicomio.” *A eso, a la mezcla de seguidismo rastrero e ignorancia supina, lo llaman ahora ciudadano crítico. Hay que tener una jeta más grande que la del monte Rushmore. Lo malo de la mentira es que forma castillos, de mentiras, claro está, como esas torres de naipes que tanto nos gustaban en la infancia.*

EU398”¿Por qué se convierte en alud la bola de nieve? Primero hace falta que la bola y cuanto le rodea sea nieve. La inclinación de la pendiente hace el resto. Del mismo modo, los hombres y las ideas de las épocas finales.” *Una metáfora restallante, no se puede explicar mejor con menos palabras. Hace falta que todo sea nieve, es decir, que no haya formas ni vínculos, para que se produzca el alud, movimiento explosivo de lo informe. La pendiente, es decir, el ritmo histórico, es lo que propicia la aceleración, y una vez que se alcanza el punto de masa crítica, ya no hay quien lo pare.*

H44-45 “Cefaleiosis”. *Esta es una divisa de la Oficina de Convergencia, feudo del Prefecto, personaje que quiere imponer un orden científico y racionalista. Cefaleiosis es el “Símbolo sensible que hacia el interior encarna el saber y hacia el exterior el poder”. He aquí la rúbrica de Francis Bacon. No es casual que esta oficina esté situada frente a la plaza de los curtidores.*

H214”Se atesoraba en los museos lo que se robaba a las tumbas. No es sólo que ahora prosperaran los museos en vez de las iglesias (*el museo es un cementerio de formas, síntoma de que se entra en una fase ahistórica, es decir, funcionalista, por lo cual hay que hacer inventario, recopilarlas y clasificarlas, pues esas formas ya no están en la vida*); es que también las iglesias se

transformaban en museos (*desacralización general, pues en el espacio diagramático no hay diferencias ontológicas, solo posicionales*). La sustancia sin vida que se acumulaba en los gabinetes y las vitrinas gozaba de la misma veneración que las reliquias en la Edad Media (*este fenómeno ha sido señalado por, entre otros, Umberto Eco, que asimila también el arte moderno a los gabinetes de maravillas*), sólo que con una montura racional, como correspondía al espíritu del tiempo.”

H215“Surgió en las gargantas del Pagos un Estado de los muertos que constituía el oscuro contrapeso de la vida de la ciudad y sus fugitivas metas. Aquí residía el poder fundamental que se oponía al progreso, porque el progreso negaba la muerte.” *El Pagos, en Heliópolis, es el lugar donde resisten los grandes símbolos, el búnker de las conexiones trascendentes. El progreso niega todo lo elemental, incluido el mal, un problema que ningún pensador hasta la fecha ha podido solventar satisfactoriamente, luego imagínense si tiene peso o no. Schopenhauer decía que la vida es fundamentalmente dolor y que el dolor era mucho más real que la felicidad, lo cual es algo difícil de mascar, pero irrefutable. Por ello es mucho más fácil recrear el infierno que el paraíso, y si no que le pregunten a Dante. El Pagos constituye, frente a la univocidad del mundo operativo, un refugio de lo dual.*

H211”Las masas sienten un profundo aborrecimiento por el poder legítimo, sobre todo por el que está vinculado al país de los Castillos.” *Sencillamente porque la masa es una entidad inorgánica, aditiva, numerificada. Le gustan los tiranos, siempre que no tengan cara, y a veces aunque la tengan. Ya no les es dado entender la conjunción por lo alto entre libertas et imperium, les gusta ver a la belleza mancillada, al orgullo pasando por las horcas caudinas. Se piensa que la libertad es cosa de ser un esclavo de los instintos y perder el norte en la brújula. El símbolo ofusca, porque exige.*

H227”En los periodos de paz aumentaban como una fiebre el hastío, la intranquilidad, el taedium vitae.” *Este tema del ennui, del spleen, del tedio vital, de la neurastenia, de la abulia, etcétera, es propio de la modernidad. Jaspers lo llamaba Edad escatológica, una edad anticipada por hombres como Nietzsche o Dostoievski. Sobre el aburrimiento, recomendamos leer a Schopenhauer. La prueba de las dimensiones del aburrimiento y el problema que este supone, lo tenemos en la gigantesca industria del entretenimiento, un sistema de alienación y propaganda a una escala sin precedentes, que mantienen el ritmo vertiginoso del tiempo laboral en el supuesto tiempo libre. No en vano, en la novela Heliópolis, el Prefecto ha instaurado un “Programa de alegría de la vida”, con sonrisas perennes, de cartón piedra, y ha diseñado una droga que exagera la voluntad, la titanina. El prefecto es un progresista, un fanático de la ciencia. Lo que no cree es en la historia.*

H243”En nuestro actual orden planificado, las masas se encuentran al modo de corrientes, en sentido horizontal, casi sin gradientes de valor.” *Nunca ha habido menos personalidad que ahora. Esto es el resultado de una pérdida fisiognómica, de un isomorfismo, de una neutralización.*

Hay una correspondencia entre la corriente eléctrica y la llamada conciencia social. Este fenómeno de la falta de gradientes, de tensión polar, lo ha constatado, por ejemplo, y remitiéndonos a España, Julián Marías.

ERDA143”La tragedia del hombre de Occidente consiste en eso; en conquistar espacios en los que el decurso de las cosas se vuelve mecánico. En esos espacios el tiempo mecánico, el tempus mortuum, asciende de criado a amo.” *La idea del perpetuum mobile es una idea de raigambre fáustica. La aceleración de la historia por medio de la técnica hace que las ruedas estén llegando al rojo vivo (Virilio consideraba la aceleración un síntoma de que todo propendía a transformarse en cifras). La vida ya solo resulta concebible dentro del sistema, pues fuera del sistema ya no queda cosa alguna, este lo somete todo a su forma y a su paso de milite, es un sistema eclesial, es decir inclusivo, y con esto se quiere decir que no hay exterior, que él lo es y ocupa todo. Sería aconsejable volver a sopesar ciertos mitos, como el de Pigmalión, o el Golem. La Máquina tiende hacia la autonomía y dentro de esta orgía técnica el hombre quedará tarde o temprano como un elemento ancilar.*

ADM38”Hay épocas de decadencia en las que se desvanece la forma de vida profunda que en cada uno de nosotros está dibujada de antemano. Cuando perdemos sus huellas, vacilamos y nos tambaleamos como seres a quienes falta el sentido del equilibrio.” *Pérdida de las raíces, pérdida de la trascendencia, pérdida de la identidad, pérdida del origen, pérdida del sentido, degradación materialista. La reducción de la vida a quantos. Este es uno de esos momentos, aunque a las almas de cera no se lo parezca. Lo demoníaco entra tanto más profundo en cuanto gasta vestimentas de colorines y corre por la senda oblicua, al trasluz, dándose las de filántropo. La lucha de siglos puede ser tirada por la borda en un par de generaciones, en forma inopinada.*

ADM54”Otro mal síntoma era que el espíritu de desorden afectara a los honores rendidos a los muertos.” *Este es un síntoma, a mi entender, capital. Un pueblo que no honra a sus muertos, es decir, que no conecta la vida con la muerte, el presente con el pasado, el pasado con lo eterno, desaparecerá más temprano que tarde. Se desconoce la responsabilidad histórica y todo comienza ex novo. Jünger describe con todo detalle en Heliópolis un ritual funerario mazdeísta, ritual que culmina en las impresionantes Torres del silencio y que en la actualidad ha sido proscrito por razones de política sanitaria. Este tema, el de las honras fúnebres, es uno de los puntos axiales en su obra.*

ADM112”Por lo que a Braquemart concierne hay que decir que estaba profundamente marcado con los rasgos del último nihilismo. Le caracterizaba una inteligencia fría y sin raíces, así como una fuerte propensión a la utopía. A sus ojos, como a los de todos sus semejantes, la vida era un mecanismo de relojería, y consideraba que la violencia y el terror eran las fuerzas motrices del reloj de la vida. Al mismo tiempo se recreaba con la idea de una segunda y artificial naturaleza y se embriagaba con el perfume de las flores artificiales, así como con los placeres de una sensualidad

intelectual. En su corazón, la creación había sido muerta y reconstruida luego como un juguete. Flores de hielo crecían en su frente. Al verle tenía uno que pensar en las profundas palabras de su maestro (Nietzsche)”El desierto crece, desgraciado de aquel que lleva en sí los desiertos”.

ET30”La mentalidad femenina de la sociedad se delata en que no trata de apartar de sí las cosas que se le oponen, sino que procura absorberlas.” *La relación entre decadencia y predominancia femenina en la sociedad (lo cual implicaría también un afeminamiento del varón) es un tema tratado por pensadores como Julius Evola, Alberto Buela, Silvio Maresca, Amiel, Arnold Gehlen, etcétera. Bajo esta perspectiva, el feminismo posmoderno no sería más que una estrategia para romper las sociedades occidentales, convirtiéndolas en un desierto inorgánico, poblado de átomos isovalentes, puras funciones, facilitando la entrada masiva de sangre alógena, fomentando la etnólisis y el nihilismo racial (Renaud Camus, McCulloch). La mujer simbólicamente es, por un lado el futuro, y por el otro la sede, el trono, y el trono no se mueve. Aquí la carcoma está ya dentro de la ciudadela. Se trata de romper las cosas por su centro.*

ET194”Lo que importa no es mejorar ese modo de vivir, lo que importa es darle un sentido supremo, decisivo.” *Esto es: acercarse lo máximo posible al símbolo. Hacer que la serpiente se muerda la cola.*

ET199 “Nosotros hemos asistido tanto al ocaso del individuo como al ocaso de sus valores heredados.” *La persona se ha convertido simple y llanamente en una pieza dentro de la Supermáquina. Sin interior y sin tradición, vive en puridad fuera del tiempo, fuera de la experiencia, pues no hay experiencia de la eficacia histórica sin una vivencia de la tradición. Vivir al margen de esta es una forma sofisticada de la barbarie. La herencia se malbarata, porque el pasado no pesa nada, no constituye ningún referente.*

ET277 “La libertad puede sentirse únicamente cuando se posee una participación en una vida unitaria y llena de sentido.” *Exacto. Lo demás es nihilismo. Friedrich Georg Junger, hermano de Ernst, comentaba que; “Se ha unido erróneamente el fatalismo a la imagen de una cierta inercia y molicie de la voluntad: no hay alteración de la voluntad. Un hombre con una fuerte voluntad no se debilita porque se sienta instrumento de una potencia superior e impenetrable; al contrario, los ejemplos concretos nos enseñan que extrae de sí fuerzas poco comunes. La perfección de la técnica supondría algo así como un fin de la historia” La libertad es el símbolo. La libertad es hacer lo que hay que hacer, guardar el sentido de la fidelidad a lo que nos precede y seguirá existiendo cuando nos hayamos ido. La libertad es resistencia frente a la marea y capacidad de renuncia.*

ALA95”Esto empezó con el Ça ira de la gran revolución. Ha habido recuperaciones, reacciones, islas o islotes como Prusia, Japón y el Báltico, pero de la decadencia no puede dudarse.” *Resulta significativo que, en el enfrentamiento que el Precepto tuvo con el Regente, batalla que perdió, los nombres que figuraban en su flota eran los siguientes: “Giordano Bruno”, “Brutus”, “Copérnico”, “Robespierre”. Todos ellos rompedores, en un sentido u otro, del mundo de la*

Tradición, del mundo de los Padres. Para Jünger La Revolución Francesa, cuyo padre es Cartesio, supone un cambio de ritmo crucial al efecto de llegar a la situación presente. Hubo reacciones, pero fracasaron. La pregunta es si todavía queda alguna batalla, en este sentido, por librarse. Como decía Camus en El hombre rebelde, toda auténtica revolución es en esencia metafísica, por eso De Maistre caracterizaba a la Revolución Francesa como satánica. De lo que se trata es de romper los símbolos, abatir a los dioses y poner otros ídolos en su lugar. Una vez pisoteada la metafísica, se puede insertar la ideología, manu militari, en la experiencia del tiempo histórico, sin dificultad.

ALA102”La aniquilación moral precede a la física.” *Aquí está el sentido de las llamadas guerras culturales, la creación de la opinión pública, los grandes proyectos de ingeniería social que requieren una masa blanda y dócil, como la del pan. Todo esto lo vio con prístina claridad el marxista italiano Antonio Gramsci. Primero intoxicar las conciencias, lo demás viene de suyo.*

TV108”La desaparición de la grandeza, de la calidad y de la substancia es el síntoma que caracteriza a la edad del nihilismo.” *Apología de la insignificancia, odio a cualesquiera jerarquías, pero sobre todo a las jerarquías naturales, odio por lo tanto a la auctoritas, al sentido de la continuidad y a la responsabilidad. A todos los perfiles se les aplica la técnica del difumino para que se confundan con la atmósfera. El principio de la amalgama.*

ALA108”Estaba obligado a tener un conocimiento profundo de la historia casi por razones de servicio, era algo inherente a la profesión. También en eso sabía conjugar lo útil con lo agradable, fundamentalmente gracias a la lectura de diarios y memorias. Como él decía, éstos insertan la microestructura en el armazón.” *Aquí está la relación entre persona y sociedad, proceso y estructura, que tanto predicase Jürgen Kocka. Aquí el descubrimiento de la personalidad, del trazo vital, de las termometrías del psicologismo, de las tecnologías y documentos del yo, todos ellos rasgos de la cultura fáustica*

ALA135”Para tratar más de cerca la cuestión de Bertha tengo que acudir al mito. Muchas veces, sin saberlo, nuestros sociólogos y nuestros caracteriólogos también extraen de él sus fundamentos. A mí me ayuda más un capítulo de Plutarco o de Vico que todas sus artes de medir.” *La intuición morfológica más que la apreciación geometrizable, materialista y determinista. Las correlaciones plásticas y axiológicas antes que las hileras de causas y efectos. Una historia que sea mucho más que un ejercicio arqueológico o un juego erudito, una historia, por ende, que genere arraigo e ilumine esta cosa tan trabajosa y esquivia a la que denominamos vivir.*

ALA138”Luego se cambiaban los letreros de las calles y en los diccionarios se tachaban nombres y se cambiaban fechas. En resumen, ya no había historia, sino mero acaecer.” *Esto es un espectáculo habitual hoy en día. Solo quiero decir que, quien se dedica a estas actividades confiscatorias, primero, no entiende los veneros profundos de la vida, segundo, y como consecuencia de lo anterior, no puede ser historiador. Esta purificación retrospectiva es la señal de*

un dogmatismo pseudorreligioso, de una teología encubierta. El deber ser, cosa pensada, quiere avasallar a lo que fue vivido. En este punto, la historia está muerta.

LT141”El asalto material contra el mundo paternalista con sus principios, sacerdotes y héroes, no ha concluido todavía. La réplica estará a la altura de la agresión. Hesíodo y el Edda cobrarán actualidad.” *Ley del contrapunto histórico de Keyserling. Ley del péndulo o de la compensación, tal como la incorporase al pensamiento histórico Herder. El problema es si puede haber un contrapunto cuando se está fuera de la historia y ya no hay alteridad. De producirse, efectivamente, este sería brutal. Tal vez un día, quién sabe, el león verde devorará al sol.*

CONCLUSIONES

Las intersecciones y concomitancias entre el pensamiento de Spengler y el de Jünger han sido mostradas con meridiana claridad a lo largo de este trabajo. Aquí la corriente es unidireccional, va de Spengler a Jünger, pero no al contrario, lo cual se explica, entre otras razones, por la disparidad de edad entre ambos (les separan quince años, una generación según los cálculos de Ortega), y también porque Jünger, agraciado con una longevidad bíblica, sobrevivió a Spengler más de seis décadas. Si hacemos caso a la distinción de los hombres que hacía Coleridge entre platónicos y aristotélicos, ambos pertenecen a la primera categoría, cuya filiación y repertorio de convicciones han sido desgranados a lo largo de estas páginas, aunque no de una manera exhaustiva.

Consideramos que Spengler y Jünger son frutos maduros del historicismo⁴⁴, de un historicismo que ha purgado el derrubio positivista del ochocientos y capta el devenir de un modo prístino, viendo el agua salir por el caño que no quieta en la charca. Su concepción de la historia no está condicionada por la horma académica y ha podido desarrollarse de un modo más libre, y conste que estos modos marginales son a menudo los más fructíferos. A Spengler, aunque se le tiene por un heresiarca prima classis, se le conoce (aunque más de oídas que fruto de una lectura atenta y desprejuiciada), pero Jünger, en lo que concierne a la historia, es un completo desconocido. Sin embargo, creemos que, aún con su estilo misceláneo, empero congruente en todos sus nudos, puede y debe tener su lugar dentro de la disciplina. Su plasmación de la gran lucha cultural, casi metafísica, entre la Tradición y la Modernidad, entre lo histórico y lo mecánico, es, bajo mi punto

⁴⁴ Historicismo es un concepto caótico donde los haya. Se ha definido de múltiples modos, muchos de ellos incoherentes entre sí. Se ha confundido a menudo el historicismo con la historia filológica, con el positivismo, con la historia puramente descriptiva y narrativa, con la creación de modelos históricos (y bajo este punto de vista algunos consideran al marxismo un historicismo), otros lo han confundido con una teleología, y andando por estas veredas Karl Mannheim creía que el evolucionismo era un historicismo. Nosotros hemos definido aquí el historicismo de un modo muy conciso y que gustamos de repetir sobre estas líneas: Dar a la historia, como al César, lo que es de la historia, y no otras cosas.

de vista, sublime. Apuntar que el análisis del pensamiento histórico vertido en la obra de literatos es una trocha que ya está siendo desbrozada por algunos historiadores, aunque con timidez, sirvan como botón de muestra de lo dicho el profesor Francisco Fuster y su estudio recopilatorio sobre la idea histórica en Azorín⁴⁵.

Usando de una profundidad y un aplomo que no hemos podido permitirnos en este trabajo, estimamos que sería de gran interés realizar tres estudios. El primero sobre las conexiones entre Spengler y Jünger en lo que afecta a la idea historiográfica, conexión que se ha revelado profunda y que nos ha llevado a una copiosa genealogía de ramificaciones intelectuales. De la misma manera podríamos haber llegado, de tener más espacio, a un nutrido grupo de continuadores, epígonos y corolarios, trabajo este que también merecería el desvelo, y que de momento se nos queda en el limbo. El segundo una revisitación crítica del pensamiento historiográfico de Spengler, por lo común, y esto según mi entender, mal comprendido (las mejores críticas a la obra de Spengler vienen, en mi opinión, de la derecha y el fascismo, no del liberalismo o la izquierda). El tercero, una exploración exhaustiva del pensamiento histórico en la obra de Jünger, para lo cual hay un material abundantísimo, que sobrepaja en mucho a las citas aquí consignadas (hube de dejarme multitud de ellas, como los avioncillos de papel, en el alero). En cualquier caso, ambos autores, bien en coyunda, bien considerados individualmente, están pidiendo a gritos una revisitación, que ha de hacerse sin apriorismos, sin intenciones curriculares y con el ánimo voluptuoso, luego habrán de seleccionarse cuidadosamente los artífices. Se impone, o al menos es este nuestro pensamiento, ir hacia el centro y fondo de las cosas una vez más, dar espacio a estas figuras que nos sirven de hito para saber a qué velocidad y con qué dirección marcha la corriente. En todo, incluida la historia, es hora de volver a lo esencial, a los ritmos fundamentales. Quien alcance este estrato, nunca puede ser inactual. Sumerjémonos en lo que Nietzsche llamase “historia abscondita”, una historia aún por descubrir, para cuya práctica se precisan enormes poderes retroactivos.

Señalar que en este trabajo se han tratado las ideas historiográficas esenciales, sin entrar en el análisis de relaciones históricas concretas, de las cuales la obra de ambos autores está sembrada, y mayormente la de Spengler. Problemas, personajes, situaciones históricas, cuestiones artísticas, son interpretadas de una manera completamente nueva y desde mi punto de vista más convincente. Este lado de lo concreto, de un enorme atractivo, Dios mediante, quedará para mejor ocasión.

En cuanto a la decadencia, esta puede interpretarse de varios modos: como mera percepción psicológica, como descenso de la potencia relativa, como aminoramiento de la actividad económica y como disolución de las formas. Este último camino, a nuestro entender el más fructífero, es el que pisan Spengler y Jünger, un camino, todo sea dicho, que ni inauguraron ni concluyeron, pero el cual trazaron con una excepcional pulcritud y energía plástica. En este sentido, quien mejor siguió las huellas de Spengler fue Francis Parker Yockey (*Imperium*, 1948), quien definía a aquel, en la línea

⁴⁵ ¿Qué es la historia?: reflexiones sobre el oficio de historiador/ Azorín; edición, introducción y notas de Francisco Fuster, Fórcola ediciones, 2012.

que más tarde seguiría Carlos Javier Blanco Martín, como “El pensador del siglo XX”, de igual manera que en la cúspide del Medievo Aristóteles era “El filósofo”. Los pronósticos vertidos entonces sobre el destino de Occidente se han mostrado, en general, acertados, y todo indica que seguirán en el cauce.

En resumen, Spengler y Jünger nos muestran el camino de la entropía y correspondencia morfológicas, o dicho de otro modo, cómo llegar a los fondos de la vida a través de su expresión. Nunca está de más el mirarse al espejo en forma interrogativa, aplicando al rostro del tiempo la lente fisiognómica. Quedamos a la espera de ver a esta perspectiva historiográfica tomar cuerpo en trabajos concretos, y así comprobar la longitud de la mecha de ese cirio y qué tipo de luz pueda dar. Esta sería su auténtica piedra de toque.

BIBLIOGRAFÍA.

En las obras de Jünger y de Spengler se ha especificado, en negrita, el año de la primera edición.

BELTRAN-VIDAL, D., *Ernst Jünger et Léon Bloy, Revue de Littérature Comparée*, 10/1997, 71-4(1997),

BERMEJO BARRERA, J. C., *Sobre la historia considerada como poesía*, Ediciones Akal, Madrid, 2005.

BLANCO MARTÍN, C. J., *Oswald Spengler y la Europa fáustica*, Editorial Fides, Tarragona, 2016.

BLANCO MARTÍN, C. J., *Decadencia y muerte del espíritu europeo. Volviendo la mirada hacia Oswald Spengler*, *Nómadas*, 32(2011), pp. 63-78.

BLANCO MARTÍN, C. J., *El suicidio de Europa. La decadencia del campo, el auge de la pornografía y del hombre*, *Nómadas*, 33(2012), pp. 245-259.

BLANCO MARTÍN, C. J., *La dialéctica entre la nación fáustica y la civilización mediterránea en España: clases pueblos, naciones y cesarismo*, *Nómadas*, 35(2012), pp. 25-39.

BLUMENBERG, H., *El hombre de la luna: sobre Ernst Jünger*, Pre-textos, Valencia, 2010.

BOSQUE GROSS E., *La visión del mundo futuro a través de Aldoux Huxley y Ernst Jünger*, Universidad de Salamanca, 1983 (Tesis doctoral).

BOSQUE GROSS, E., *Heroísmo y razón en Ernst Jünger*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1990.

BRÜSEKE, F. J., *Ethics and technology? Dialoguing with Marx, Spengler, Jünger, Heidegger and Jonas*, *Ambiente & Sociedade*, 8-2(2005)

CAMPAGNA F., *Beyon the anarch; Stirner, Pessoa, Jünger, Anarchist Studies*, 21-2(2013), pp. 12-21.

COLLINGWOOD, R., *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

CONTRERAS PELÁEZ, F. J., *La filosofía de la historia de Johann G. Herder*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2004.

CROCE, B., *La historia como hazaña de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

D'ORSO, M., *Man out of the time: Kerouac, Spengler, and the Faustian soul*, *Studies in American Fiction*, 11-1(1983), pp 19-30.

DE BENOIST, A. *Tipos y figuras en Ernst Jünger, el soldado, el trabajador, el rebelde, el anarca*, Editorial Fides, Tarragona, 2016.

ECKERMANN, J. P., *Conversaciones con Goethe*, Editorial Iberia, Barcelona, 1982.

FARRENKOPFT J., *Spenglers historical pessimism and the tragedy of our age*, *Theory and Society*, 22-3(1993), pp. 391-412.

FERMANDOIS, J., *Ernst Jünger, escritura en tiempos de catástrofe*, *Estudios Públicos*, 58(otoño 1995).

- GADAMER, H. G., *Verdad y Método*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2007.
- GOETHE, J. W., *Poesía y verdad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1922.
- GÓMEZ SIMÓN M. Á., *El decadentismo en la derecha radical contemporánea*, *Política y Sociedad*, 44-1(2007), pp. 175-198.
- GUSEJNOVA, D., *Concepts of culture and technology in Germany. 1916-1933: Ernst Cassirer and Oswald Spengler*, *Journal of European Studies*, 36-1(2006), pp. 5-30.
- HEIDEGGER, M., “*Hacia la pregunta por el ser*”, en JÜNGER, E. y HEIDEGGER, M., *Acerca del nihilismo*, Editorial Paidós, Barcelona, 1994.
- HERMAN, A., *La idea de decadencia en la historia occidental*, Editorial Andrés Bello, 1998.
- HERVIER J., *Conversaciones con Ernst Jünger*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1990.
- HESSE. H., *Escritos sobre literatura*, 2, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- HUNDERT, E. J., *Oswald Spengler: History and Metaphor, ‘The Decline’ and the West*, *Mosaic*, 1-1(1967), s.p.
- JOHNSTON, J. F. (Jr.), *Decadence Revisited, Modern Age: A Quarterly Review*, 1990, Volume 33-1(1990), pp. 23-32.
- JORRITSMA, J., *Angst und Dasein: The Tragedy of Oswald Spengler’s Irrational Understanding of History*, *Historisch Tijdschrift Groniek*, 210 – Vernieuwing, pp 81-93.
- JÜNGER, E., *El corazón aventurero. Figuras y caprichos*, Tusquets Editores, Barcelona, 2003. **(1929)**
- JÜNGER, E., *El trabajador*, Tusquets Editores, Barcelona, 1990 **(1932)**.
- JÜNGER, E., *Sobre el dolor*, Tusquets Editores, Barcelona, 2003 **(1934)**.
- JÜNGER, E., *Sobre los acantilados de mármol*, Tusquets Editores, Barcelona, 2003 **(1939)**.
- JÜNGER, E., *La paz*, Tusquets Editores, Barcelona, 1996 **(1946)**.
- JÜNGER, E., *Heliópolis*, Seix Barral, Barcelona, 1987 **(1949)**.
- JÜNGER, E., *La emboscadura*”, Tusquets Editores, Barcelona, 2002 **(1951)**.
- JÜNGER, E., *Visita a Gondelholm*”, *Página Indómita*, Barcelona, 2017 **(1952)**.
- JÜNGER, E., *Abejas de cristal*, Alianza Editorial, 1985 **(1957)**.
- JÜNGER, E., *El libro del reloj de arena*, Argos Vergara, Barcelona, 1985 **(1957)**.
- JÜNGER, E., *Al muro del tiempo*, Editorial Adelphi, 2000 **(1959)**.
- JÜNGER, E., *Esgrafiados*, Tusquets Editores, Barcelona, 2005 **(1969)**.
- JÜNGER, E., *El tirachinas*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987 **(1973)**.
- JÜNGER, E., *Eumeswil*, Seix Barral, Barcelona, 1981 **(1977)**.

- JÜNGER, E., *El problema de Aladino*, Editorial Cátedra, Madrid, 1987 **(1983)**.
- JÜNGER, E., *La tijera*, Tusquets Editores, Barcelona, 1993 **(1989)**.
- JÜNGER, E., *Sobre la línea*, en JÜNGER, E. y HEIDEGGER, M., *Acerca del nihilismo*, Editorial Paidós, Barcelona, 1994.
- JÜNGER, E., *Los titanes venideros. Ideario último*. Recogido por Antonio Gnoli y Franco Volpi, Editorial Península, Barcelona, 1998.
- KELLNER, Hans., *Figures in the Rumpelkammer: Goethe, Faust, Spengler*”, *Journal of European Studies*, 13-49/50(1983).
- KROLL, J. P., *A Biography of the Soul. Oswald Spengler's Biographical Method and the Morphology of History*, *German Life and Letters*, 52-1(2009), pp. 67-83.
- LOCCHI, G, MOHLER, A, DE BENOIST, A. et alii, *Figuras de la Revolución Conservadora*, Editorial Fides, Tarragona, 2016.
- MEINECKE, F., *El historicismo y su génesis*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983.
- MICHAUD, Eric *Figures nazies de Prométhée, de 'l'homme Faustien' de Spengler, au 'Travailleur' de Jünger*, *Communications*, 78(2005), pp. 163-173.
- MORGAN SWER, G. *Timely Meditations?: Oswald Spengler's Philosophy of History Reconsidered*, *Prolegomena* 17 (2) 2018: 137–154.
- NEVILLE, M., *Decadence as a Theory of history*, *New literary history*, 4(2004), pp. 573-585.
- NIETZSCHE, F., *Obras completas. Volumen I. Escritos de juventud*, Editorial Tecnos, Madrid, 2011.
- NIETZSCHE, F., *Escritos de Turín. Cartas y notas de locura (Fragmentos póstumos, 1888)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.
- NIETZSCHE, F., *La gaya ciencia*, Biblioteca literaria, Ediciones Akal, Madrid, 2001.
- NIETZSCHE, F., *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- NIETZSCHE, F., *Aurora*, Ediciones Buma, Madrid, 1985.
- NIETZSCHE, F., *El caminante y su sombra*, Edimat Libros, Madrid 2007.
- OCAÑA, E., *Duelo e historia. Un ensayo sobre Ernst Jünger*, Nivola Ediciones, Tres Cantos (Madrid), 1996.
- OJEMBARRENA, E., *Simposio-homenaje a Ernst Jünger, hombre del siglo XX*, Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao, 1990.
- RACITI, G., *Para la crítica de la noche: Ensayo sobre la decadencia de Occidente de Oswald Spengler*, Universidad de Granada, Granada, 2018.
- ROBERTS, D., *Technology and modernity: Spengler, Jünger, Heidegger, Cassirer, Thesis Eleven: Critical Theory and Historical Sociology*, 111-1(2012), pp. 19-35.
- SOROKIN, P., *Tendencias básicas de nuestro tiempo*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1969.

SPENGLER, O., *Heráclito*, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2013 (**1904**).

SPENGLER, O., *Prusianismo y Socialismo*, Ediciones Fides, Tarragona, 2017 (**1919**).

SPENGLER, O., *El hombre y la técnica*”, Espasa-Calpe, Madrid, 1967 (**1931**).

SPENGLER, O., *Años decisivos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1962 (**1933**).

SPENGLER, O., *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 2005 (Vol. 1, **1919**; Vol. 2, **1922**).

SUNIC, T., *History and decadence; Spenglers cultural pessimism today*, *Clio. A Journal of Literature, History, and the Philosophy of History*, 19-1(1989), pp. 51-62.

VIRILIO, P., *La bomba informática*, Ediciones Cátedra, Madrid 1999.

WETTERS, K. *Demonic History: From Goethe to the Present*, Northwestern University Press, Evanston, 2014.

Revista Elementos (Metapolítica para una civilización europea) Número 78, “Ernst Jünger. De héroes, titanes y dioses.” Número 6, “Jünger: el rebelde, el guerrero, el anarca”.

Revista de historia del fascismo, RHF, n LI, 51. Ernst Jünger(1895-1998). Incluye una pequeña antología de frases de **Jünger**, recopiladas por Frederic Kister.

Revista de Occidente. Madrid. Col. Tribuna de la Revista de Occidente, 4, Born Max - Buber, Martin- Freyer, Hans, Jünger Ernst, Toynbee, Spranger y otros. 1962.

Revista Elementos de metapolítica para una civilización europea), números 10 “Spengler y el decadentismo occidental” y 62 “Spengler II”.